

Club DEL MISTERIO

de

Edgar Allan Poe

LA CARTA ROBADA
Y OTROS
RELATOS



Nº 82

Fuera de alguna desafortunada incursión en el género humorístico, la palabra pesadilla es aplicable a casi todas las narraciones de Poe. Para este libro hemos elegido 5 de sus más apasionadas piezas y el relato policial *La carta robada*. A diferencia de los ulteriores cuentos de Wells, *El pozo y el péndulo* es una exaltación gradual del terror.

Los relatos que comprenden este libro son:

La carta robada

El pozo y el péndulo

Guillermo Wilson

La máscara de la muerte roja

Tú eres el hombre

La incomparable aventura de un tal Hans Pfall

OceanofPDF.com



Edgar Allan Poe

La carta robada y otros relatos

Club del Misterio - 82

ePub r1.0

Titivillus 18-02-2023

OceanofPDF.com

Título original: *The purloined letter*

Edgar Allan Poe, 1845

Traducción: Mauro Armiño

Ilustraciones: Edmundo (Edmond) Fernández

The pit and the pendulum

William Wilson

The mask of the red death

You are the man

The umparalleled adventure of one Hans Pfall

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Edgar Allan Poe

LA CARTA ROBADA





LA CARTA ROBADA

Nil sapientiae odiosius acumine nimio.
(SÉNECA).

Me hallaba en París en el otoño de 18... Una noche, después de una tarde oscura y tormentosa, gozaba yo de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin en su biblioteca o gabinete de estudios del número 33 *Rué Dunot, au troisiéme, Faubourg Saint-Germain*. Llevábamos más de una hora en profundo silencio y un observador casual nos hubiera creído exclusiva e intensamente atentos a estudiar las volutas de humo que adensaban la atmósfera de la habitación. Por lo que a mí respecta, me había

entregado a la discusión mental de ciertos tópicos que habían constituido el tema de nuestra conversación al principio de la velada; me refiero al caso de la calle Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogét.

No pude menos de pensar, pues, en una coincidencia cuando la puerta de nuestra habitación se abrió para dar paso a un viejo conocido, G..., prefecto de la policía de París.

Lo recibimos cordialmente porque aquel hombre tenía tanto de despreciable como de divertido y llevábamos varios años sin verlo. Como estábamos sentados en la oscuridad, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero volvió a sentarse sin hacerlo cuando G... nos hizo saber que venía para consultarnos o, mejor dicho, para pedir la opinión de mi amigo sobre cierto asunto oficial que le había ocasionado grandes preocupaciones.

—Si se trata de un caso que requiere mi reflexión —observó Dupin absteniéndose de encender la mecha— será mejor examinarlo en la oscuridad.

—Ésta es otra de sus extrañas ideas —dijo el prefecto para quien todo lo que excedía a su comprensión era extraño, por lo cual vivía rodeado de una verdadera legión de rarezas.

—Es muy cierto —repuso Dupin, ofreciendo una pipa a nuestro visitante y señalándole un confortable asiento.

—¿Y cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea otro asesinato.

—¡Oh, no, nada de eso! Por cierto que es un asunto muy sencillo y no dudo que podríamos arreglárnoslas bastante bien nosotros solos; de todos modos pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles porque es un caso sumamente *extraño*.

—Sencillo y extraño —dijo Dupin.

—Justamente, pero no es ni una cosa ni otra. A decir verdad, el hecho nos ha traído buenos quebraderos de cabeza ya que la cosa es sencillísima y a la par desconcertante.

—Quizá sea la misma sencillez del asunto la que los induce a error —observó mi amigo.

—¡Qué cosa tan absurda dice usted! —repuso el prefecto riendo de buena gana.

—Quizá el misterio sea un poco *demasiado* sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir una idea semejante?

—Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Oh, oh, oh! —reía nuestro visitante enormemente divertido—. ¡Usted acabará por hacerme morir de risa!

—Pero veamos de qué se trata —dije.

—Pues bien, voy a decírselo —repitió el prefecto aspirando una profunda bocanada de humo y arrellanándose en su sillón—. Voy a explicárselo en pocas palabras. Pero antes de empezar me permito advertirles que el asunto requiere el mayor secreto, pues si se supiera que lo he confiado a alguien podría costarme el cargo que ocupo ahora.

—Empiece —dije.

—O no empiece —dijo Dupin.

—Bueno, empezaré. He sido informado personalmente por alguien que ocupa un cargo muy elevado de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado del despacho real. Se sabe la identidad de la persona que lo ha robado porque fue vista cuando se apoderaba de él. Y también se sabe que el documento continúa en su poder.

—¿Cómo se sabe eso? —preguntó Dupin.

—Se infiere claramente —repuso el prefecto— de la naturaleza del documento y de que no se hayan producido ciertas secuelas que habrían tenido lugar inmediatamente si pasara a otras manos, es decir, si fuera utilizado en la forma en que el ladrón se propone.

—Sea un poco más explícito —dije.

—Pues bien, puedo afirmar que dicho documento confiere a su poseedor cierto poder en cierto lugar donde dicho poder es inmensamente valioso.

El prefecto estaba encantado con la jerga diplomática.

—Sigo sin entender absolutamente nada —dijo Dupin.

—¿No? Me explicaré. La presentación del documento a una tercera persona cuyo nombre silenciaré pondría en entredicho el honor de un personaje de alto rango, y esto daría al poseedor del documento un ascendiente sobre esa ilustre personalidad cuyo honor y tranquilidad se ven de tal modo comprometidos.

—Pero ese ascendiente —interrumpí— depende de que el ladrón sepa que dicha persona lo conoce. ¿Y quién se atrevería...?

—El ladrón —dijo G...— es el ministro D... que se atreve a todo, tanto a lo que es indigno como a lo que es digno de un hombre. La forma en que cometió el robo es tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión —una carta, para ser franco— fue recibido por la persona robada cuando se hallaba a solas en el *boudoir* real. Mientras la leía cuidadosamente se vio interrumpido por la entrada de otro ilustre personaje, a quien él deseaba ocultar especialmente el documento. Después de una apresurada y vana tentativa por esconderlo en un cajón, tuvo que dejarlo sobre una mesa. La dirección, no obstante, estaba boca abajo y el contenido era ilegible, de modo que pasó inadvertido. En ese momento entró el ministro D... Sus ojos de lince ven inmediatamente el papel, reconocen la letra del sobrescrito, observa la confusión de la persona en cuestión y adivina el secreto. Después de despachar algunos asuntos con la celeridad en él acostumbrada, saca una carta semejante a la misiva en cuestión, la abre, finge leerla y la coloca al lado de la otra. Vuelve entonces a tratar diversos asuntos públicos durante un cuarto de hora. Por último se levanta y al despedirse coge la carta que no le pertenece. La legítima poseedora observa la maniobra, pero naturalmente no se atreve a llamarle la atención en presencia del tercer personaje que no se aparta de su lado. El ministro se marcha dejando sobre la mesa su carta, una carta sin importancia.

—Pues bien —dijo Dupin dirigiéndose a mí—, ahí tiene usted lo que se requería para que el ascendiente del ladrón fuera completo; el ladrón sabe que la persona robada lo conoce como tal.

—En efecto —dijo el prefecto—, y el poder así alcanzado ha sido empleado en estos últimos meses para fines políticos hasta un punto sumamente peligroso. La persona robada está cada día más convencida de la necesidad de recuperar su carta. Pero, claro está, una cosa así no puede hacerse abiertamente. Al fin, impulsada por la desesperación me ha encargado del asunto.

—Para el cual —dijo Dupin envuelto en un perfecto torbellino de humo— era imposible desear o imaginar siquiera un agente más sagaz.

—Me halaga usted —replicó el prefecto—, pero no es posible que tenga de mí esa opinión.



—Está claro —dije— que, como usted ha hecho observar, la carta se halla aún en poder del ministro, puesto que es esa posesión, y no su empleo, lo que confiere a la carta su poder. Con el uso, ese poder desaparece.

—Cierto —dijo G...—, mis pesquisas se basan en esa convicción. Lo primero que hice fue registrar minuciosamente la residencia del ministro, aunque el mayor obstáculo residía en evitar que llegara a enterarse. Se me ha prevenido por encima de todo contra el peligro existente en darle motivo para que sospeche nuestras intenciones.

—Pero usted se halla al corriente de este tipo de investigaciones —dije—. No es la primera vez que la policía parisiense las practica.

—¡Oh, claro! No es eso lo que más me preocupa. Las costumbres del ministro me proporcionaban una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche fuera de su casa. Tiene pocos criados que, además, duermen lejos de las habitaciones de su amo; como casi todos son napolitanos es muy fácil emborracharlos. Como usted sabe, poseo llaves con las cuales puedo abrir

todos los cuartos y gabinetes de París. Durante estos tres meses no he pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar la mansión de D... Mi honor está en juego y, para confiarles un secreto, la recompensa es muy crecida. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta no estar convencido de que el ladrón es más astuto que yo. Estoy seguro de haber registrado cada escondrijo y cada rincón donde podría haber sido escondido el documento.

—Pero ¿no sería posible —sugerí— que si bien la carta se halla en poder del ministro, como parece incuestionable, éste la haya escondido en otra parte que no sea su casa?

—Es muy poco probable —dijo Dupin—. La peculiar situación actual de los asuntos en la corte y en especial de esas intrigas en que, como se sabe, D... está envuelto, exigen que la carta esté a mano y que pueda ser exhibida en cualquier instante; este último punto es de una importancia casi igual a su posesión.

—¿Que el documento pueda ser exhibido? —pregunté.

—O si lo prefiere, que pueda ser *destruido* —dijo Dupin.

—Pues bien —observé entonces—, el documento tiene que hallarse entonces en la casa. Supongo que podemos descartar la hipótesis de que el ministro la lleva encima.

—Por supuesto —dijo el prefecto—. He mandado robarle dos veces por dos maleantes y he visto personalmente cómo lo registraban.

—Podía usted haberse ahorrado esa molestia —dijo Dupin—. Supongo que D... no está completamente loco y que ha debido prever esos falsos atracos como una consecuencia lógica.

—No está loco rematado —dijo G...— pero es un poeta que, en mi opinión, es poco más o menos lo mismo.

—Cierto —dijo Dupin después de aspirar una profunda bocanada de humo de su pipa de espuma de mar—, aunque yo mismo sea culpable de algunas malas rimas.

—¿Por qué no nos da detalles precisos de sus búsquedas? —le pregunté.

—Pues bien, como disponíamos de tiempo suficiente hemos buscado *en todas partes*. Tengo una larga experiencia en estos asuntos. Hemos recorrido la casa entera, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una

semana a cada aposento. Primero examinamos el mobiliario. Abrimos todos los cajones; supongo que sabrán ustedes que para un agente de policía no hay cajón *secreto* que pueda escapársele. En una pesquisa de esta clase el hombre que permite que un cajón secreto se le escape es un imbécil. ¡Son tan *evidentes*! En cada mueble hay un cierto volumen, un cierto espacio que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas muy exactas: no puede escapárse nos ni la quincuagésima parte de una línea. Concluida la inspección de los armarios nos dedicamos a las sillas. Sondeamos los almohadones con esas largas y finas agujas que ustedes me han visto emplear. Quitamos después los tableros de las mesas.

—¿Por qué?

—A veces la persona que desea esconder algo levanta el tablero de una mesa o de otra pieza semejante del mobiliario; ahueca entonces una de las patas, deposita el objeto en cuestión dentro de la cavidad y vuelve a colocar el tablero. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y remates de las camas.

—Pero ¿no puede descubrirse la cavidad mediante el sonido?
—pregunté.

—No hay manera si luego de haberse depositado el objeto se le rellena con una capa de algodón. Además en nuestro caso nos veíamos obligados a proceder sin ruidos.

—Pero es imposible que hayan ustedes revisado y desmontado todas las piezas del moblaje donde hubiera sido factible depositar un objeto de la manera que usted ha indicado. Una carta puede ser enrollada en una espiral muy fina, casi igual en volumen al de una aguja de hacer punto, y ser introducida dentro del travesaño de una silla, por ejemplo. ¿Han desmontado ustedes las piezas de todas las sillas?

—Por supuesto que no. Pero hicimos algo mejor. Examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa e incluso las juntas de toda clase de muebles con ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido un indicio cualquiera de una alteración reciente no hubiéramos dejado de advertirlo al punto. Un solo grano de polvo producido por el berbiquí habría parecido tan visible como una manzana. Cualquier diferencia en la encoladura..., la más mínima grieta en los ensamblajes..., hubiera bastado para orientarnos.

—Supongo que habrán examinado los espejos entre la luna y el contrachapado y que habrán registrado las camas y sus ropas, así como los cortinajes y alfombras.



—Naturalmente. Cuando hubimos examinado todo el mobiliario de ese modo minucioso, pasamos a la casa misma. Dividimos su superficie en compartimientos que numeramos para que no se nos escapara ninguno. Luego escrutamos cada pulgada cuadrada por todas partes, incluyendo los dos edificios adyacentes, siempre ayudados, como antes, por el microscopio.

—¿Los dos edificios adyacentes? —exclamé—. ¡Habrán tenido que soportar toda clase de dificultades!

—En efecto, pero la recompensa prometida es enorme.

—¿Incluyeron ustedes el terreno contiguo a las casas?

—Dicho terreno está pavimentado con ladrillos. En comparación no nos dio demasiado trabajo, pues examinamos la tierra entre los ladrillos encontrándola intacta.

—Habrán mirado ustedes naturalmente entre los papeles de D... y entre los libros de su biblioteca.

—Por supuesto. Abrimos todos los paquetes y bultos. No sólo examinamos todos los libros, sino que los hojeamos cuidadosamente sin contentarnos con una simple sacudida como suelen hacer nuestros oficiales de policía. Medimos también el espesor de cada encuadernación, escrutándola luego con la más exacta minuciosidad con el microscopio. Si se hubiera insertado algo en una de esas pastas habría sido del todo imposible que el hecho escapase a nuestra investigación. Cinco o seis volúmenes que acababan de salir de las manos del encuadernador fueron cuidadosamente sondeados en sentido longitudinal con las agujas.

—¿Exploraron los pisos debajo de las alfombras?

—Claro. Levantamos todas las alfombras y examinamos las planchas con el microscopio.

—¿Y el papel de las paredes?

—También.

—¿Registraron los sótanos?

—Los registramos.

—Entonces —observé yo— han incurrido ustedes en un error y la carta no está en la casa del ministro.

—Me temo que tenga usted razón —dijo el prefecto—. Y bien, Dupin, ¿qué me aconseja usted?

—Revisar de nuevo la casa.

—Es inútil —replicó G...—, estoy tan seguro de que la carta no está en la casa como de que respiro.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. Supongo que posee usted una descripción exacta de la carta.

—Sí.

El prefecto, sacando una libreta, procedió a leernos una minuciosa descripción del aspecto interior de la carta y especialmente del exterior. Poco después de terminar su lectura se despidió de nosotros desanimado como jamás lo habíamos visto antes.

Aproximadamente un mes más tarde volvió a visitarnos y nos encontró ocupados casi en la misma forma que la primera vez. Cogió una pipa y un

sillón y comenzó a charlar de banalidades. Al cabo de un rato le pregunté:

—¿Y qué pasó con la carta robada? Supongo que por lo menos se habrá convencido de que no es fácil ganar en astucia al ministro.

—¡Que el diablo se lo lleve! Volví a registrar la casa, como me aconsejó Dupin, pero fue tiempo perdido como suponía.

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la recompensa? —preguntó Dupin.

—Pues, a una gran suma... mucho dinero... no quiero decir exactamente cuánto, pero eso sí, yo estaría dispuesto a firmar un cheque por cincuenta mil francos a quien pudiera conseguirme esa carta. El asunto va adquiriendo día a día mayor importancia y la recompensa ha sido doblada recientemente. Pero aunque ofrecían tres veces más no podría hacer más de lo que he hecho.

—Pues... la verdad... —dijo Dupin arrastrando las palabras entre las bocanadas de humo—. Yo creo... a mí me parece, G..., que usted no ha hecho... que no se ha esforzado usted... todo lo que podía en este asunto. ¿No cree usted que... podría hacer algo más?

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Pues... ¡Puf, puf...!, podría usted... ¡puf, puf...!, pedir consejo en este asunto... ¡puf, puf, puf...! ¿Recuerda usted la historia que cuentan de Abernethy?

—No. ¡Al diablo con Abernethy!

—De acuerdo. ¡Al diablo y buen viaje! Pues una vez cierto avaro concibió el propósito de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Con tal fin entabló con él en una casa particular una conversación corriente para insinuar su caso personal como si se tratara del de otra persona. «Supongamos —dijo el avaro— que los síntomas del enfermo son tales y cuáles. ¿Qué le aconsejaría usted, doctor?». «Lo que yo le aconsejaría —repuso Abernethy— es que viera a un médico».

—¡Acabáramos! —exclamó el prefecto algo desconcertado—. Estoy dispuesto a pedir consejo y a pagarlo. Daría cincuenta mil francos a quien me ayudara en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques— bien puede usted llenarme un cheque por esa suma. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Quedé estupefacto. El prefecto parecía fulminado. Durante unos minutos fue incapaz de hablar y de moverse mirando con aire incrédulo a mi amigo, con la boca abierta y los ojos que parecían salirse de las órbitas.

Recobrándose un tanto, tomó una pluma y tras varias pausas y vacilantes miradas relleno y firmó un cheque por valor de cincuenta mil francos que tendió por encima de la mesa a Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo guardó en su cartera; luego abriendo un escritorio sacó una carta y la entregó al prefecto. El funcionario la tomó con una convulsión de alegría, la abrió con mano trémula, lanzó una rápida ojeada a su contenido y luego, abalanzándose hacia la puerta se precipitó fuera de la habitación sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Cuando hubo salido mi amigo consintió en darme algunas explicaciones.

—La policía parisiense es muy hábil a su manera —dijo—. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en los conocimientos que sus funciones exigen. Por eso, cuando nos detalló la manera de registrar la casa de D... tuve plena confianza en que había cumplido la investigación de forma satisfactoria hasta donde sus conocimientos lo permiten.

—¿Hasta dónde sus conocimientos lo permiten? —pregunté.

—Sí —dijo Dupin—, las medidas adoptadas no sólo eran las mejores en su género sino que fueron bien ejecutadas. Si la carta hubiera estado dentro del radio de sus investigaciones no cabe la menor duda de que la policía la hubiera encontrado.

Me eché a reír, pero Dupin parecía hablar en serio.

—Las medidas —prosiguió— eran excelentes en su género y fueron bien ejecutadas. Su defecto residía en que no eran aplicables al caso y al hombre en cuestión. Hay una serie de recursos altamente ingeniosos que constituyen para el prefecto una especie de lecho de Procusto, en el cual quiere meter por la fuerza todos sus planes y siempre yerra por ser demasiado profundo o demasiado superficial; más de un colegial razonaría mejor que él. Conocí a uno de ocho años cuyos triunfos en el juego de «pares y nones» causaban la admiración general. El juego es muy sencillo y

se juega con bolitas. Uno de los participantes oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y pregunta al otro: «¿Pares o nones?». Si éste lo adivina gana una bolita; si se equivoca pierde una bolita. El muchacho de quien hablo ganaba todas las bolitas de la escuela. Naturalmente tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, supongamos que su adversario es un simple tonto que alzando su mano cerrada le pregunta: «¿Pares o nones?». —Nuestro colegial replica—: nones», y pierde. Pero a la segunda vez gana, porque se ha dicho a sí mismo: «El tonto tenía pares la primera vez y toda su astucia le va a impulsar a poner nones en la segunda, por lo tanto le diré nones». Lo dice y gana. Ahora bien, si le toca jugar con un adversario un poco menos simple nuestro colegial variará su sistema razonando así: «Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, y en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de pares a nones, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación es demasiado sencilla y por último se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto le diré pares». Así lo hace y gana. Ahora bien, este sistema de razonar de nuestro colegial, que sus camaradas llaman «suerte», ¿en qué consiste si lo analizamos con cuidado?

—Consiste sencillamente —repuse— en la identificación del intelecto del razonador con el de su contrario.

—Exacto —dijo Dupin—. Cuando pregunté al muchacho cómo lograba esa *total* identificación en que residía su éxito, me dio la siguiente respuesta: «Si quiero averiguar si alguien es inteligente o estúpido o bueno o malo y saber cuáles son sus pensamientos en ese instante, modelo lo más exactamente posible la expresión de mi cara a la suya y luego espero hasta Ver qué pensamientos o sentimientos surgen en mi mente o en mi corazón coincidentes con la expresión de mi cara». La respuesta de este colegial supera incluso toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

—Si he comprendido bien —dije—, la identificación del intelecto del razonador con el de su contrincante depende de la precisión con que se mida la inteligencia de este último.

—Para sus resultados prácticos —replicó Dupin— depende de eso, y el prefecto y toda su cohorte fracasan con tanta frecuencia, primero, por no lograr dicha identificación y, después, por una apreciación inexacta o, mejor dicho, por la no apreciación de la inteligencia con la que se miden. Sólo tienen en cuenta sus *propias* ideas ingeniosas y al buscar alguna cosa oculta se fijan sólo en los métodos que *ellos* hubieran empleado para ocultarla. Tienen mucha razón en la medida en que su propio ingenio es fiel representante del de la *masa*, pero cuando la astucia del malhechor es diferente de la suya, aquél, como es natural, los engaña. Esto ocurre siempre cuando se trata de una inteligencia superior a la suya y muy frecuentemente cuando está por debajo. Los policías no admiten variación —de principio en sus investigaciones; todo lo más cuando se ven incitados por algún caso insólito, o por alguna recompensa extraordinaria exageran y llevan a ultranza sus viejas rutinas pero sin modificar los principios. En el caso de D..., por ejemplo, ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué son todas esas perforaciones, esos sondeos, esos escrutinios con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en pulgadas cuadradas y numeradas? ¿Qué representan sino la *aplicación* exagerada del principio o la serie de principios que rigen una búsqueda y que se basan, a su vez, en una serie de nociones sobre el ingenio humano a las cuales se ha acostumbrado el prefecto en la larga rutina de sus funciones? ¿No ve usted que G... considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren esconder una carta utilizan, si no precisamente un agujero hecho con berbiquí en la pala de una silla, al menos una cavidad, un rincón muy extraño sugerido por la misma línea de pensamiento que inspira la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe asimismo que esos escondrijos rebuscados sólo se emplean en ocasiones ordinarias y sólo son adoptados por inteligencias ordinarias, es decir, que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir que en primer término se ha efectuado dentro de esas coordenadas; por lo tanto su descubrimiento no depende de la perspicacia, sino del cuidado, la paciencia y la obstinación de los buscadores. Cuando se trata de un caso importante o de recompensa considerable, lo cual equivale a lo mismo a los ojos de la policía, las cualidades aludidas no fracasan *jamás*. Comprenderá usted ahora lo que

quiero decir cuando afirmo que si la carta robada hubiera estado escondida en el radio de acción de nuestro prefecto (o en otras palabras, si el principio inspirador de su ocultamiento hubiera estado comprendido dentro de los principios del prefecto) hubiera sido descubierta de modo infalible. Sin embargo, nuestro funcionario ha sido totalmente engañado y la causa originaria de su derrota estriba en la suposición de que el ministro es un loco porque ha logrado renombre como poeta. Según el prefecto, todos los locos son poetas; y tan sólo él es culpable de un *non distributio medii* al inferir de lo anterior que todos los poetas son locos.

—¿Pero se trata realmente del poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos y que ambos han logrado fama en la literatura. El ministro según creo ha escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted; lo conozco muy bien y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático está capacitado para razonar bien, en tanto que como mero matemático hubiera sido incapaz de hacerlo y habría quedado a merced del prefecto.

—Semejantes opiniones me sorprenden —dije—. Las contradice además el consenso universal. Supongo que no pretende usted aniquilar nociones que tienen siglos de existencia. La razón matemática fue considerada siempre como *la razón normal por excelencia*.

—*Il y a à parler* —contestó Dupin, citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention reçue, est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*. Le aseguro que los matemáticos han sido los primeros en difundir el error popular a que usted alude y no por difundido deja de ser un error. Con arte digno de mejor causa, por ejemplo, han introducido el término «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los culpables de este engaño particular, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras cobran su valor de aplicación, entonces concedo que «análisis» abarca «álgebra» tanto como el latín *ambitus* implica «ambición, —*religio*—, religión» u *homines honesti*, la clase de gentes *honorables*.

—Me temo que se malquiste usted con alguno de los algebristas de París, pero prosiga.

—Niego la validez, y por tanto los resultados, de una razón cultivada por medio de cualquier forma especial que no sea la lógica abstracta. Niego especialmente el razonamiento extraído del estudio de las matemáticas; las matemáticas constituyen la ciencia de la forma y de la cantidad; el razonamiento matemático no es más que la simple lógica aplicada a la forma y a la cantidad. El gran error consiste en suponer que las verdades que se llaman *puramente* algebraicas son verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme que me asombra la unanimidad con que es aceptado. Los axiomas matemáticos *no* son axiomas de validez general. Lo que es cierto de la *relación* (de la forma y de la cantidad) resulta con frecuencia erróneo aplicado, por ejemplo, a la moral. En esta última ciencia suele no ser cierto que el todo sea igual a la suma de las partes. En química el axioma también yerra. En la apreciación de una fuerza motriz yerra igualmente, pues dos motores de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse una potencia igual a la suma de sus potencias consideradas por separado. Hay muchas verdades matemáticas que no son verdaderas sino en los límites de la *relación*. Pero el matemático argumenta basándose en sus *verdades finitas* como si tuvieran una aplicación general y absoluta, cosa que por lo demás el mundo acepta. En su erudita *Mitología*. Bryant menciona una fuente análoga de errores cuando dice que aunque nadie cree en las fábulas paganas, solemos olvidarnos de ello hasta el punto de sacar conclusiones como si fueran realidades vivas. Pero para los algebristas, que son realmente paganos, ciertas fábulas paganas constituyen materia de credulidad, y las consecuencias que de ellas se extraen no nacen de un descuido de la memoria, sino de una incomprensible perturbación mental. En suma: jamás he encontrado un matemático en quien se pudiera confiar, fuera de sus raíces y ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe que x^2+px es absoluta e incondicionalmente igual a q . Por vía de experimento diga a uno de esos caballeros que en su opinión podrían darse casos en que x^2+px no fuera absolutamente igual a q ; y cuando le haya hecho comprender lo que usted quiere decir, póngase fuera de su alcance inmediatamente, porque sin duda tratará de golpearlo.

»Quiero decir —continuó Dupin mientras yo reía simplemente sus últimas observaciones— que si el ministro no hubiera sido más que un

matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de firmarme este cheque. Pero yo le conocía como matemático y como poeta y había adoptado mis medidas en razón de su capacidad y teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz *intrigant*. Pensé que un hombre así debía estar al corriente de los métodos policiales ordinarios. Me parecía imposible que no previera (y los hechos lo han demostrado) las asechanzas a que se vio sometido. Pensé que igualmente habría previsto las investigaciones secretas en su casa. Sus frecuentes salidas nocturnas, que nuestro buen prefecto había acogido como excelente ayuda para su triunfo, me parecieron simples *tretas* destinadas a brindar oportunidades a la búsqueda y convencer lo antes posible a la policía de que la carta no se hallaba en su casa, como G... terminó por creer. Me parecía además que toda la serie de ideas referentes a los principios invariables de la acción policíaca en los casos de objetos escondidos (idea que le expliqué hace un momento no sin cierta dificultad) no podía dejar de ocurrírsele al ministro, llevándole imperativamente a despreciar todos los escondrijos vulgares. Pensé que aquel hombre no podía ser tan simple como para no comprender que el rincón más intrincado y remoto de su mansión resultaría tan visible como la más vulgar de las vitrinas a los ojos, las sondas, los berbiquíes y los microscopios del prefecto. Vi por último que D... terminaría llegando necesariamente a la *simplicidad* si es que no la había adoptado por su propio gusto personal. Quizá recuerde usted con qué ganas rió el prefecto cuando en nuestra primera entrevista sugerí que acaso el misterio lo perturbaba por su absoluta evidencia.

—Me acuerdo muy bien —respondí— de su hilaridad. Por un momento pensé que iba a sufrir convulsiones.

—El mundo material —prosiguió Dupin— está lleno de analogías muy exactas con el espiritual y ello tifie de verdad el dogma retórico según el cual la metáfora o el símil sirven tanto para reforzar un argumento como para embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*, por ejemplo, parece idéntico a físicos y matemáticos. Si para los primeros es cierto que resulta más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño y que el impulso o cantidad de movimiento subsecuente se

hallará en relación con la dificultad, no es menos cierto en metafísica que los intelectos de máxima capacidad aunque más vigorosos, constantes y eficaces en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance y se muestran más embarazados y vacilantes en los primeros pasos. Y otra cosa: ¿ha observado usted alguna vez qué muestras de tiendas son las que atraen la atención en mayor grado?

—Jamás se me ocurrió pensarlo —dije.

—Hay un juego de adivinanzas —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide a otro que encuentre un nombre dado: el nombre de una ciudad, de un río, de un estado o de un imperio; en suma, cualquier palabra comprendida en la abigarrada e intrincada superficie de un mapa. Una persona novata en el juego procura por lo general confundir a su oponente preguntándole por los nombres escritos en los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extiendan con grandes letras de un lado a otro del mapa. Estos últimos, como las muestras y los carteles de letras excesivamente grandes de la calle escapan a la observación por el hecho mismo de su excesiva evidencia, y en esto la desatención ocular análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones demasiado palpables y excesivamente evidentes. De todos modos, este asunto se halla por encima o por debajo del entendimiento del prefecto. Jamás se le ocurrió como probable o como posible que el ministro hubiere dejado la carta ante las narices del mundo entero como el mejor medio para impedir que pudiera verla una parte de ese mundo.

Pero cuanto más pensaba en el audaz, decidido y brillante ingenio de D..., en que el documento debía hallarse siempre a mano si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el prefecto de que el documento no se hallaba oculto dentro de los límites de las búsquedas ordinarias de dicho funcionario, más seguro me sentía yo de que para esconder la carta el ministro había recurrido al más amplio y sagaz de los expedientes: no esconderla.

Convencido de tales ideas me puse unas gafas verdes y una hermosa mañana acudí como por casualidad a casa del ministro. Encontré a D... bostezando, paseando sin hacer nada y perdiendo el tiempo como de

costumbre pretendiendo estar aquejado del más abrumador *ennui*. Probablemente es el hombre más activo y enérgico de los seres vivientes, pero tan sólo cuando nadie lo ve.

Para no ser menos, me quejé de la debilidad de mi vista y de la forzosa necesidad que tenía de usar gafas, bajo cuya protección pude observar cautelosa, pero minuciosamente, la habitación entera mientras en apariencia seguía con toda atención las palabras de mi huésped.

Dediqué especial atención a una amplia mesa de escritorio junto a la cual estaba sentado D... y en la que aparecían mezcladas varias cartas y otros papeles juntamente con un par de instrumentos musicales y unos pocos libros. Tras un prolongado y cauto escrutinio no vi nada, sin embargo, que provocara mis sospechas.

Por último, al recorrer en torno la habitación, mis ojos cayeron sobre un insignificante tarjetero de cartón con filigrana que colgaba sujeto por una sucia cinta azul de una pequeña perilla de bronce justamente encima de la chimenea. En este tarjetero, que estaba dividido en tres o cuatro compartimientos, vi cinco o seis tarjetas de visita y una sola carta que parecía muy arrugada y sucia. Estaba rota casi por la mitad como si a una primera intención de romperla por inútil hubiese sucedido otra distinta. Ostentaba un gran sello negro con el monograma de D... *muy* visible y el sobrescrito dirigido al mismo ministro revelaba una letra menuda y femenina. La carta había sido puesta allí con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimientos superiores del tarjetero.

Tan pronto hube descubierto la carta llegué a la conclusión de que era la que buscaba. Evidentemente su apariencia resultaba completamente distinta de la minuciosa descripción que nos había leído el prefecto. En este caso el sello era ancho y negro, con el monograma de D...; en el otro era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S... El sobrescrito de la presente carta mostraba una letra menuda y femenina, mientras que el otro, dirigido a cierta persona real, había sido trazado con caracteres firmes y decididos. Sólo el tamaño era su único punto de semejanza. Pero el carácter excesivo de unas diferencias, fundamentales en realidad, la suciedad, el estado deplorable del papel, arrugado y roto en parte, tan inconciliables con las *verdaderas* costumbres de D..., tan metódicas y tan reveladoras del

propósito de desconcertar a un indiscreto presentándole las apariencias de un documento sin valor, todo ello, digo, sumado a la situación de la carta, descaradamente colocada ante los ojos de los visitantes y coincidente por tanto con las conclusiones a que yo había llegado, corroboraba decididamente las sospechas de alguien que hubiese acudido allí con intención de sospechar.



Prolongué mi visita el mayor tiempo posible y, mientras sostenía una discusión muy animada con el ministro sobre un tema que jamás ha dejado de interesarle y apasionarlo, mantuve mi atención fija sobre la carta. Confiaba así a mi memoria los detalles de su aspecto exterior y de su colocación en el tarjetero; al final hice también un descubrimiento que disipó las últimas dudas que podía haber abrigado. Al examinar atentamente los bordes del papel noté que estaban más deteriorados de lo necesario. Presentaban el aspecto usual de todo papel grueso que ha sido doblado y aplastado y que luego es vuelto en sentido contrario utilizando los mismos pliegues formados la primera vez. Este descubrimiento me bastó. Era evidente que la carta había sido dada vuelta como un guante a fin de

ponerle un nuevo sobrescrito y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me marché enseguida dejando sobre la mesa una tabaquera de oro.



A la mañana siguiente volví en busca de la tabaquera y reanudamos placentemente la conversación del día anterior. Pero mientras charlábamos y justo debajo de las ventanas se oyó una fuerte detonación, como de un pistoletazo, seguida por una serie de gritos espantosos y las voces de una multitud aterrorizada. D... corrió hacia una ventana, la abrió de par en par y miró hacia abajo. En ese momento me acerqué al tarjetero, saqué la carta, la guardé en mi bolsillo y la reemplacé por un facsímil (por lo menos en cuanto a su aspecto exterior) que había preparado cuidadosamente en casa imitando el monograma de D... fácilmente, con ayuda de un sello de miga de pan.

La causa del alboroto callejero había sido el insensato capricho de un hombre armado de un fusil, que acababa de disparar contra un grupo de mujeres y niños. Se comprobó, sin embargo, que el arma no estaba cargada y los presentes dejaron en libertad al individuo considerándole borracho o loco. Apenas se hubo alejado, D... se retiró de la ventana, adonde yo le

había seguido inmediatamente después de apoderarme de la carta. Al cabo de un rato nos despedíamos. Por cierto que el presunto loco era un hombre pagado por mí.

—Pero ¿qué se proponía usted —pregunté—, al sustituir la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor cogerla simplemente durante su primera visita a abandonar la casa?

—D... es un hombre decidido y lleno de coraje —repuso Dupin—. En su casa no faltan servidores fieles a sus intereses. Si me hubiera atrevido a esa tentativa violenta que usted sugiere jamás habría salido de allí con vida y el buen pueblo de París no hubiese vuelto a saber de mí. Pero además de estas consideraciones, llevaba una segunda intención. Ya conoce usted mis preferencias políticas. En este asunto he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues ignorante de que la carta no se halla en su posesión, D... continuará presionando como si la tuviera. Esto lo llevará a la ruina política. Su caída será además tan precipitada como ridícula. Se habla sin más ni más del *facilis descensus Averní*: pero en materia de ascensiones cabe decir lo que la *Catalani* del canto, o sea, que es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía, o por lo menos compasión por quien baja. D... es el *monstrum horrendum*, el hombre de genio carente de principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría conocer sus pensamientos cuando al recibir el desafío de aquélla a quien el prefecto llama «cierta persona» se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

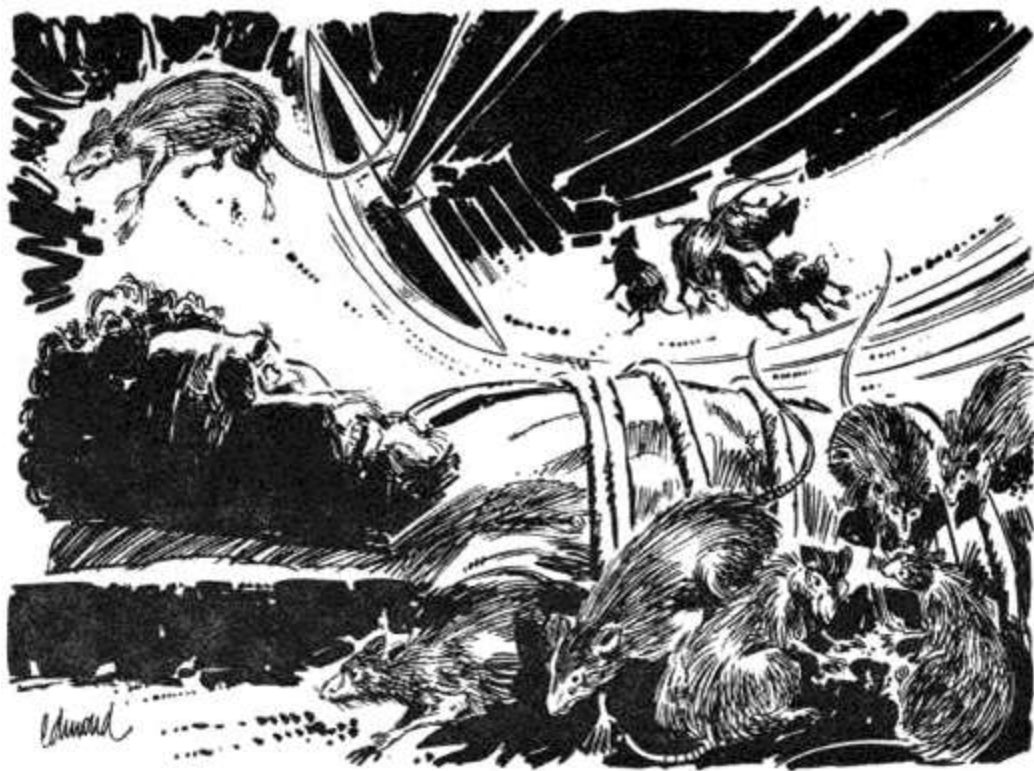
—¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

—Claro. No me pareció bien dejarla en blanco. Hubiera sido insultante. Cierta vez en Viena D... me jugó una mala pasada y sin perder el buen humor le dije que no lo olvidaría. De modo que como no dudo que sentirá cierta curiosidad por saber quién ha sido más ingenioso que él, pensé que era una lástima no dejarle un indicio. Como conoce muy bien mi letra me limité a copiar, en medio de la página estas palabras:

«... *Un dessein si funeste*
s'il n'est digne d'Atrée est digne de Thyeste».

Las hallará en el *Atrée* de Crébillon.

OceanofPDF.com



EL POZO Y EL PÉNDULO

*Impía tortorum longas hic turba furores
Sanguinis innocui, non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro,
Mors ubi dirá fuit vita salusque patent.*

Estaba acabado hasta no poder más tras aquella agonía tan larga; cuando por fin me desataron y me permitieron sentarme, noté que me desvanecía. La sentencia, la horrible sentencia de muerte fue la última frase que percibieron distintamente mis oídos. Luego, el murmullo de las voces de los inquisidores pareció ahogarse en el indefinido zumbido del sueño, que provocó en mi espíritu la idea de *rotación*, quizá porque mis

pensamientos lo asociaban con el chapoteo de una rueda de molino. Pero esto duró poco, ya que de súbito dejé de oír. Sin embargo, durante algún tiempo pude ver, pero ¡con qué terrible exageración! Vi los labios de los jueces togados de negro: me parecieron blancos... más blancos que la hoja de papel donde escribo estas palabras, y finos hasta la exageración, de su resolución inexorable, de su riguroso desprecio por el dolor humano. Vi que los decretos de lo que para mí representaba el Destino brotaban aún de aquellos labios. Los vi torcerse pronunciando una frase mortal, los vi formar las sílabas de mi nombre y me estremecí porque no me llegaba ningún sonido. Durante esos momentos de espanto frenético vi también oscilar, blanda y casi imperceptiblemente, las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala y mi vista cayó sobre los siete hachones colocados sobre la mesa. Al principio me parecieron emblemas de caridad y los imaginé blancos y esbeltos ángeles dispuestos a salvarme. Pero en ese momento, y de súbito, una náusea letal invadió mi alma y sentí que todas las fibras de mi ser se estremecían como al contacto de los hilos de una batería galvánica, mientras las formas angélicas se convertían en vacuos espectros de cabezas llameantes; entonces comprendí que ninguna ayuda debía esperar de ellos. Como una magnífica nota musical, se abrió paso en mi imaginación la idea del dulce reposo que nos espera en la tumba; llegó suave, sigilosamente; creo que pasó algún tiempo antes de poder apreciarla en toda su plenitud. Pero en el preciso instante en que mi mente la captó y acarició, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia, los altos hachones se abismaron en la nada, sus llamas desaparecieron y sobrevino el negror de las tinieblas; todas mis sensaciones parecieron precipitarse en una caída hacia el abismo, como la del alma en el Hades.



Y luego el universo fue sólo silencio, quietud y noche. Me había desvanecido, pero no puedo afirmar que hubiera perdido del todo la conciencia. No intentaré definir lo que de ella me quedaba y menos describirla; pero no la había perdido del todo. En medio del más profundo sopor; no, en métrica del delirio; no, en medio del desvanecimiento; no, en medio de la muerte; no, hasta en la misma tumba *no todo se pierde*. Si fuera de otro modo no habría salvación para el hombre. Cuando despertamos del más profundo de los sopores, rompemos la telaraña sutil de *algún* sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde (tan frágil puede haber sido esa tela), no recordamos haber soñado. Cuando tras un desmayo volvemos a la vida, pasamos por dos etapas: primera, la del sentimiento de la existencia moral o espiritual; segunda, la de la existencia física. Es probable que, si al llegar al segundo periodo pudiéramos evocar las impresiones del primero, hallaríamos todos los recuerdos elocuentes del abismo que se abre a nuestras espaldas. Y ese abismo... ¿qué es? ¿Cómo al menos podremos distinguir sus sombras de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado el primer periodo no acuden al llamamiento de la voluntad, ¿no aparecen inesperadamente, tras un largo intervalo, sin ser solicitadas y

mientras maravillados nos preguntamos de dónde proceden? Quien nunca se haya desmayado no descubrirá extraños palacios ni rostros fantásticamente familiares en las brasas del carbón; ni contemplará flotando en el aire las melancólicas visiones que el vulgo no puede disfrutar; ni meditará mientras respira el aroma de una flor desconocida; ni sentirá la exaltación de su mente ante el misterio de una melodía que jamás había llamado antes su atención.

Entre mis repetidos y reflexivos esfuerzos por recordar, entre pertinaces luchas por apresar algún vestigio de ese estado de aparente vacío en el que mi alma se había sumido, hubo momentos en que vislumbré el triunfo; breves, brevísimos periodos en que llegué a condensar recuerdos que, a la luz de mi clarividencia posterior, sólo podían referirse a ese estado de aparente inconsciencia. Esas sombras de recuerdos me presentan confusamente grandes figuras que me levantaron llevándome silenciosamente hacia abajo, hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta que un horrible vértigo me oprimió a la sola idea de lo infinito del descenso. También me recuerdan no sé qué vago terror que mi corazón experimentaba, precisamente por la sobrenatural calma que me invadía. Luego, viene el sentimiento de una repentina inmovilidad que invadió cuanto me rodeaba como si quienes me llevaban (¡espectral cortejo!) hubieran pasado en su descenso los linderos de lo ilimitado y descansaran del hastío infinito de su tarea. Mi mente recuerda más tarde una sensación de acrimonia y humedad; y luego, todo es *locura*, la locura de un recuerdo que se agita entre cosas abominables.

De pronto, vuelven otra vez a mi espíritu el movimiento y el sonido: el movimiento tumultuoso de mi corazón y el rumor de sus latidos. Luego una pausa en la que todo es confuso. Luego otra vez sonido, movimiento y tacto, como una sensación de vibrante hormigueo por todo el cuerpo. Y luego la simple conciencia de mi existencia sin pensamiento, algo que duró mucho tiempo. De pronto, bruscamente, el pensamiento, un terror que me producía escalofríos y el esfuerzo más ardiente por comprender mi verdadera situación. A esto sucedió un vivo afán de recaer en la insensibilidad. Luego un brusco revivir del espíritu y una afortunada tentativa de movimiento. Y, entonces, el recuerdo completo del proceso, de

los jueces, las negras colgaduras, la sentencia, mi debilidad y el desmayo. Y el total olvido de lo que ocurrió después, de todo lo que tiempos posteriores y la constancia más tenaz me han permitido recordar vagamente.

Hasta ese momento no había abierto los ojos, pero sentí que estaba tendido de espaldas y sin ligaduras. Alargué la mano que cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La dejé descansar allí durante unos minutos mientras hacía esfuerzos por adivinar dónde me hallaba y qué era de mí. Sentía gran impaciencia por abrir los ojos, pero no me atrevía porque me espantaba esa primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que temiera contemplar cosas horribles, sino que me aterrorizaba la posibilidad de que no hubiera nada que ver. Por fin, con mi corazón lleno de atroz angustia, abrí de golpe los ojos y mis espantosas suposiciones se confirmaron. Me rodeaba el negror de una noche eterna. Me parecía que la intensidad de aquellas tinieblas me oprimía y sofocaba. Traté de respirar: la atmósfera era de una intolerable pesadez. Permanecí inmóvil y acostado haciendo esfuerzos por utilizar mi razón. Evoqué los procesos inquisitoriales procurando deducir mi situación verdadera a partir de ese punto. La sentencia había sido pronunciada y tenía la impresión que desde entonces había transcurrido mucho tiempo. Pero ni por un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto. Semejante suposición pese a todas las ficciones literarias, es totalmente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me hallaba y en qué estado? Sabía que los condenados a muerte fallecían con frecuencia en los autos de fe. Una solemnidad de esta especie se había celebrado aquella misma noche. ¿Me habían devuelto a mi calabozo en espera del próximo sacrificio que no se celebraría hasta varios meses más tarde? Al punto comprendí que era imposible. En aquel momento había una demanda inmediata de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, estaba empedrado y tenía algo de luz.

Repentinamente una horrible idea aceleró los palpitos de mi sangre que se agolpó en torrentes hacia mi corazón; por breves instantes recaí en la insensibilidad. Cuando me repuse, me erguí temblando convulsivamente y tendiendo desatinadamente los brazos en todas direcciones por encima de mi cabeza y en mi derredor. No sentí nada, pero temblaba ante la idea de

dar un solo paso por temor a tropezar contra los muros de una *tumba*. Brotaba el sudor por todos mis poros y tenía la frente empapada de gruesas gotas frías. A la larga, la agonía de la incertidumbre terminó por hacerse intolerable, y cautelosamente avancé con los brazos tendidos y los ojos desorbitados con la esperanza de captar el más débil rayo de luz. Di algunos pasos pero todo seguía siendo vacío y negrura. Respiré con mayor libertad; por lo menos parecía evidente que el destino reservado para mí no era el más espantoso de todos.

Entonces, cuando avanzaba cautelosamente, resonaron en mi memoria los mil vagos rumores que corrían sobre los horrores de Toledo. Cosas extrañas que se contaban sobre los calabozos; cosas que yo siempre había creído fábula, pero que no por eso eran menos extrañas y demasiado horrorosas para ser repetidas en voz baja. ¿Me dejarían morir de hambre en aquel subterráneo mundo de tinieblas o qué destino más terrible me aguardaba? De sobra conocía yo el carácter de mis jueces para dudar que el fin sería la muerte, una muerte mucho más amarga que la habitual. Lo único que me preocupaba y me enloquecía era el modo y la hora de su ejecución.

Mis manos extendidas encontraron por fin un obstáculo sólido. Era un muro, probablemente de piedra, muy lisa, húmeda y fría. Lo fui siguiendo de cerca, avanzando con la precavida desconfianza que ciertas narraciones antiguas me habían inspirado. Pero esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar las dimensiones del calabozo, pues podía dar la vuelta y retornar al punto de partida sin advertirlo; hasta tal punto era uniforme y lisa la pared. Busqué, en vista de ello, el cuchillo que llevaba conmigo cuando me condujeron a la cámara inquisitorial; pero había desaparecido porque mis ropas fueron cambiadas por un sayo de grosera estameña. Para comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la mampostería. Aunque la dificultad tenía fácil solución, me pareció insuperable al principio debido al desorden de mi mente. Rasgué una tira del ruedo de mi vestido y la extendí en el suelo formando ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas el contorno del calabozo tendría que encontrar el jirón de tela al completar el circuito. Por lo menos era lo que yo creía; pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El suelo era

húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleándome un trecho pero luego trastabillé y caí. Mi gran fatiga me indujo a seguir tumbado y el sueño no tardó en embargarme.

Al despertar y extender el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me encontraba demasiado agotado para reflexionar y bebí y comí ávidamente. Poco más tarde reemprendí mi viaje en torno al calabozo y trabajosamente logré llegar a la tira de estameña. En el momento de caer al suelo había contado cincuenta y dos pasos, y desde la reanudación del camino hasta encontrar el trozo de tela, cuarenta y ocho. De modo que en total había cien pasos. Suponiendo que dos pasos constituyesen una yarda, calculé que el calabozo tenía un perímetro de cincuenta. No obstante había tropezado con numerosos ángulos en la pared de forma que no podía imaginar claramente la forma de la cueva, pues no había duda de que aquello era una cueva: Poco interés y ninguna esperanza puse en aquellas investigaciones aunque una cierta curiosidad me impulsaba a continuarlas. Dejando la pared decidí cruzar el calabozo Avancé al principio con extrema precaución pues, aunque el suelo parecía de un material duro, era peligrosamente resbaladizo por el limo. Logré cobrar ánimos al rato y terminé caminando con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta. Había avanzado unos diez o doce pasos cuando el ruedo desgarrado del sayo se enredó entre mis piernas haciéndome caer violentamente de bruces.

En la confusión que siguió a la caída no reparé en una circunstancia poco sorprendente pero que, segundos más tarde y cuando aún yacía en el suelo, llamó mi atención. Era ésta: tenía apoyado el mentón sobre el suelo del calabozo pero mis labios y la parte superior de la cabeza, que deberían hallarse a nivel inferior al del mentón, no descansaban en ninguna parte. Al mismo tiempo me pareció que mi frente se empapaba de un vapor viscoso y que un extraño olor a hongos podridos subía por mis fosas nasales. Alargué el brazo y me estremecí al descubrir que había caído exactamente al borde mismo de un pozo circular cuya profundidad no podía medir por el momento. Tanteando en el brocal que bordeaba el pozo, logré arrancar un fragmento que arrojé al abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes. Repercutía en su caída contra las paredes del pozo; por último se hundió en el agua con un chapoteo lúgubre al que siguieron pesados

ecos. En ese mismo instante percibí un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta que se abre y se cierra rápidamente, mientras un débil rayo de luz cruzaba instantáneamente la negrura y volvía a desvanecerse.

Con toda claridad comprendí el destino que se me preparaba y me felicité por el oportuno accidente que me había impedido caer. Un paso más y el mundo no hubiera vuelto a saber de mí. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía justamente el carácter que yo había considerado fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía no tenían más alternativa que la muerte: una muerte llena de crueles agonías físicas u otra acompañada de abominables torturas morales. Yo estaba destinado a esta última. Mis largos sufrimientos habían abatido mis nervios al punto que bastaba el sonido de mi propia voz para hacerme temblar y me consideraba por todos motivos la víctima ideal para la clase de torturas que me aguardan.



Estremeciéndome de pies a cabeza, retrocedí a tientas hasta la pared, dispuesto a dejarme morir antes de afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda mi imaginación multiplicaba. En otro estado de ánimo

tal vez hubiera tenido el suficiente coraje para acabar con mis miserias de una vez arrojándome en uno de aquellos abismos; pero había llegado a convertirme en el más perfecto de los cobardes, y por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído sobre aquellos pozos de los que se decía que la extinción repentina de la vida se había excluido cuidadosamente de sus posibilidades.

Durante algunas horas me mantuvo despierto la agitación de mi ánimo, pero acabé por adormecerme. Al despertar, como antes, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Una sed abrasadora me consumía y de un solo trago vacié el cántaro. El agua debía contener alguna droga, pues apenas la hube bebido sentí unos irresistibles deseos de dormir. Un sueño profundo, semejante al de la muerte, cayó sobre mí. Jamás he podido saber cuánto duró, pero al abrir los ojos pude percibir los objetos que me rodeaban. Gracias a una claridad sulfurosa cuyo origen no pude determinar al principio, logré contemplar la magnitud y el aspecto de mi cárcel.

Mucho me había equivocado respecto a sus dimensiones. El circuito total de sus muros no pasaba de veinticinco yardas. Durante varios minutos este descubrimiento me turbó con una preocupación pueril ya que dadas las terribles circunstancias que me rodeaban no había nada menos importante que las dimensiones de mi prisión. Pero mi espíritu se interesaba de forma extraña en las cosas más nimias y tenazmente me esforcé por descubrir el error que había cometido al tomar las medidas del recinto. Por último, como un relámpago de luz, se me reveló la verdad. En el primer intento de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de la caída. Probablemente en ese momento me hallaba a uno o dos pasos del trozo de estameña, es decir, que había efectuado casi por completo el circuito del calabozo. Al despertar de mi sueño debí necesariamente volver sobre mis pasos, es decir, en dirección contraria, creando un circuito casi doble del normal. La confusión de mi mente me impidió reparar entonces que había comenzado la vuelta con la pared a la izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha.

También me había engañado sobre la forma del recinto. Tanteando las paredes había encontrado varios ángulos, deduciendo así la idea de una gran irregularidad. ¡Tan poderoso es el efecto de la oscuridad total sobre quien

sale del letargo o del sueño! Los ángulos eran simplemente leves depresiones o grietas que se encontraban a intervalos regulares. La forma general de la prisión era cuadrada. Lo que creí mampostería resultaba ser hierro o algún otro metal dispuesto en enormes planchas cuyas suturas y junturas ocasionaban las depresiones. La superficie de aquella construcción metálica estaba pintarrajeada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos nacidos de la sepulcral superstición de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, de esqueletos y otras imágenes todavía más horribles, recubrían y desfiguraban los muros. Reparé en que los contornos de aquellas monstruosidades estaban bien delineados, pero que los colores parecían borrosos y vagos por efecto de la humedad del ambiente. Vi asimismo que el suelo era de piedra. En su centro se abría el pozo circular de cuyas fauces, abiertas como si bostezaran, había yo escapado. Pero era el único que había en el calabozo.



Vi todo esto confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había cambiado mucho en el curso del sueño. Ahora yacía de espaldas cuan largo era sobre una especie de bastidor de madera muy baja. Estaba

fuertemente atado con una larga tira que parecía un cíngulo. Se enrollaba con distintas vueltas en mis miembros y en mi cuerpo dejando sólo en libertad la cabeza y el brazo izquierdo. Sin embargo tenía que hacer un violento esfuerzo para llegar a los alimentos colocados en un plato de barro puesto a mi alcance en el suelo. Con verdadero horror vi que se habían llevado el cántaro de agua, y digo con horror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que la intención de mis verdugos consistía en exasperar esta sed porque la comida del plato era cruelmente condimentada.

Levantando los ojos examiné el techo de mi prisión que tendría unos treinta o cuarenta pies de alto y por su construcción se asemejaba a los muros. En uno de sus paneles aparecía una singular figura que atrajo mi atención: era una representación pintada del tiempo tal como se le puede figurar, salvo que en lugar de guadaña tenía lo que a primera vista creí un enorme péndulo, tal como solemos verlos en los relojes antiguos. Algo, empero, había en la apariencia de aquella máquina que me movió a observarla con más detenimiento. Mientras la miraba atentamente de abajo hacia arriba (pues se hallaba situada exactamente sobre mí) tuve la impresión de que se movía. Un segundo después, esa impresión quedaba confirmada. Su balanceo era breve y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza y sobre todo con extrañeza, lo observé durante un rato. Cansado al cabo de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un leve ruido atrajo mi atención y mirando al suelo vi cruzar varias ratas enormes. Habían salido del pozo que se hallaba a la derecha al alcance de mi vista. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel presurosas y con ojos voraces atraídas por el olor de la carne. Me costó gran trabajo y atención ahuyentarlas del plato de comida.

Habría pasado media hora, quizás una entera —pues sólo tenía una noción imperfecta del tiempo— cuando volví a fijar los ojos en lo alto. Lo que entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda y, como secuela natural, su velocidad era mucho mayor. Pero lo que más me impresionó fue la idea de que había descendido visiblemente. Observé entonces —y puede suponerse con cuánto horror—, que su extremo inferior estaba formado por una media luna de brillante

acero cuya larga punta tendría un pie aproximadamente. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba y el filo, cortante como una navaja, pesado y macizo, se iba ensanchando hasta rematar en una ancha y sólida forma. Hallábase fijo a un grueso vástago de bronce y todo el mecanismo silbaba balanceándose en el espacio.

Ya no había duda alguna respecto al destino que me había preparado la horrible ingeniosidad de los monjes. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; *del pozo*, sí, cuyos horrores estaban reservados a un hereje tan temerario como yo; *del pozo*, típica imagen del infierno, última Thule de los castigos de la Inquisición según los rumores. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en el pozo, y bien sabía que la sorpresa, la brusca precipitación en los tormentos, constituía un elemento esencial de las misteriosas ejecuciones que tenían lugar en aquellas cárceles. Habiendo fracasado mi caída en el pozo, el demoníaco plan de mis verdugos no contaba con arrojarme por la fuerza, y en este caso, sin ninguna alternativa, estaba destinado a una muerte distinta y más dulce. ¡Más dulce! En mi agonía, al pensar en el singular uso que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

¿Para qué contar las largas, interminables horas de un horror casi mortal, durante las cuales conté las zumbantes vibraciones del péndulo? Pulgada a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente con una lentitud que sólo podía apreciarse después de intervalos que me parecían más largos que siglos. Y el acero seguía bajando, bajando. Pasaron días, muchos días tal vez, antes de que se balanceara tan cerca de mí que parecía abanicarme con su aliento acre. El olor del afilado acero hería mi olfato... Supliqué, fatigando al cielo con mis ruegos para que el péndulo descendiera con mayor rapidez. Enloquecí, me exasperé, hice esfuerzos por incorporarme y salir al encuentro de aquella espantosa y horrible cimitarra. Y luego se apoderó de mí una gran calma y permanecí inmóvil sonriendo a aquella muerte brillante como podría hacer un niño ante un hermoso juguete.

Siguió otro intervalo de perfecta insensibilidad. Fue corto, porque al volver a la vida observé que apenas se había producido en el péndulo un descenso apreciable. Podía no obstante haber durado mucho pues bien sabía yo que aquellos seres infernales estaban al tanto de mi desvanecimiento y

que podían haber detenido la vibración del péndulo a su capricho. Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles como tras una prolongada inanición. Incluso en la agonía de aquellas horas, la naturaleza humana suplicaba el sustento. Con penoso esfuerzo alargué mi brazo izquierdo cuanto me permitían las ataduras para coger la pequeña cantidad sobrante que habían dejado las ratas. Al llevarme un pedazo de pan a los labios, se alojó en mi mente un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza. Pero ¿qué tenía yo que ver con la esperanza? Repito que era un pensamiento informe; el hombre tiene con frecuencia muchos que no llegan a completarse jamás. Comprendí que era de alegría, de esperanza, pero sentí, al mismo tiempo, que había muerto al nacer. En vano traté de completarlo, de recobrarlo. Mis prolongados sufrimientos habían aniquilado casi por completo las normales facultades de mi mente. No era más que un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba un ángulo recto con mi cuerpo. Reparé en que la media luna estaba dispuesta de modo que atravesara la zona del corazón. Rasgaría la estameña de mi sayo..., volvería para repetir la operación una y otra vez. Pese a la gran amplitud de la curva recorrida (treinta o más pies), y la sibilante violencia de su descenso, capaz de cortar incluso aquellos muros de hierro, todo lo que haría durante varios minutos sería rasgar mi sayo. Y a esta altura de mis reflexiones hice una pausa: ¡no me atrevía a proseguir! Me mantuve en ellas con la atención pertinazmente fija, como si al hacerlo pudiera detener en aquel punto el descenso de la cuchilla. Comencé a pensar en el sonido que produciría la hoja de acero cuando pasara rasgando la estameña y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de una tela sobre los nervios. Y pensé en estas frivolidades hasta que mis dientes rechinaron.

Descendía suavemente, suavemente. Sentí un placer frenético al comparar su velocidad lateral con la del descenso. A la derecha... a la izquierda... hacia los lados, con el aullido de un espíritu condenado... hacia mi corazón con el furtivo paso del tigre. Yo aullaba y reía a carcajadas alternativamente según me dominase una u otra idea.

Descendía invariablemente, inexorablemente, suavemente. Ya pasaba vibrando a sólo tres pulgadas de mi pecho. Luché con coraje, con furia,

tratando de liberar mi brazo izquierdo, que estaba libre a partir del codo. Sólo podía mover la mano desde el plato, puesto a mi lado, hasta la boca, pero no más allá, y esto con gran esfuerzo. De haber roto las ligaduras por encima del codo, hubiera intentado detener el péndulo, ¡pero hubiera sido lo mismo que pretender atajar una avalancha!

Descendía... incesantemente, inevitablemente..., descendía. Jadeaba con verdadera angustia a cada oscilación. Me agitaba convulsivamente a cada paso de la cuchilla. Mis ojos seguían su vuelo hacia arriba, hacia abajo, con la ansiedad de la más enloquecida desesperación; mis párpados se cerraban espasmódicamente a cada descenso. La muerte hubiera sido para mí un alivio, ¡oh, qué alivio tan inefable! Y, sin embargo, cada uno de mis nervios se estremecía al pensar que el más nimio deslizamiento del mecanismo precipitaría sobre mi pecho aquella reluciente, afilada cuchilla. Era la esperanza lo que hacía estremecer mis nervios y agitaba mi cuerpo. Era la esperanza, esa esperanza triunfante incluso en el potro del suplicio que susurra al oído de los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que luego de diez o doce oscilaciones el acero se pondría en inmediato contacto con mi ropa; en ese momento invadió mi ánimo la penetrante y condensada calma de la desesperación. Por primera vez en muchas horas, quizá días, me puse a *pensar*. Acudió a mi mente la idea de que la tira o cingulo que me ataba era de una sola pieza. Mis ataduras no estaban constituidas por cuerdas separadas. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna sobre cualquier lugar de la correa, bastaría para desatarla, y con ayuda de mi mano izquierda podría desenrollarla. Pero ¡qué terrible en este caso la proximidad del acero! ¡Cuán mortal el resultado de la más liviana sacudida! Por otra parte, ¿era verosímil que los esbirros del torturador no hubieran previsto y prevenido tal posibilidad? ¿Era probable que' las ligaduras cruzaran mi pecho justo por el recorrido del péndulo? Temblando al descubrir que mi débil y al parecer última esperanza se frustraba, alcé la cabeza lo bastante para contemplar mi pecho. La correa envolvía mis miembros y mi cuerpo en todas direcciones, *¡salvo en la trayectoria de la homicida cuchilla!*

Apenas había dejado caer hacia atrás la cabeza, cuando cruzó mi mente algo que sólo puedo definir como la informe mitad de aquella idea de liberación a que he aludido y de la cual sólo una parte flotaba vagamente en mi espíritu, cuando llevé la comida a mis ardientes labios. Pero ahora, la idea completa estaba presente, débil, apenas visible, casi indefinida... pero, al cabo, completa. Inmediatamente, con la nerviosa energía de la desesperación, intenté ponerla en práctica.

Durante horas y horas, cantidad de ratas pululaban innumerables en la vecindad próxima del caballete de madera sobre el que me hallaba acostado. Ratas salvajes, tumultuosas, famélicas. Fijaban en mí sus rojas pupilas centelleantes como si sólo esperaran mi inmovilidad para convertirme en su presa.

«¿A qué clase de alimento —pensé— se habrán acostumbrado en ese pozo?».

Pese a todos mis esfuerzos por impedirlo, habían devorado el contenido del plato salvo algunos restos. Mi mano se acostumbró a un movimiento de abanico sobre el plato, pero a la larga la regularidad maquinal del movimiento le había restado eficacia. En su voracidad, aquella odiosa plaga clavaba sus afilados dientes en mis dedos. Cogiendo los restos de la aceitosa y picante carne que quedaba en el plato, froté vigorosamente con ellos mis ataduras hasta donde me era posible hacerlo, y después, retirando mi mano del suelo, permanecí completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

Los famélicos animales se asustaron y sorprendieron por lo repentino del cambio y el cese del movimiento. Retrocedieron alarmados y muchos se refugiaron en el pozo. Pero tal actitud no duró más que un momento. No fue vana mi confianza en su voracidad. Viendo que seguía sin moverme, una o dos de las más atrevidas se encaramaron por el caballete y oliscaron la correa. Éste fue el preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo corriendo. Se colgaron de la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada les importaba el acompasado movimiento del péndulo. Esquivando sus oscilaciones, trabajaban activamente con sus dientes sobre las aceitosas ligaduras. Se apretujaban pululando sobre mí en cantidades cada vez mayores. Se retorcían junto a mi garganta; sus fríos

hocicos buscaban mis labios; me sentía sofocado bajo aquel peso que se multiplicaba constantemente. Un asco espantoso, para el que no existe nombre en este mundo, llenaba mi pecho y helaba con su espesa viscosidad mi corazón. Un minuto más, sin embargo, y la operación habría terminado. Sobre mí sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me di cuenta de que debían estar cortadas en más de un punto. Pero con una resolución sobrehumana proseguí totalmente inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos y aquellos sufrimientos no fueron vanos. Por fin sentí que *estaba libre*. El cíngulo colgaba en tiras a los lados de mi cuerpo. Pero ya el movimiento del péndulo alcanzaba mi pecho. Había rasgado la estameña de mi sayo y cortaba ahora la tela de mi camisa. Efectuó aún dos oscilaciones más sobre mí y un agudísimo dolor recorrió mis nervios. Pero ya había llegado el momento de escapar. A un ademán de mis manos huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y encogiéndome todo lo posible contra el caballete, me deslicé fuera de mis ataduras, y más allá del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento, estaba libre.

Libre... ¡y en las garras de la Inquisición! Apenas hube escapado de aquel lecho de horror, apenas hube dado algunos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la infernal máquina, y la vi subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible, hasta que desapareció. Aquello fue una lección que desesperó mi ánimo. Indudablemente todos y cada uno de mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Apenas si había escapado de la muerte bajo la forma de una determinada agonía, para ser entregado a algo peor aún que la muerte misma. Pensando en ello, fijé nerviosamente los ojos en los muros de hierro que me rodeaban. Algo insólito, una alteración que al principio no pude apreciar claramente, se había producido en la estancia. Durante largos minutos en los que me sumí en una distraída y vaga abstracción, me perdí en vagas e incoherentes conjeturas. Por primera vez pude advertir en esos momentos, el origen de la claridad sulfurosa que iluminaba el calabozo. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura que rodeaba la celda por completo en la base de las paredes, que parecían —y en realidad estaban— completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella fisura, pero fue por supuesto en vano.

Al levantarme desanimado, comprendí de pronto el misterio del cambio que la prisión había sufrido.

Ya había tenido ocasión de comprobar que si bien los contornos de las figuras pintadas en las paredes eran suficientemente claros, los colores parecían alterados y seguían tomando, a cada momento, un sorprendente y vivo brillo que prestaba a aquellas espectrales y diabólicas figuras un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más templados que los míos. Pupilas demoníacas, de una siniestra y feroz viveza, se clavaban fijamente sobre mí desde mil sitios distintos donde antes no había sospechado ninguna, y fulguraban con lúgubre resplandor de un fuego que mi imaginación no alcanzaba a concebir como irreal.

¡*Irreal!* Me bastaba respirar para que llegase a mi nariz el olor característico que surge del hierro enrojecido. Ese olor sofocante se extendía por la celda invadiéndola. A cada momento un ardor más profundo se reflejaba en los ojos fijos en mi agonía... Un rojo más oscuro empezó a invadir aquellas horribles pinturas sangrientas... Yo jadeaba tratando de respirar... ya no cabía duda sobre la intención de mis verdugos, los más implacables, los más demoníacos de todos los hombres.

Alejándome del metal ardiente corrí hacia el centro del calabozo. Al meditar sobre la horrible destrucción por el fuego que me aguardaba, la idea de la frescura del pozo fue para mi alma un bálsamo. Me lancé hacia su borde mortal y, con algún esfuerzo, miré hacia abajo.

El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más recónditas. Y, sin embargo, durante un minuto de desvarío, mi espíritu se negó a comprender la significación de lo que veía. Pero al cabo, aquello se abrió paso y avanzó hasta mi alma para grabarse a fuego en mi estremecida razón. ¡Oh, una voz para expresarlo! ¡Oh, espanto! ¡Cualquier horror... menos aquél! Con un alarido me aparté del brocal y hundiendo mi rostro entre las manos sollocé amargamente.

El calor aumentaba veloz, y una vez más levanté los ojos a lo alto temblando en un acceso febril. Un segundo cambio se había operado en la celda... un cambio relacionado con la forma. Como antes, fue en vano que tratara de apreciar o entender inmediatamente lo que ocurría. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición se

aceleraba tras mi doble escapatoria y el Rey de los Espantos no concedía más pérdida de tiempo. Hasta entonces la celda había sido cuadrada. Ahora vi que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos y, los otros dos por tanto, obtusos. Con un gruñido profundo y sordo el terrible contraste se acentuaba rápidamente. En un instante, la celda cambió su forma cuadrada por la romboidal. Pero la transformación no se detuvo ahí, y yo no deseaba ni esperaba que se detuviese. Podría haber aplicado mi pecho a los rojos muros como si fueran una vestidura de eterna paz. «¡La muerte! —clamé—. ¡Cualquier muerte menos la del pozo!». ¡Insensato! ¿No era acaso evidente que aquellos hierros al rojo vivo no tenían más objeto que precipitarme en el pozo? ¿Resistiría acaso su calor? Y, suponiendo que lo resistiera, ¿cómo podría oponerme a su presión? El rombo se iba aplastando más y más, con una rapidez creciente que no me dejaba tiempo para mirar. Su centro y, por tanto, su diámetro mayor llegaban ya a las fauces del abismo. Intenté retroceder, pero los muros al unirse me empujaban con una fuerza irresistible. Por fin hubo un momento en que no quedaba en el piso del calabozo ni una pulgada donde posar mi chamuscado y convulso cuerpo.

Cesé de luchar, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un agudo y prolongado alarido de desesperación. Me di cuenta de que me tambaleaba sobre el brocal... desvié la mirada...

¡Y oí un discordante clamoreo de voces humanas! ¡Resonó una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos! ¡Los terribles muros retrocedieron! Una mano tendida sujetó mi brazo cuando, desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era la del general Lasalle. El ejército francés había entrado en Toledo. La Inquisición estaba en manos de sus enemigos.



GUILLERMO WILSON

*¿Qué dirá? ¿Qué dirá esta conciencia horrible, este espectro que marcha
en mi camino?*

CHAMBERLAYNE — (Pharronida).

Séame lícito arrogarme el nombre de Guillermo Wilson, porque el blanco papel que tengo delante no debe mancharse con el mío verdadero. Mi nombre ha sido siempre un objeto de vergüenza y de horror, una deshonra para mi familia. ¿Es que los vientos indignados no han esparcido hasta las más apartadas regiones del globo su infamia incomparable? ¡Oh tú, el más abandonado de los proscritos! ¿No has dejado de existir nunca

para este mundo, para esos honores, para esas flores, para esas adoradas aspiraciones? Y una espesa nube, lúgubre e ilimitada, ¿no se ha interpuesto eternamente entre tus esperanzas y el Cielo?

No querría, aun cuando pudiese, encerrar hoy en estas páginas el recuerdo de mis primeros años de inefable miseria y de irremisible crimen. Este periodo lejano de mi vida ha llegado repentinamente a una altura de infamia cuyo origen deseo determinar. Éste es, por el momento, mi solo fin. Los hombres, en general, suelen ser viles gradualmente. Pero en mí toda virtud se desprendió en un minuto, de un solo golpe, como una capa.

De una perversidad relativamente común, he pasado, mediante un salto de gigante, a las enormidades más espantosas. Permítaseme referir a vuela pluma qué lance, qué único accidente ha atraído sobre mí esta maldición. La muerte se aproxima, y la sombra que la precede ha arrojado una influencia tranquilizadora sobre mi corazón. Suspiro, pasando a través del sombrío valle de la simpatía, iba a decir de la compasión, de mis semejantes. Querría convencerles de que he sido hasta cierto punto esclavo de circunstancias que desafían toda la crítica humana. Desearía que descubriesen para mí en los detalles que voy a darles algún pequeño oasis de fatalidad en un desierto de error. Querría que me otorgasen, lo que no pueden rehusar o conceder, que, aunque este mundo haya conocido grandes tentaciones, nunca el hombre ha sido hasta aquí tentado de manera semejante, y seguramente nunca ha sucumbido de este modo. ¿Es, pues, por esto, por lo que no he conocido nunca sufrimientos iguales? ¿Será cierto que no he vivido en un sueño? ¿Es que no muero víctima de las más extrañas de todas las visiones sublunares?

Desciendo de una raza que se ha distinguido en todo tiempo por un temperamento imaginativo y fácilmente excitable, y mi primera infancia demostró que había heredado plenamente el carácter de familia. Cuando avancé en edad, este carácter se acentuó más fuertemente, y llegó a ser por bastantes motivos una causa de seria inquietud para mis amigos y de indudable detrimento para mí mismo. Me hice voluntarioso, aficionado a los caprichos más locos; fui fácil presa de las más violentas pasiones.

Mis parientes, que eran de espíritu tímido, y se veían atormentados por la perversidad de mi naturaleza, no podían hacer gran cosa para detener las

malas inclinaciones que me distinguían. Hicieron por su parte algunas tentativas, débiles, mal dirigidas, que fracasaron enteramente, y fueron para mí un triunfo completo. Desde aquel instante mi capricho fue ley doméstica, y a una edad en que pocos niños han dejado los andadores, quedé entregado a mi libre albedrío, y llegué a ser dueño de todos mis actos, excepto de mi nombre.

Los primeros recuerdos de mi vida escolar están ligados a un grande y destartalado caserón del tiempo de la reina Isabel, en una triste aldea de Inglaterra, adornada con numerosos árboles nudosos y gigantescos, y en la que todas las casas eran de una remotísima antigüedad. Era, en verdad, un lugar que semejaba un sueño, y nada más adecuado para encantar el alma que aquella venerable ciudad antigua. En este mismo momento siento en mi mente el susurro refrigerante de sus avenidas melancólicamente sombrías; respiro el perfume de sus mil sotos, y me estremezco aún, con indefinible voluptuosidad, a la profunda y sorda nota de la campana, que desgarraba a cada hora, con rugido cascado, la quietud de la oscura atmósfera que envolvía el campanario gótico, erizado de picos.

Hallo cierto placer, tanto como es posible experimentar en estos instantes, distrayendo mi pensamiento con estos recuerdos minuciosos de la escuela y sus ilusiones. Sumido en la desgracia como estoy, desgracia, ¡ay de mí!, que no puede ser mayor, ¿se me perdonará que busque un alivio, bien corto y ligero, en estos pueriles y divagadores detalles?

Además, aunque absolutamente vulgares y risibles por sí mismos, adquieren en mi imaginación una importancia circunstancial, a causa de su íntima relación con los lugares y la época en que distinguí los primeros preludios ambiguos del destino, que desde entonces me han circunscrito tan profundamente con su sombra. Déjenme, pues, recordar.

Ya he dicho que el edificio era antiguo e irregular. La extensión que ocupaba era grande, y un alto y sólido muro de ladrillos, coronado de una capa de mezcla y trozos de vidrios constituía el circuito. Esta muralla, digna de una prisión, formaba el límite de nuestro dominio; nuestra vista no lo traspasaba más que tres veces por semana: una vez cada sábado, a las doce, cuando en compañía de dos inspectores se nos permitía dar cortos paseos en comunidad por la campiña vecina, y dos veces el domingo, cuando íbamos,

con la regularidad de las tropas en las revistas, a presenciar los oficios religiosos de la tarde y de la mañana en la única iglesia del pueblo. El rector de nuestro colegio era pastor de esta iglesia. ¡Con qué profundo sentimiento de admiración y de perplejidad me había acostumbrado a mirarlo, desde nuestro banco, escondido en la tribuna, cuando subía al púlpito con paso lento y solemne! ¿Esta persona venerable, de rostro tan modesto y benigno, de vestidura tan pulcra escrupulosamente empolvada, tan erguido, tan arrogante, podía ser el mismo hombre que hacía un instante, con rostro agrio y con vestidos manchados de tabaco, hacía cumplir, palmeta en mano, las draconianas leyes de la escuela? ¡Oh! Terrible paradoja, cuya monstruosidad excluye todo razonamiento.

En un ángulo del macizo muro, abría una puerta aún más maciza, cerrada sólidamente, cuajada de cerrojos y abrazada por un bosque de viejos herrajes dentados. ¡Qué profundas sensaciones de tristeza hacía experimentar! Sólo se abría para las tres salidas y entradas periódicas de que he hablado, y entonces, en cada rechinamiento de sus robustos goznes, encontrábamos una plenitud de misterio; todo un mundo de observaciones solemnes o de meditaciones más solemnes todavía.

El extenso recinto era de forma irregular y dividido en muchas partes, de las cuales tres o cuatro de las mayores constituían el patio de recreo. Era llano y cubierto de menuda y áspera arena. Recuerdo bien que no había en él ni bancos, ni árboles, ni cosa que se le asemejase. Estaba situado, naturalmente, tras el edificio. Ante la fachada se extendía un jardincito, plantado de bojes y otros arbustos; pero no nos era permitido penetrar en este sagrado oasis más que en contadas ocasiones, tales como el día que ingresábamos en el colegio o el de la salida, cuando, llamados por un amigo o un pariente, nos dirigíamos alegres hacia la casa paterna, en las vacaciones de Navidad o de San Juan.

Pero la casa, ¡qué curiosa muestra de edificio antiguo! ¡Qué verdadero palacio encantado para mí! Era difícil, en cualquier momento dado, poder afirmar, con certeza, si se encontraba uno en el primero o en el segundo piso. Al pasar de una a otra habitación, se estaba siempre seguro de encontrar tres o cuatro escalones que subir o que bajar.



Luego las subdivisiones laterales eran tantas y tan inconcebibles, volviendo y revolviendo tan bien sobre sí mismas, que nuestras más claras ideas relativas al conjunto del edificio no se diferenciaban de aquéllas a través de las cuales considerábamos el infinito. En los cinco años de residencia, no he sido nunca capaz de determinar con exactitud en qué lugar lejano estaba situado el pequeño dormitorio que me había sido señalado en compañía de otros dieciocho o veinte escolares.

La sala de estudio era la mayor de toda la casa, y aun del mundo entero, al menos yo me lo figuraba así. Era muy larga, muy estrecha y lúgubrementemente baja, con ventanas ojivales y un cielo raso de madera. En un ángulo apartado, de donde emanaba el terror, había un recinto de ocho a diez pies cuadrados, especie de *sanctum* de nuestro rector, el venerable Bramby, durante las horas de estudio. Era de sólida construcción, con una maciza puerta; y, antes que intentar abrirla en ausencia del dómine, hubiéramos preferido morir con agonía fuerte y cruel. En los otros dos ángulos había situadas dos celdas análogas, objeto de una veneración mucho menor, es cierto, pero siempre inspiraban un terror bastante considerable: era una la cátedra del profesor de humanidades, y la otra, la

del profesor de inglés y matemáticas. Desparramados en medio de la sala, un gran número de bancos y pupitres espantosamente cargados de libros, manchados por los dedos, cruzándose en una irregularidad espantosa, negros, viejos, carcomidos por el tiempo, y llenos de iniciales, de nombres enteros, de groseros dibujos y numerosas señales del cortaplumas, que habían perdido la poca originalidad de formas que les había sido dada en días muy lejanos. En un lado del salón había una enorme tinaja llena de agua, y en el otro un reloj de dimensiones colosales.

Encerrado entre los espesos muros de esta venerable escuela, pasé sin aburrimiento ni tristeza los años del tercer lustro de mi existencia. La fecunda imaginación de la infancia no exige un mundo exterior de incidentes para distraerse y divertirse, y la monotonía, melancólica en apariencia, de la escuela, abundaba en placeres más intensos que todos aquellos que mi juventud más madura ha pedido al deleite, o mi virilidad al crimen. Con todo eso, debo creer que mi primer desenvolvimiento intelectual fue, en gran parte, poco normal y aun desarreglado. En general, los acontecimientos de la infancia no dejan sobre el hombre llegando a la edad madura una impresión bien clara. Todo es sombra indecisa, débil e indefinido recuerdo, serie confusa de pequeños placeres y de dolores fantasmagóricos. En mí no ocurre así. Preciso es que haya sentido en mi infancia, con la energía de un hombre maduro, todo esto que encuentro hoy grabado en mi memoria en letras tan vivas, tan profundas, tan indelebles como las inscripciones de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo, en realidad, desde el punto de vista ordinario, había allí pocas cosas capaces de excitar el recuerdo. Madrugar, acostarse, las lecciones que estudiar, las recitaciones, las semihuelgas periódicas y los paseos, el patio de recreo con sus disputas, sus juegos, sus intrigas, merced a un encanto desconocido, contenía en sí un desbordamiento de sensaciones, un mundo de incidentes, un universo de emociones diversas, y de excitaciones las más apasionadas y embriagadoras. ¡Oh, qué hermoso siglo es este siglo de hierro!

En realidad, mi ardiente naturaleza, entusiasta, imperiosa, bien pronto hizo de mí un carácter sobresaliente entre mis camaradas, y, poco a poco, naturalmente, me dio un ascendiente sobre todos los que no eran mayores

que yo, sobre todos menos sobre uno solo. Era éste un colegial que, sin que le uniese ningún parentesco conmigo, llevaba el mismo nombre de bautismo y el mismo apellido de familia, circunstancia poco notable en sí, porque el mío, a pesar de la nobleza de mi origen, era uno de estos apellidos vulgares que parecen ser desde tiempo inmemorial, por derecho de prescripción, propiedad común del vulgo. En este relato me he adjudicado el nombre de Guillermo Wilson, nombre ficticio que no es muy diferente del verdadero. Mi homónimo solo, entre los que, según la jerga escolar, componían nuestra clase, se permitía rivalizar conmigo en los estudios, en los juegos y en las disputas que ocurrían durante el recreo, rehusar una ciega creencia a mis asertos y una completa sumisión a mi voluntad; en una palabra, oponerse a mi dictadura en todos los casos posibles. Si existe un despotismo supremo y sin medida, éste es el despotismo de un niño de talento sobre las almas menos enérgicas de sus camaradas.

La rebelión de Wilson era para mí la fuente del mayor disgusto; tanto más cuanto que, a pesar de la altanería con que me había impuesto a mí mismo el deber de tratarlo públicamente, en el fondo le temía, no pudiendo sustraerme a la consideración de la igualdad que tan fácilmente mantenía frente a mí, como demostrando una superioridad verdadera, puesto que realizaba por mi parte esfuerzos supremos para no ser vencida. Sin embargo, esta superioridad, o más bien esta igualdad, no estaba reconocida realmente más que por mí solo; mis camaradas, por una inconcebible ceguera, no parecían ni aun adivinarla. Y, ciertamente, en su rivalidad, en su resistencia, y sobre todo, en su impertinente y molesta intervención en todos mis designios, sólo veían una intención privada.

No notaba, al parecer, la ambición que yo sentía de dominio y la apasionada energía que me suministraban los medios. Hubiérase dicho que en esta rivalidad solamente le guiaba un deseo fantástico de oponérseme, de asombrarme, de modificarme; bien que en ciertas ocasiones no podía menos de observar, con una confusa sensación de aturdimiento, de humillación y de cólera, que mezclaba a sus ultrajes, a sus impertinencias y a sus contradicciones, las muestras de deferencia más intempestivas, y seguramente más enfadosas del mundo. No podía explicarme tan extraña

conducta, sino suponiéndola hija de una perfecta suficiencia, pues adoptaba al hablarme el tono vulgar del patrocinio y de la protección.

Quizá fuera ésta la verdadera finalidad de la conducta de Wilson, pues agregado a nuestro homonismo la circunstancia puramente casual de nuestra entrada simultánea en el colegio, extendió entre nuestros condiscípulos de las clases superiores, quienes habitualmente se informaban con mucha exactitud de los asuntos de los más jóvenes, el rumor de que éramos hermanos.



Ya he dicho o debido decir que Wilson no estaba ni aun en el grado más lejano enlazado a mi familia. Pero, seguramente, caso de haber sido hermanos, habríamos sido gemelos; porque después de haber salido de casa del doctor Bramby, he sabido por casualidad que mi homónimo había nacido el 19 de enero de 1813, y ésta es una coincidencia bastante notable, porque ese día fue precisamente el de mi nacimiento.

Extraño puede parecer que, a despecho de la continua zozobra que me causaba la rivalidad de Wilson y su insoportable espíritu de contradicción, no llegase a odiarlo mortalmente. Teníamos, con seguridad, a lo menos una

disputa diaria, en la cual, concediéndome públicamente el galardón de la victoria, se esforzaba por hacerme comprender que era él quien lo había merecido. Sin embargo, un sentimiento de orgullo de mi parte, y de la suya una serena dignidad, siempre nos mantenía en los términos de la más estricta corrección, al par que había puntos bastante numerosos de contacto en nuestros caracteres para despertar en mí un sentimiento que nuestra encontrada situación tal vez era el impedimento para que pudiera transformarse en amistad.

En verdad, me es difícil definir, ni aun siquiera describir mis verdaderos sentimientos acerca de él; formaban una mezcla abigarrada y heterogénea, una petulante animosidad que no había llegado al odio; consideración mucho más que respeto, gran miedo y una inmensa e inquieta curiosidad. Será innecesario añadir para el moralista que Wilson y yo éramos los más inseparables camaradas.

Fue, sin duda, la anomalía y la ambigüedad de nuestras relaciones las que ocasionaron todos mis ataques contra él, que, francos o encubiertos, eran muy numerosos, y vaciados en un molde de ironía y caricatura (la bufonería no causa graves heridas), más bien que una hostilidad más seria y decidida. Pero mis esfuerzos sobre este punto no obtenían de ordinario un triunfo completo, a pesar de que mis planes estaban lo más ingeniosamente tramados; porque mi homónimo tenía un carácter austero y reservado, de esos que, al gozar de la mordedura de sus propias burlas, no enseñan jamás el talón de Aquiles, y se libran absolutamente del ridículo. No podía encontrar en él más que un solo punto vulnerable, y éste era un detalle físico, que, procediendo tal vez de una flaqueza constitucional, hubiera sido despreciado por todo adversario menos encarnizado que yo: mi rival tenía una debilidad en la laringe que le impedía elevar la voz más allá de un murmullo muy bajo, y yo no desperdiciaba ocasión de sacar de este defecto todo el partido que podía.

Las represalias de Wilson eran muy diversas, y tenían, sobre todo, una especie de malicia que me inquietaba en extremo. ¿Cómo tuvo al principio la sagacidad bastante para descubrir que una cosa, en realidad nimia, podía vejarme? Ésta es una pregunta que no he podido nunca contestar; mas una vez hubo descubierto mi defecto practicó obstinadamente esta tortura.

Lo que más me molestaba era mi vulgar apellido, tan desprovisto de elegancia, y mi nombre, tan trivial, si no del todo plebeyo; estas sílabas desgarraban despiadadamente mis oídos, y cuando el mismo día de mi entrada un segundo Guillermo Wilson, quiero denominarlo de este modo, ingresó también en el colegio me disgustó doblemente el nombre, porque lo llevaba un extraño, un extraño que sería la causa de que lo oyese pronunciar con reiterada frecuencia, que constantemente estaría delante de mí, y cuyos asuntos en el curso ordinario de las cosas del colegio, estarían frecuente e inevitablemente, por razón de esta coincidencia abominable, confundidos con los míos.

El sentimiento de molestia nacido de este accidente hízose más agudo a cada circunstancia que tendía a poner de manifiesto toda la semejanza moral o física existente entre mi rival y yo. Yo ignoraba todavía esta notabilísima paridad en nuestra edad; pero notaba que éramos de la misma estatura, y observaba que hasta había una singular semejanza en nuestra fisonomía general y en nuestras acciones.

Me contrariaba asimismo el rumor que corría sobre nuestro parentesco, y que generalmente hallaba eco en las clases superiores. En una palabra, nada podía desesperarme más (aunque ocultaba con el mayor cuidado toda muestra de irritación), que una alusión cualquiera a nuestro parecido, relativa al espíritu, al individuo, o al nacimiento; pero, realmente, no tenía razón alguna para creer que esta semejanza (a excepción de la idea del parentesco), hubiese sido nunca un objeto de comentario aun notado por nuestros compañeros de clase. Que él lo observaba en todas sus fases, y con tanto cuidado como yo mismo, era seguro; por eso había descubierto en tales circunstancias un filón inagotable de contrariedades, no pudiendo atribuirlo, como ya he dicho, más que a su penetración extraordinaria.

Se me presentaba con una perfecta copia de mí mismo, en gustos y palabras, y representaba admirablemente su papel.

La semejanza con mi vestido era cosa fácil de imitar: mis movimientos y mi continente en general, adoptólos fácilmente. A pesar de su defecto físico, mi voz no se le había escapado por completo. Naturalmente, no la ensayaba en los tonos elevados, pero el timbre era idéntico, y su voz, siempre que hablaba bajo, parecía el eco perfecto de la mía. No trataré de

explicar hasta qué punto este curioso retrato mío (porque no puede propiamente denominarse caricatura), me atormentaba. No tenía más que un consuelo, y era qué la imitación, a lo que podía apreciarse, no era notada más que por mí solamente, y que yo sólo tenía que soportar con paciencia las sonrisas misteriosas y extrañamente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido sobre mi ánimo el apetecido efecto, parecía regocijarse secretamente de la herida que me había infligido, y mostrarse singularmente desdeñoso a los públicos aplausos que el éxito de su ingenio le hubiera conquistado fácilmente. ¿Cómo nuestros camaradas no se daban cuenta de su intento, no lo veían puesto en obra, y no tomaban parte en su burlona alegría? Esto fue, durante muchos meses de inquietud, un enigma inexplicable para mí.

Quizá la gradual lentitud de su imitación la hiciese menos aparente, o tal vez debiese yo mi tranquilidad a la maestría con que me imitaba tan perfectamente el copista, que desdeñaba el estilo, y todo lo que los espíritus obtusos pueden notar fácilmente en la pintura, limitándose a copiar el espíritu del original para mi mayor admiración y disgusto.

He hablado muchas veces del aire mortificante de protección que había tomado para conmigo y de su reiterada y oficiosa intervención en mi voluntad. Esta intervención tomaba generalmente el carácter enfadoso de un consejo, no falaz, sino sugerido, insinuado. Lo recibía con una repugnancia creciente a medida que avanzaba en edad. Sin embargo, en esta época ya lejana, quiero hacer estricta justicia de proclamar que no recuerdo un solo caso en que las insinuaciones de mi rival hubiesen participado de este carácter de horror o de locura, tan lógico en su edad, generalmente desnuda de madurez y experiencia; que su sentido moral, si no ya su talento y su prudencia, eran mucho mejores que los míos, y que yo sería otro hombre, y, por consiguiente, más dichoso, si hubiera desechado menos despreciativamente los consejos contenidos en estos cuchicheos significativos que no me inspiraban entonces más que un odio tan grande como amargo era mi despecho.

Así llegué a ser con el tiempo excesivamente rebelde a su odiosa vigilancia, y a aborrecer cada vez más abiertamente lo que miraba como una insoportable arrogancia. He dicho que en los primeros años de nuestro

conocimiento, mis sentimientos para con él hubieran fácilmente degenerado en amistad; pero en los últimos meses de mi estancia en el colegio, aunque la importunidad de sus maneras habituales disminuyó, sin duda, en gran modo, sus sentimientos, en una proporción casi semejante, engendraron en mí un odio positivo. El advirtiéndolo en cierta ocasión, y desde entonces evité mi presencia, o afectó, por lo menos, esquivarla.

Esto, si mal no recuerdo, ocurrió casi en la misma época en que, con motivo de un altercado que con él tuve, y en el que abandonó su ordinaria reserva, y habló y accionó con una impetuosidad casi extraña a su naturaleza, creí descubrir en su tono, en su aire, en su fisonomía en general, algo que me hizo temblar al principio y que después me interesó profundamente, haciendo surgir en mi alma oscuras visiones de mi primera infancia, confusos recuerdos, mezclados, prensados, de un tiempo en que mi memoria aún no recordaba nada. No podré definir mejor la sensación que me oprimía, sino diciendo que me era difícil despojarme de la idea que ya había conocido que estaba colocada ante mí, en una época muy antigua, en un pasado extraordinariamente remoto. Esta ilusión, sin embargo, desapareció con tanta rapidez como me había asaltado, y no me ocupó en ella más que para señalar el día de la última conversación que tuve con mi singular homónimo.

La antigua y amplia casa, en sus innumerables subdivisiones, comprendía infinidad de grandes habitaciones que comunicaban entre sí y servían de dormitorio a la mayor parte de los colegiales. Había, naturalmente (como no podía menos de suceder en un edificio tan pésimamente trazado), una porción de vueltas y revueltas, ángulos y desperdicios de la construcción, que el espíritu economista del doctor Bramby había transformado también en dormitorios; pero, como éstos no eran más que mezquinos cuartuchos, no podían servir sino a un solo individuo. Una de estas pequeñas piezas estaba ocupada por Wilson.

Una noche, al finalizar mi quinto año de colegio, y momentos después del altercado del que ya he hecho mención, aprovechándome de que todo el mundo estaba entregado al sueño, salté de mi lecho, y, con una lámpara en la mano, me deslicé por un laberinto de estrechos corredores desde mi dormitorio al de mi rival. Había premeditado largamente una de estas ruinas

burlas, una de estas maliciosas bromas, todas las cuales habían fracasado hasta entonces. Pensando poner mi plan en ejecución, resolví hacerle sentir toda la intensidad del encono de que estaba lleno mi pecho. Cuando hube llegado a su gabinete, entré en él sin producir ruido dejando mi lámpara a la puerta con una pantalla encima. Avancé un poco, y oí el ruido de su tranquila respiración. Estaba profundamente dormido. Volví a la puerta, tomé mi lámpara y me aproximé de nuevo a la cámara. Las cortinas estaban corridas; abrílas lentamente para llevar a cabo mi plan, y una luz viva cayó de lleno sobre el rostro de Wilson al mismo tiempo que mi vista se clavaba en su fisonomía. Un estupor inconcebible, una sensación de hielo, apoderóse instantáneamente de todo mi ser. Mi corazón latió con violencia, mis piernas vacilaron, toda mi alma fue presa de un terrible e inexplicable horror. Respiré ansiosamente y acerqué más la lámpara a su rostro. Aquéllas eran, sin duda, las facciones de Guillermo Wilson. Veía claramente que eran sus facciones, más me estremecía, como presa de un acceso de fiebre, imaginándome que no fueran las suyas. ¿Qué había, pues, en ellas que pudiera hacerme vacilar hasta este punto? Lo contemplaba, y mi cerebro agitábase bajo la presión de mil pensamientos incoherentes. No se me aparecía así, no ciertamente, no se me presentaba de tal modo en las activas horas en que estaba despierto. ¡Idéntico nombre, las mismas facciones, entrados en el mismo día en el colegio! ¡Y luego, está molesta e inexplicable imitación de mis movimientos, de mi voz, de mis ropas y de mis maneras! ¿Era posible que lo que yo veía entonces fuese sencillamente el resultado de esta costumbre de imitación característica? Sobrecogido de espanto, presa de terror, apagué la lámpara, salí sigilosamente de la habitación, y abandoné el recinto del colegio para nunca más volver a él.



Transcurridos algunos meses, que pasé en casa de mis padres, en la dulce ociosidad, me llevaron al colegio de Ton. Este corto intervalo había sido bastante para disminuir en mí el recuerdo de los sucesos de la escuela del doctor Bramby, o, al menos, para producir un notable cambio en la naturaleza de sentimientos que estos recuerdos me inspiraban, en cuanto a su realidad, pues el lado trágico no existía. Encontraba entonces algunos motivos para dudar del testimonio de mis sentidos, y recordaba rara vez los acaecimientos, sin admirar hasta dónde puede llegar la credulidad humana, y sin burlarme de la prodigiosa fuerza de la imaginación que había heredado de mi familia. Además, la vida que llevaba en Ton contribuía mucho a aumentar esta especie de escepticismo.

El torbellino de locura en que me sumí inmediatamente y sin reflexión alguna, desvaneciolo todo, excepto la espuma de mis horas pasadas, que absorbió en un solo momento toda impresión sólida y seria, y sólo dejó en mi memoria los atolondramientos de mi existencia precedente.

No intentaré trazar aquí la historia de mis miserables desórdenes, contrarios a toda ley y que eludían toda vigilancia. Tres años de locura,

consumidos sin provecho, no habían podido darme más que costumbres de vicio inveterado, y habían aumentado de una manera casi anormal mi desenvolvimiento físico. Un día, después de una semana completa de embrutecedora disipación, invité a una orgía secreta en mi habitación. Nos reunimos a una hora avanzada de la noche, porque nuestra crápula debía prolongarse hasta el día. El vino corría sin tasa, y otras seducciones, más peligrosas quizá, no habían sido olvidadas, de modo que cuando el alba iluminó débilmente el cielo por Oriente, nuestro delirio y nuestras extravagancias habían llegado a su colmo. Furiosamente inflamado por el juego y la embriaguez, me complacía en sostener una conversación extraordinariamente indecente, cuando mi atención fue solicitada de pronto por el ruido de una puerta que se entreabrió con violencia y por la voz precipitada de un criado, que me dijo que una persona mostraba grandes deseos de hablarme en el vestíbulo.

Sumamente excitado por el vino, esta inesperada interrupción causóme más placer que sorpresa.

Levantéme vacilante, y en dos brincos llegué al vestíbulo de la casa. En esta pieza, baja y estrecha, no había lámpara alguna ni otra luz que la del alba, bastante débil, que entraba a través de la ventana. Al pisar el umbral, distinguí la persona de un joven de mi estatura aproximadamente, vestido con un traje de casimir, de corte irreprochable, como el que yo tenía puesto en aquel momento. La indecisa claridad me permitió observar todo esto; pero las facciones de su cara no pude distinguirlas.

Apenas hube llegado se precipitó hacia mí, y agarrándome por el brazo con un gesto imperativo de impaciencia, murmuró estas palabras a mi oído: «¡Guillermo Wilson!».

En un instante se desvanecieron los vapores del vino.

Había en el acento del recién llegado, en el temblor nervioso de su dedo, que tenía levantado entre mis ojos y la luz, algo que me llenó de estupor; mas no era esto precisamente lo que con tal violencia me había sobrecogido. Era la gravedad, la solemnidad de la amonestación, formulada en esa palabra singular, baja, silbadora, y, sobre todo, el carácter, el tono, el timbre de esas sílabas, sencillas, familiares y tan misteriosamente

murmuradas, que vinieron, con mil recuerdos acumulados de pasados días, a obrar sobre mi alma, como la descarga de una pila voltaica.

Aunque este nuevo hecho produjo inmediatamente un efecto muy enérgico sobre mi imaginación exaltada, sin embargo, este efecto tan violento llegó a desvanecerse rápidamente. Durante muchas semanas, ora me entregaba a la más profunda investigación, ora quedaba envuelto en una nube de meditación mórbida. No procuraba disimular la identidad del singular individuo que se entrometía tan enfadosamente en mis asuntos y me cansaba con sus officiosos consejos.

Más, ¿quién podría ser éste sino Wilson? ¿De dónde procedía? ¿Cuál era su fin? A ninguno de estos puntos puedo encontrar contestación satisfactoria; pensaba solamente, tocante a él, que algún accidente repentino en su familia le había hecho salir del colegio del doctor Bramby, al siguiente día de haberme yo escapado. Pero, después de algún tiempo, cesé de pensar en esto, y mi atención fue absorbida completamente por un viaje proyectado a Oxford. Allí, debido a la pródiga vanidad de mis padres, pude sostener un costoso tren y entregarme a mis caprichos, al lujo ya tan deseado por mi corazón, y llegué en poco tiempo a rivalizar en prodigalidades con los más acaudalados herederos de los más ricos condados de la Gran Bretaña.

Alentado el vicio por semejantes medios, mi naturaleza estalló con doble ardor, y en la frenética embriaguez de mis orgías, traspasé los vulgares límites de la decencia. Mas sería absurdo referir prolijamente los detalles de mis inmoralidades. Bastará decir que sobrepujé a Herodes en disipaciones, y que, dando nombre a multitud de delirios desconocidos, añadí un copioso apéndice al extenso catálogo de vicios que reinaban por entonces en la universidad más disoluta de Europa.

Cualquiera se resistía a creer que hubiese olvidado hasta tal punto mi calidad de caballero, que procurase familiarizarme con los artificios más villanos del jugador de oficio, y que finalizara por ser un adepto de esta ciencia miserable, practicándola habitualmente como medio de acrecentar mi fortuna, enorme ya, a costa de aquellos camaradas míos cuyo carácter era más débil.



Y, sin embargo, tal ocurría. Y la enormidad misma de este atentado contra todos los sentimientos de dignidad y de honor, era evidentemente la principal, si no la única razón, de mi impunidad. Porque, ¿quién de mis más depravados camaradas no hubiera despreciado el más evidente testimonio de sus sentidos antes que sospechar una conducta tal en el alegre, en el leal, en el generoso Wilson, el más noble y liberal compañero de Oxford, de aquel Wilson cuyas atrocidades, según decían sus admiradores, eran sólo extravíos de una juventud y una imaginación sin freno, cuyas torpezas no eran más que inimitables caprichos, y los más horribles vicios una indiferente y soberbia extravagancia?

Ya habían transcurrido dos años en esta alegre vida, cuando vino a la universidad un joven de reciente nobleza, llamado Glendinning, rico como Herodes Atico, según decía la voz pública, y a quien su riqueza no le había costado ganar. Descubrí inmediatamente que era de débil inteligencia, y lo elegí naturalmente como una excelente víctima de mis talentos. Lo invitaba frecuentemente a jugar, y me aplicaba, con la habitual astucia del jugador, a dejarlo ganar sumas considerables para envolverlo más eficazmente en mis redes. En fin, cuando tuve mi plan bien maduro, me avisté con él con la

intención bien decidida de poner término a aquella empresa, en casa de uno de nuestros camaradas, míster Preston, igualmente amigo de ambos, pero a quien debo hacerle la justicia de que no tenía la menor sospecha de mis intenciones. Para dar a todo esto un excelente color, había tenido el cuidado de que acudiesen ocho o diez personas, y procuré que el juego se iniciase, al parecer, de una manera casual, y no diese lugar más que a la proposición del fraude que tenía en mi pensamiento. Para abreviar un asunto tan despreciable, no olvidé ninguna de esas villanas sutilezas tan generalmente practicadas en ocasiones parecidas, y asombra que haya siempre gentes lo bastante estúpidas para ser víctima de ellas.

Habíamos prolongado nuestra velada hasta bien entrada la noche, cuando logré al fin quedarme con Glendinning como único adversario. Mi juego favorito fue siempre el *ecarté*.

Las demás personas de la tertulia, interesadas por las enormes proporciones de nuestro juego, habían dejado sus cartas, formando círculo a nuestro alrededor. Nuestro *parvenú*, a quien había hábilmente inducido al principio de nuestra *soirée* a beber en grande, barajaba, daba y jugaba de una manera extraordinariamente nerviosa, en la cual presumí que tomaba parte su embriaguez, pero sin poder explicármelo satisfactoriamente.

En un corto tiempo, había llegado a deberme una fuerte suma, cuando, habiendo bebido una gran copa de oporto, ocurrió justamente lo que yo había previsto con frialdad: propuso duplicar nuestra apuesta, ya altamente crecida.

Con falsa afectación de resistencia, y solamente después que mi repulsa reiterada le hubo llevado a pronunciar agrias palabras que dieron a mi consentimiento la apariencia de un puntillo de amor propio, acabé por acceder. El resultado fue el previsto: la víctima estaba completamente cazada en mis redes; en menos de una hora había cuadruplicado su deuda. Desde hacía algún tiempo su cara había perdido el rosado tinte que le daba el vino; pero entonces vi con asombro que se había trocado en una palidez verdaderamente mortal. Digo con asombro, porque había tomado acerca de Glendinning serios informes; se me había presentado como sumamente acaudalado, y las cantidades que había perdido hasta entonces, aunque

fuertes en realidad, no podían, así lo suponía yo al menos, atormentado seriamente, y aún menos afectarlo de un modo tan violento.

Creí más lógico pensar que estaba aturdido por el vino que acababa de beber, y, con el fin de dejar a salvo mi honor a los ojos de mis camaradas, más bien que por un motivo desinteresado, iba a insistir firmemente en interrumpir el juego, cuando algunas palabras y una exclamación de Glendinning que aparentaba la más completa desesperación, me hicieron comprender que había logrado su ruina total, en tales términos, que a todos inspiraba lástima, y lo hubieran protegido aun contra el mismo demonio.

Difícil me sería decir lo que hubiera hecho yo en un caso semejante. La deplorable situación en que mi fraude había colocado a aquel joven, produjo un silencio profundo por algunos minutos, durante los cuales sentí, a pesar mío, arder mis mejillas bajo el peso de las miradas ardientes de desprecio y de reprobación de los menos endurecidos de alma entre los circundantes. Confesaré que mi corazón se encontró momentáneamente aliviado de un intolerable peso de angustia. Las macizas hojas de la puerta de la sala se abrieron de par en par, de un solo golpe, con una impetuosidad tan violenta y vigorosa que todas las bujías se apagaron como por encanto. Más la luz moribunda me permitió ver que había entrado un extraño, un hombre de mi estatura, y completamente envuelto en una capa. En aquel instante las tinieblas eran intensas y sólo podíamos sentir que estaba en medio de nosotros. Antes que alguno de la reunión hubiese vuelto del asombro que nos había producido esta violencia, percibimos la voz del intruso.

—Caballeros —dijo con una voz muy baja pero clara, con un acento inolvidable que penetró hasta la médula de mis huesos—, caballeros, no trato de disculpar mi conducta, porque, obrando así, no he hecho más que cumplir un deber. No conocen ustedes, sin duda, el verdadero carácter de la persona que ha ganado esta noche una suma enorme al *ecarté* a lord Glendinning. Voy a proponerles un medio expedito y decisivo para procurar a ustedes conocimientos utilísimos. Registren, se lo suplico, a su gusto, el forro de la vuelta de su manga izquierda y algunos pequeños paquetes que se le encontrarán en los bolsillos bastante grandes de su bata bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan absoluto que se hubiera oído caer un alfiler sobre la alfombra. Cuando hubo terminado, desapareció de improviso, tan bruscamente como entrara.

¿Me será dado relatar mis sensaciones? Es preciso decir que soporté todos los horrores del condenado. No tuve, ciertamente, mucho tiempo para meditar. Multitud de manos me asieron con rudeza, y se encendió inmediatamente la luz. Siguió a esto un reconocimiento. En el forro de mi manga se encontraron todas las figuras principales del *ecarté* y en los bolsillos de mi bata un cierto número de barajas exactamente iguales a las que nos servían en nuestras reuniones, con la diferencia de que las mías eran de estas que se llaman, con propiedad, recortadas, estando los triunfos un poco convexos sobre los lados pequeños, y las cartas bajas imperceptiblemente convexas sobre los grandes. Mediante esta disposición, el que corta, como de costumbre, a lo largo de la baraja, lo hace invariablemente de manera que da un triunfo a su adversario; mientras que el griego, cortando por lo ancho, no dará nunca a su víctima nada que pueda apuntarse a su favor.

Una tempestad de indignación me hubiera producido menos efecto que el silencio despectivo y la calma sarcástica con que fue acogido este descubrimiento.

—Señor Wilson —dijo nuestro huésped, agachándose para recoger bajo sus pies una capa magnífica, forrada de una tela preciosa—; señor Wilson, esto es de usted.

El tiempo estaba frío y al abandonar mi habitación me había puesto por encima de mi traje de mañana un capote que me quité al llegar a la mesa de juego.

—Presumo —añadió mirando los pliegues del vestido con amarga sonrisa— que es bien inútil buscar aquí nuevas pruebas de su habilidad. Verdaderamente tenemos bastantes. Espero que se le alcanzará fácilmente la necesidad de alejarse de Oxford, o, por lo menos, de salir al instante de mi casa.

Deshonrado, humillado así hasta el lodo, es posible que hubiera castigado este lenguaje insultante con una inmediata violencia personal, si

toda mi atención no se hubiese concentrado en este momento en un suceso de la más sorprendente naturaleza.

La capa que yo usaba tenía un forro precioso, de una rareza y de un precio exorbitantes, creo inútil decirlo. Su corte era fantástico, de mi exclusiva invención; porque en asuntos frívolos era exagerado, y llevaba los caprichos del dandismo hasta el absurdo.

Así pues, cuando el señor Preston me dio la que había tirada en el suelo, cerca de la puerta de la sala, con asombro muy próximo al terror, advertí que yo tenía la mía sobre el brazo, donde sin duda me la había colocado sin fijarme, y la que me presentaba era una copia exacta en todos sus más minuciosos detalles. El ser singular que me había tan completamente desenmascarado estaba, bien me acuerdo, embozado en una capa, y ninguno de los presentes individuos, excepción hecha de mí, la habían traído consigo. Conservé alguna presencia de ánimo, tomé la que me ofrecía Preston, la puse, sin que se diese cuenta de ello, sobre la mía, salí de la habitación con un reto y una amenaza en la mirada, y aquella misma mañana, antes de rayar la aurora, huí precipitadamente de Oxford hacia el continente, con una verdadera angustia de horror y de vergüenza.

Mi huida era inútil. El destino maldito persiguióme triunfante, probándome que su poder misterioso no había hecho hasta entonces más que empezar.

No bien hube puesto el pie en París, cuando tuve una prueba más del detestable interés que Wilson tomaba en mis negocios. Los años corrieron y no hubo para mí un instante de tranquilidad. ¡Miserable! En Roma, ¡con qué importuno comedimiento, con qué ternura de espectro se interpuso entre mi ambición y yo! ¡Y en Viena, y en Berlín, y en Moscú! ¡Dónde no encontraba algún motivo para maldecirlo desde el fondo de mi corazón! Poseído de espanto, emprendí finalmente la huida ante su impenetrable tiranía como ante una peste, y hasta el fin del mundo, huí, huí siempre en vano.

E interrogando siempre en secreto a mi alma, repetía mil veces mis preguntas: ¿Quién es? ¿De dónde viene?, y ¿cuál es su designio? Pero no encontraba respuesta. Y analizaba entonces con especial cuidado las formas, el método y los rasgos de su insolente vigilancia. Pero ni aun en

esto podía encontrar gran cosa que pudiese servir de base a una conjetura. Era una cosa realmente notable que en los varios casos en que se había recientemente interpuesto en mi camino, no hubiese nunca procurado desbaratar mis planes o descomponer mis operaciones, que si hubiesen obtenido buen éxito, hubieran terminado en un amargo percance.



Mísera justificación, en verdad, para una autoridad tan imperiosamente usurpada. Pobre indemnidad para estos derechos tan molestos y tan insolentemente negados.

Me creo también obligado a observar que mi verdugo, ejercitándose escrupulosamente y con una maravillosa destreza en el capricho de llevar siempre un traje idéntico al mío, se había siempre arreglado de modo que no pudiese ver sus facciones. Como quiera que fuese, este endemoniado Wilson, rodeado de un misterio semejante, era el colmo del disimulo y de la necedad. ¿Podía suponer un instante que en el que me había dado aquel consejo en Ton, en el destructor de mi honra en Oxford, en el que había deshecho mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi pasión en Nápoles, en el que en Egipto atormentaba mi concupiscencia, que en este

ser, mi gran enemigo, mi genio maléfico, no lograba yo reconocer al Guillermo Wilson de mis años de colegio, al homónimo, al compañero, al rival odiado y temido de la casa Bramby? ¡Imposible! Pero séame permitido llegar a la terrible escena final del drama.



Hasta entonces habíame sometido cobardemente a su imperiosa dominación. El sentimiento de profundo respeto con que me había acostumbrado a mirar el carácter elevado, la prudencia majestuosa, la omnipresencia y la omnipotencia aparente de Wilson, unido a no sé qué sensación de terror que me inspiraban otros rasgos salientes de su naturaleza y determinados privilegios, habían hecho nacer en mí la idea de mi completa debilidad y de mi impotencia, y me habían llevado a una sumisión sin reserva, aunque llena de amargura y repugnancia, a su tirana dictadura. Más, desde estos últimos tiempos, habíame entregado por completo a la bebida, y su influjo exasperante sobre mi temperamento hereditario me hizo odiar cada vez más a mi perseguidor. Comencé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Fue sólo mi imaginación la que me indujo a creer que la obstinación de mi verdugo disminuiría en razón de mi propia

firmeza? Es probable, pero, en todo caso, comencé a sentir la inspiración de una ardiente esperanza, y finalicé por alimentar, en el secreto de mis pensamientos, la sombría y desesperada resolución de libertarme de esta esclavitud.

Se me presentó la ocasión en Roma durante el carnaval de 18... Encontrábame en un baile de máscaras, en el palacio del duque del Broglio, de Nápoles. Había abusado del vino aún más que de costumbre y la atmósfera sofocante de los salones atestados de gente me producía vértigos insoportables. La dificultad de abrirme paso a través de la baraúnda, no contribuyó poco a aumentar mi mal humor; porque yo buscaba con ansiedad (no diré para qué fin indigno) a la joven, a la alegre, a la bella esposa del viejo y ridículo duque del Broglio. Con una ligereza bastante imprudente, me había confiado el secreto del traje con que se iba a disfrazar, y como acababa de verlo a lo lejos, tenía ansias de llegar a ella. En aquel momento sentí una mano que se posó dulcemente sobre mi hombro, y luego el inolvidable, el profundo, ¡el maldito *cuchicheo* volvió a resonar en mis oídos! Presa de rabia frenética, me volví bruscamente hacia el que así me había perturbado, y lo así con violencia por el cuello.

Llevaba, naturalmente, un traje por completo igual al mío; una capa española de terciopelo azul, y alrededor del talle un cinturón carmesí de donde colgaba una larga espada. Un antifaz de seda negra cubría por completo su rostro.

—¡Miserable! —exclamé con voz enronquecida por la rabia, y cada sílaba que se me escapaba era como un tizón para el fuego de mi cólera—. ¡Miserable impostor! ¡Malvado! ¡Maldito! No me perseguirás más; no me impacientarás hasta la muerte. Sígueme, o, en el acto, te atravieso con mi espada.

Y me abrí camino por la sala de baile hacia una pequeña antesala próxima, arrastrándolo en pos de mí.

Fue a caer contra el muro; cerré la puerta blasfemando y le mandé desenvainar su espada.

Vaciló un segundo: más después, con un ligero suspiro, sacó silenciosamente el arma y se puso en guardia.

El combate no duró mucho. Estaba exasperado por las más ardientes excitaciones de todo género, y experimentaba en un solo brazo la energía y el poder de una multitud. En algunos segundos lo acosé por la fuerza de mi puño contra la pared, y allí, teniéndolo a mi albedrío, le hundí multitud de veces la punta de mi espada en el pecho, con la ferocidad de un tigre.

En este momento sentí que alguien andaba en la cerradura de la puerta. Traté de impedir una invasión inoportuna y volví inmediatamente hacia mi adversario moribundo. Pero ¿qué lengua humana podría expresar el asombro, el horror que se apoderó de mí ante el espectáculo que entonces presenciaron mis ojos? El corto instante durante el cual yo me había vuelto de espaldas, había sido suficiente para producir, en apariencia, un cambio material en las disposiciones del otro lado de la sala.

Un gran espejo —en mi gran turbación lo creí así— se levantaba en aquel lugar donde momentos antes nada viera, y como yo marchase presa del mayor terror hacia este espejo, mi misma imagen, pero con un semblante pálido y manchado de sangre, avanzó a mi encuentro con paso débil y vacilante.

Era mi adversario, era Wilson, que estaba delante de mí en su agonía. Su careta y su capa yacían sobre el suelo, donde él los arrojara.

No había ni un hilo en su traje ni una línea en toda su figura que no fuese *mío*, que no fuese *mía*; aquello era la identidad absoluta.

Allí estaba Wilson, pero un Wilson que no volvería a mascullar más sus palabras. Tan exacto era su parecido conmigo que le tomé por mi misma persona cuando dijo:

—Tú has sido el vencedor y yo sucumbo. Pero desde este momento en adelante, estás muerto también; muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. ¡Yo era tu existencia: ve en mi muerte, ve en esta imagen, que es la tuya, de qué modo te has asesinado a ti mismo!



LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA

La «muerte roja» había devastado la región durante largo tiempo. Jamás peste alguna había sido tan fatal y tan espantosa. La sangre era su encarnación y su sello: el color y el horror de la sangre. Comenzaba por agudos dolores, seguía con desvanecimientos súbitos y concluía en un abundante derrame de sangre por los poros; poco después sobrevénía la muerte. Las manchas purpúreas en el cuerpo y especialmente en el rostro de la víctima eran las trompetas de la muerte que la aislaban de todo socorro y toda simpatía. La invasión, el progreso y fin de la enfermedad era cuestión de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, intrépido y sagaz. Cuando sus posesiones quedaron semidespobladas, eligió un millar de robustos y desaprensivos amigos de entre los caballeros y damas de su corte, y se refugió con ellos en una de sus recónditas abadías fortificadas, de amplia y magnífica construcción, obra del propio príncipe que poseía un gusto, no por excéntrico exento de majestuosidad. Una sólida y elevada muralla la circundaba. Las puertas eran de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, se sirvieron de fraguas y pesadas mazas para soldar los cerrojos, decididos a no dejar ninguna vía de acceso o de salida a cualquier eventual impulso súbito de desesperación del exterior o de frenesí del interior. La abadía disponía de abundantes víveres. Gracias a estas precauciones los cortesanos podían desafiar la peste. Que el mundo exterior se las arreglase como pudiese; mientras tanto, sería locura afligirse o pensar en él. El príncipe había abastecido la mansión de todo lo necesario para el placer: habla bufones, improvisadores, bailarines, músicos, belleza y vino. Dentro había todo esto y además seguridad. Fuera estaba la «muerte roja».

Al quinto o sexto mes de reclusión, y mientras la peste causaba terribles estragos en el exterior, el príncipe Próspero ofreció a su millar de amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

¡Qué cuadro tan voluptuoso aquella mascarada! Permitidme describiros antes los salones donde tuvo lugar. Eran siete —una hilera imperial de estancias—. En la mayoría de los palacios, estas hileras de salones forman una prolongada galería en línea recta cuando los batientes de las puertas se abren de par en par, permitiendo que la vista alcance sin obstáculos la totalidad de la galería. Aquí se trataba de algo muy distinto, como podía esperarse del duque y de su amor por lo raro. Las salas se hallaban dispuestas con tal irregularidad que la vista sólo abarcaba una cada vez. Cada ventanal tenía vitrales cuya coloración armonizaba con el tono dominante de la decoración del aposento; por ejemplo, si el salón del extremo oriental estaba decorado en azul, vívidamente azules eran sus vitrales. La segunda estancia estaba guarnecida de púrpura, y purpúreas eran las vidrieras. El tercer aposento estaba ornado completamente en verde, lo mismo que los cristales. La cuarta, anaranjada, recibía luz a través de un vitral anaranjado; la quinta era blanca y la sexta, violeta. El séptimo

apuesto aparecía rigurosamente cubierto con colgaduras de terciopelo negro que revestían el techo y las paredes y caían en pesados pliegues sobre una alfombra de la misma tela y color. Pero en esta sala, el color de las vidrieras no correspondía a la decoración. Los vitrales eran escarlata, de un intenso color sangre. Ahora bien, pese a la profusión de ornamentos dorados esparcidos por doquier o suspendidos de las paredes o del artesanado, en aquellas siete estancias no había lámparas ni candelabros. Ni bujías ni arañas había en aquella larga hilera de habitaciones. Pero en los corredores paralelos que las rodeaban, justamente frente a cada ventana, se alzaban pesados trípodes sosteniendo un ígneo brasero que, a través de los cristales colorados, proyectaba sus rayos sobre las salas, que iluminaba de un modo deslumbrador, provocando una infinidad de resplandores tan vivos como fantásticos. Pero en la cámara del Poniente, la negra, la claridad del brasero que a través de los cristales sangrientos se derramaban sobre las negras tapicerías, producía un efecto terriblemente siniestro y prestaba a los rostros de los imprudentes que allí penetraban una coloración tan extraña que muy pocos eran lo bastante audaces para pisar su recinto.

En este apuesto, y apoyado contra del muro del Poniente, se erguía un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo se balanceaba con un tictac sordo, pesado y monótono. Cuando el minuterero completaba su recorrido esférico e iba a sonar la hora, de los pulmones bronceados del mecanismo brotaba un tañido claro y fragoso, profundo y lleno de musicalidad; mas su timbre era tan particular y potente, que cada hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a interrumpir por un instante los acordes para escuchar el sonido, y los bailarines cesaban en sus evoluciones. Aquella alegre sociedad se veía recorrida por una turbación momentánea, y mientras sonaban los tañidos, los más vehementes palidecían y los de más edad se pasaban la mano por la frente, como si se sumieran en meditación o en un sueño febril. Cuando se apagaban por completo los ecos, una liviana risa recorría la reunión. Los músicos se miraban riéndose de sus nervios y de su locura, prometiéndose en voz baja unos a otros que el siguiente tañido no provocaría en ellos la misma sensación. Pero al cabo de los sesenta minutos (que comprenden tres mil seiscientos segundos del tiempo que huye) el fatal reloj daba otra vez la hora y otra vez surgía el mismo estremecimiento, el mismo escalofrío, el

mismo sueño febril. Pese a todo, la fiesta continuaba alegre y magnífica. El duque tenía gustos singulares. Su vista era especialmente sensible a los colores y sus efectos. Despreciaba los gustos de la moda. La audacia y la temeridad presidían sus planes y sus concepciones brillaban con bárbaro esplendor. Muchos podrían haberle considerado loco. Sus cortesanos sabían que no lo estaba.



Con ocasión de la gran fiesta, el príncipe había dirigido personalmente la decoración de las salas, y su gusto había guiado la elección de los disfraces, que destacaban por su grotesca concepción. Reinaba en ellos el brillo, el resplandor, lo chocante y lo fantasmagórico —mucho de eso que más tarde podría verse en *Hernani*—. Había figuras en arabesco, con siluetas y miembros incongruentes; había también fantasías delirantes, que gustaban a los maníacos. Abundaba lo hermoso, lo extraño, lo lujurioso, mucho de lo terrible y no poco de lo que podía considerarse repugnante. De un lado a otro de las siete estancias paseaba una muchedumbre de pesadilla. Y esas pesadillas se contorsionaban por todas partes, tiñéndose del color de los salones y haciendo de la música el eco de sus propios pasos.

Nuevamente suena el reloj de ébano que se alza en el salón de terciopelo; todo calla por un instante, todo es silencio salvo la voz del reloj. Las figuras de pesadilla quédanse yertas, rígidas. Y cuando los ecos de la campana se desvanecen —apenas han durado un momento— una risa leve, mal reprimida, flota por todos lados. Y de nuevo suena la música, viven las pesadillas contorsionándose de un lado para otro más alegremente que nunca, reflejando el color de los vitrales distintamente teñidos, por los que irrumpen los rayos de los trípodes. Más en el salón que da al oeste ninguna máscara se aventura porque la noche avanza y una luz más roja se derrama por los cristales color sangre; la oscuridad de las cortinas negras es aterradora, y quienes posan su pie en la sombría alfombra, oyen del cercano reloj de ébano un repique más pesado, más solemne que el que hiere los oídos de las máscaras entregadas al baile en estancias más apartadas.

Una densa muchedumbre se congregaba en estas últimas, donde latía febrilmente el corazón de la vida. La fiesta llegaba a su pleno apogeo cuando comenzaron a oírse los tañidos del reloj anunciando la medianoche. Calló entonces la música como ya he contado, y apaciguáronse las evoluciones de los danzantes. Como antes, se produjo una angustiada inmovilidad en todo. En esta ocasión el reloj debía tañer doce campanadas, y quizá por eso, en tan largo tiempo, los pensamientos invadieron en mayor número las meditaciones de quienes reflexionaban entre la multitud entregada a la alegría. Y quizá por eso también, varias personas tuvieron tiempo, antes de que los ecos del carillón se desvanecieran, de advertir la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces no había despertado la atención de nadie. Al difundirse en un susurro la nueva de aquella presencia, se suscitó entre los concurrentes un murmullo significativo de asombro y desaprobación y, finalmente, de espanto, pavor y repugnancia.

En una asamblea de fantasmas como la que acabo de pintar, puede suponerse perfectamente que ninguna aparición ordinaria hubiera provocado tal conmoción. A decir verdad, el desenfreno de aquella mascarada no tenía límites, pero el personaje en cuestión sobrepasaba en extravagancia a un Herodes y la moralidad equivoca del príncipe. En el corazón de los más temerarios siempre hay una cuerda que no se puede

tocar sin emoción. Hasta en los más depravados, en quienes la vida y la muerte son siempre un juego, hay cosas con las que no se puede jugar. Los concurrentes sintieron en lo más profundo de su ser que el traje y la apariencia del desconocido resultaban inadecuadas. Su figura, alta y esquelética, se envolvía de pies a cabeza con una mortaja. La máscara que le ocultaba el rostro representaba tan admirable la fisonomía de un cadáver, que un examen minucioso hubiese descubierto a duras penas el engaño. Aquella frenética y alegre concurrencia hubiera tolerado, si no aprobado, semejante disfraz. Pero la figura había osado asumir las apariencias de la «muerte roja». Su mortaja estaba salpicada de sangre y en su amplia frente y en el resto de sus facciones había manchas del horror escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero se posaron en aquella figura espectral (que con pausado y solemne movimiento, como para dar relieve a su papel, paseaba entre los bailarines), se conmovió en un violento estremecimiento de terror y disgusto; un segundo más tarde su frente enrojecía de ira.

—¿Quién se atreve —preguntó con voz ronca a los cortesanos que le rodeaban—, quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Apresadle y desenmascaradle, para que sepamos a quién hemos de ahorcar en nuestras almenas al alba!

Cuando pronunció estas palabras el príncipe Próspero se hallaba en el salón del este, en el aposento azul con un grupo de pálidos cortesanos que le rodeaban. Apenas terminó de hablar, se produjo un ligero movimiento de avance en dirección al intruso quien, en ese momento, se hallaba a su alcance y se acercaba al príncipe con paso tranquilo y majestuoso.

Pero cierto terror indefinido que la insensata arrogancia del enmascarado había inspirado a toda la concurrencia impidió que alguien alzara la mano para prenderle, de modo que sin obstáculo alguno, pasó a diez pasos del príncipe, y mientras la inmensa reunión retrocedía como obedeciendo a un mismo impulso desde el centro de la sala hacia las paredes, él prosiguió andando con el mismo solemne y mesurado paso que le había distinguido desde su aparición, pasando de la cámara azul a la purpúrea, de la purpúrea a la verde, de la verde a la anaranjada, de ésta a la blanca y de aquí a la violeta sin que nadie hiciera un movimiento decisivo

para detenerle. Fue entonces cuando el príncipe Próspero, furioso de ira y vergüenza por su momentánea cobardía, se abalanzó precipitadamente por las siete cámaras, sin que nadie le siguiera a causa del mortal terror que a todos paralizaba. Blandiendo un puñal, se acercó impetuosamente a tres o cuatro pasos de aquella figura que seguía alejándose, cuando ésta, al llegar al extremo del aposento de terciopelo, se volvió de súbito y enfrentó a su perseguidor. Se oyó un grito agudo, y la daga cayó resplandeciente sobre la fúnebre alfombra, en la que acto seguido se desplomaba muerto el príncipe Próspero.

Reuniendo el frenético coraje de la desesperación, un tropel de máscaras irrumpió a un tiempo en la negra estancia, y aferraron al desconocido, cuya alta e inmóvil figura permanecía a la sombra del reloj de ébano; en ese momento exhalaban un grito de terror inexpresable y retrocedieron al comprobar que el sudario y la máscara cadavérica que habían aferrado con tanta energía no contenía ninguna forma tangible.

Entonces reconocieron la presencia de la «muerte roja». Como un ladrón en la noche se había presentado, y uno por uno fueron cayendo los alegres convidados en las salas de la orgía, inundados por un rocío sangriento. Cada cual murió en la desesperada actitud de su caída. Y la vida del reloj de ébano se desvaneció con la del último de aquellos licenciosos. Las llamas de los trípodes se extinguieron. La Tiniebla y las Ruinas y la Muerte Roja extendieron por doquier su ilimitado dominio.



TÚ ERES EL HOMBRE

Ahora yo haré el papel de Edipo en el enigma de Rattleborough. Les explicaré a ustedes, cómo sólo yo puedo hacerlo, el secreto del mecanismo que provocó el milagro de Rattleborough, el único, el auténtico, el admitido, el indiscutible, el indisputado milagro que puso el definitivo punto final a la infidelidad entre los rattleburguenses y devolvió a la ortodoxia de los abuelos a todos los pecadores que se habían atrevido a mostrarse escépticos.

Este suceso, que lamentaría mucho tratar en un tono de inadecuada ligereza, ocurrió durante el verano de 18... *Mr. Barnabas Shuttleworthy,*

uno de los vecinos más ricos y respetables de la villa, había desaparecido días pasados en circunstancias que hacían sospechar las más funestas consecuencias.

Mr. Shuttleworthy había salido de Rattleborough un sábado por la mañana muy temprano, a caballo, con la confesada intención de trasladarse a la ciudad de... situada a unas quince millas del lugar, y volver a la noche de ese mismo sábado. Dos horas después de su partida, su cabalgadura regresó sin él y sin las sacas que al partir llevaba en la montura. El animal venía herido y cubierto de lodo. Aquellas circunstancias, como es lógico, sembraron la alarma entre los amigos del desaparecido; y cuando el domingo por la mañana se supo que no había regresado, el pueblo todo se levantó en masa para ir en busca de su cadáver.

El primero y más enérgico organizador de la búsqueda fue un amigo íntimo de *Mr.* Shuttleworthy, *Mr.* Charles Goodfellow, o como todos le llamaban «Charley Goodfellow» o «el viejo Charley Goodfellow». Ahora bien, se trate de una maravillosa coincidencia, o posea el nombre influjos imperceptibles sobre el carácter, es cosa que no he podido comprobar jamás; pero existe un hecho incontrastable: que jamás ha existido un hombre llamado Charles que no fuera un sujeto recto, varonil, bondadoso, honesto y franco, dueño de una voz profunda y clara y agradable de escuchar, y unos ojos que miran de frente, como diciendo: «Tengo la conciencia tranquila, no temo a nadie y nunca sería capaz de una acción mezquina. —De ahí que todos los generosos, negligentes—, actores de carácter» se llamen con toda probabilidad Charles.

Pues bien, aunque no llevara más de seis meses en Rattleborough y nadie supiera nada de él antes de que llegara a instalarse entre nosotros, el «viejo Charley Goodfellow» no halló la menor dificultad en hacerse amigo de toda la gente respetable del lugar. Ni un solo vecino hubiera dudado un momento de su palabra, y en cuanto a las damas hacían cuanto estaba en su poder para congraciarse con él. Esto provenía del hecho de llamarse Charles y de poseer, según se desprende de lo arriba dicho, uno de esos rostros ingenuos que proverbialmente constituyen «la mejor carta de recomendación».



Ya he declarado que *Mr. Shuttleworthy* era uno de los hombres más respetables y, sin duda, el más rico de Rattleborough, y que «el viejo Charley Goodfellow» había intimado con él a tal punto que parecía su propio hermano. Eran vecinos, y aunque *Mr. Shuttleworthy* visitaba rara vez —si es que lo hizo alguna— al «viejo Charley», y jamás se supo que comiera en su casa, ello no obsta para que ambos amigos pasaran muchísimo tiempo juntos como también he dicho; en efecto, el «viejo Charley» no dejaba pasar un solo día sin entrar tres o cuatro veces en casa de *Mr. Shuttleworthy* para ver cómo se encontraba su vecino, y muchas veces se quedaba a tomar el desayuno o el té, y casi siempre a cenar; en cuanto a la cantidad de vino que tomaban los dos camaradas de una sola vez, hubiera sido difícil de precisar. La bebida favorita del «viejo Charley» era el *Château Margaux*, y a *Mr. Shuttleworthy* parecía agradarle ver cómo su amigo se tomaba botella tras botella; tanto es así que cierto día, cuando el vino —como suele ocurrir— había despertado el ingenio de ambos, aquél dijo a su compinche dándole una palmada en la espalda:

—Te diré una cosa, «viejo Charley», y es que eres el mejor compañero con que he topado en esta vida; y puesto que tanto te gusta beber ese vino,

que me cuelguen si no voy a regalarte un gran cajón de Château Margaux. ¡Que me cuelguen —repitió *Mr. Shuttleworthy*, que tenía la mala costumbre de soltar juramentos, bastante inofensivos por otra parte—, que me cuelguen si esta misma tarde no mando pedir a la ciudad un cajón doble del mejor vino que tengan y te lo regalo! ¡Vaya si lo haré! No digas ni una palabra: te repito que lo haré y se acabó. De modo que prepárate... un día de éstos te llegará... justamente cuando menos lo esperes.

Menciono este ejemplo de generosidad por parte de *Mr. Shuttleworthy* a fin de mostrarles lo muy íntimos que eran estos dos amigos.

Pues bien, la mañana del domingo en cuestión, cuando ya no había dudas de que algo grave le había ocurrido a *Mr. Shuttleworthy*, jamás vi a nadie tan preocupado como al «viejo Charley Goodfellow». Cuando oyó por vez primera que el caballo había regresado a casa sin su amo, sin las sacas de la montura y cubierto de sangre de resultas de un pistoletazo que había atravesado el pecho del pobre animal sin llegar a matarlo, cuando oyó todo eso, se puso tan pálido como si el desaparecido hubiera sido su padre o su hermano, mientras temblaba convulsivamente como si le atacara una fiebre palúdica.

Al principio pareció demasiado abatido por el dolor como para tomar ninguna iniciativa o decidir sobre la marcha algún plan de acción; durante largo rato trató de disuadir a los restantes amigos de *Mr. Shuttleworthy* de que tomaran medidas, argumentando que era preferible esperar —una semana o dos o incluso un mes o dos— hasta ver si no ocurría alguna novedad o si el mismo desaparecido se presentaba explicando las razones por las que había abandonado de aquella forma su caballo. Pienso que ustedes habrán observado con frecuencia esta tendencia a contemporizar o a demorar la acción en gentes que se hallan bajo los efectos de un dolor muy intenso. Sus facultades mentales aparecen entorpecidas y experimentan una especie de horror por cualquier tipo de acción; nada les parece mejor que permanecer inmóviles en su cama y «acunar su propia pena», como gusta decir a las señoras de edad; en otras palabras, rumiar sus dificultades.

Las gentes de Rattleborough tenían en alta consideración la sensatez y la discreción del «viejo Charley», y la mayoría se mostró dispuesta a seguir sus consejos y no realizar investigación alguna «hasta que hubiera alguna

novedad» según se expresaba el honrado caballero. Y estoy convencido de que esta decisión hubiera prevalecido de no mediar la muy sospechosa intromisión del sobrino de *Mr. Shuttleworthy*, joven de hábitos disipados y de pésima reputación. El tal sobrino, por nombre *Pennifeather*, no quiso atender a razones ni «quedarse tranquilo», insistiendo en salir inmediatamente en busca del «cadáver del asesinado». Tal fue la frase que pronunció, y *Mr. Goodfellow* no dejó de hacer notar en esa ocasión «que era una frase extraña, por no decir otra cosa». Tal observación en labios del «viejo Charley» causó gran impacto en la multitud y se oyó a uno del grupo preguntar de la manera más vehemente «cómo podía el joven *Pennifeather* estar tan bien enterado de las circunstancias referente a la desaparición de su acaudalado tío como para sentirse autorizado a afirmar, clara e inequívocamente, que su tío había sido asesinado». A esto siguieron picantes réplicas y controversias entre varios de los allí presentes, y sobre todo entre el «viejo Charley» y *Mr. Pennifeather*, hecho que no provocó sorpresa alguna, pues de todos era conocida la enemistad existente entre ambos desde hacía varios meses. Las cosas habían llegado a tal punto que *Mr. Pennifeather* se atrevió en una ocasión a derribar de una bofetada al amigo de su tío, acusándole de ciertos excesos cometidos por aquél en casa de su pariente, donde el joven vivía. Decían que en esa ocasión el «viejo Charley» se había comportado con su acostumbrada moderación y cristiana caridad. Tras incorporarse, sacudió sus ropas y sin hacer el menor intento de devolver el golpe recibido se limitó a murmurar algunas frases sobre sus propósitos de «vengarse en la primera oportunidad», reacción totalmente lógica y justificable debido a la cólera y que carecía de sentido especial; por otro lado, la olvidó indudablemente enseguida.

Sea lo que fuere de este incidente (que no tiene relación alguna con lo que estamos narrando), los habitantes de *Rattleborough* terminaron dejándose persuadir por *Mr. Pennifeather*, y decidieron dispersarse por los alrededores de la población en busca del desaparecido. Tal fue su primera intención, porque parecía lo más lógico que se dispersaran en grupos para explorar de la forma más minuciosa las regiones comarcanas. Sin embargo, no sé gracias a qué ingenioso razonamiento que he olvidado, el «viejo Charley» terminó por convencer a todo el pueblo reunido de que este plan

no era el más oportuno. Al decir que los convenció, exceptuó a *Mr. Pennifeather*; pero lo cierto es que al final la asamblea decidió realizar una cuidadosa búsqueda con todos los vecinos «en masse»; naturalmente, el «viejo Charley» se puso al frente como guía.

Por lo que a esto último respecta, no cabe duda alguna de que era el jefe más capacitado, pues todos los convecinos sabían que el «viejo Charley» tenía ojos de lince; sin embargo, aunque los llevó a toda suerte de rincones alejados, por senderos que jamás nadie sospechó que existieran en la región, y aunque la búsqueda prosiguió incesante noche y día durante más de una semana, fue imposible hallar la mínima huella de *Mr. Shuttleworthy*. Cuando digo «la mínima huella», no debe entenderse literalmente, pues no dejaron de hallarse algunos rastros. Las marcas de las herraduras del caballo (que eran de un tipo especial) fueron seguidas hasta un sitio localizado a tres millas al este del pueblo, en el camino a la ciudad. Aquí las huellas se desviaban por un atajo que cruzaba un bosque y volvía a salir al camino real, acortando en media milla el trayecto regular. Al seguir las pisadas por este sendero, el grupo terminó por llegar a un charco de agua estancada, semioculto por unas zarzas a la derecha del camino; precisamente en este punto se interrumpían las señales de las herraduras.

Advirtieron, sin embargo, que en el lugar había habido lucha, demostrando las señales que un cuerpo grande y pesado había sido arrastrado desde el sendero al charco. Procedieron entonces a dragar cuidadosamente este último, pero las tentativas fueron infructuosas. Cuando los presentes se disponían a regresar, desesperando conocer la verdad, la Providencia sugirió a *Mr. Goodfellow* la idea de desaguar el charco por completo. El plan fue recibido con hurras y el «viejo Charley» muy elogiado por su sagacidad e inteligencia. Como algunos convecinos traían palas, supuesta la eventualidad de desenterrar un cadáver, achicaron el agua del charco con rapidez. Tan pronto como quedó visible el fondo, hallaron en el centro del lecho de barro un chaleco de terciopelo de seda negra que casi todos los presentes reconocieron al instante como propiedad de *Mr. Pennifeather*. El chaleco estaba desgarrado y manchado de sangre. Varias personas recordaron claramente habérselo visto puesto a *Mr. Pennifeather* la mañana de la partida de *Mr. Shuttleworthy*, mientras otros vecinos se

hallaban dispuestos a afirmar bajo juramento que *Mr. Pennifeather* no había usado aquella prenda en ningún momento posterior a aquel día. No se encontró a nadie dispuesto a afirmar que el joven había vestido el chaleco en cualquier momento posterior a la desaparición de *Mr. Shuttleworthy*. Todo lo cual creaba una situación sumamente difícil para el joven. Las sospechas que se desataron en todas las mentes contra él se vieron confirmadas por la palidez que cubrió el rostro del joven y la mudez que sobrecogió su lengua cuando los presentes le urgieron a que se explicara. Ante este género de respuesta, los pocos amigos que su disoluta manera de vivir le había dejado le abandonaron instantáneamente y se mostraron todavía más enérgicos que sus antiguos y reconocidos enemigos al exigir el inmediato arresto del presunto culpable. Sin embargo, entonces resplandeció, por contraste y con su más alto esplendor, la magnanimidad de *Mr. Goodfellow*, que hizo una cálida y elocuente defensa de *Mr. Pennifeather*, durante la cual aludió en más de una ocasión a su propio y sincero perdón por la bofetada que el disipado joven le propinara en un arrebato de pasión. «Le perdonaba —añadió— desde lo más profundo de su corazón; y por lo que a él se refería (*Mr. Goodfellow*), en vez de llevar a su extremo las sospechosas circunstancias que desgraciadamente existían contra *Mr. Pennifeather*, haría todo cuanto estuviera en su mano y emplearía la escasa elocuencia de que era capaz para... para suavizar, en la medida en que le permitiera hacerlo la paz de su conciencia, los aspectos más oscuros que presentaba aquel enigmático asunto».

Mr. Goodfellow prosiguió durante una larga media hora en el mismo tono, que hacía gran honor tanto a su inteligencia como a la bondad natural de su corazón; pero las gentes de corazón generoso pocas veces son capaces de observaciones sensatas; incurren en todo género de mistificaciones, *contretemps* y despropósitos en la exaltación de su celo por servir a los amigos; y, con frecuencia, con la mejor intención del mundo, le hacen gravísimo daño en lugar de favorecerlo.

Esto mismo sucedió en nuestro caso con la elocuencia del «viejo Charley», pues, aunque trataba de ayudar por todos los medios al sospechoso, ocurrió —no sé exactamente cómo— que cada sílaba que pronunciaba con la deliberada o inconsciente intención de no exagerar el

buen concepto del público sobre el orador, cometió el error de hacer recaer las sospechas ya latentes sobre la persona cuya causa defendía y alimentar contra él la furia de sus convecinos.

La alusión del orador al sospechoso como «el heredero del excelente *Mr. Shuttleworthy*», fue uno de los errores más inexplicables. Ninguno de los allí presentes había caído en la cuenta: sólo recordaban ciertas amenazas proferidas hacía un año por el tío ahora desaparecido en el sentido de desheredar a su sobrino (que era su único pariente) y daba como seguro que *Mr. Pennifeather* había sido desheredado; tan simples eran los vecinos de Rattleborough. Pero las palabras del «viejo Charley» les llevaron a pensar en el asunto, advirtiendo entonces la posibilidad de que aquellas amenazas se hubieran quedado en palabras. Inmediatamente, pues, surgió la pregunta natural de *cui bono*? que tuvo más peso aún que el chaleco en la atribución de tan horrible crimen al joven. Se me permitirá, para no ser mal interpretado, que haga una digresión, con objeto de hacer notar que esta breve y sencillísima frase latina es invariablemente mal traducida y peor concebida. En todas las novelas de misterio y en otras, por ejemplo, en las de *Mr. Gore*, autora de *Cedí*, dama que cita en todas las lenguas habidas y por haber, desde el caldeo al chickasaw, ayudada sistemáticamente en su erudición por *Mr. Beckford*, en todas esas novelas, digo, desde las de Bulwert Lytton y Dickens, hasta las Turnapenny y Ainsworth, las dos palabritas latinas *cui bono* son traducidas sistemáticamente por: «¿con qué fin?», o (como si dijera *quo bono*), —«¿con qué ventaja?». —Su verdadero sentido, no obstante, es—: ¿para beneficio de quién?». *Cui*, de quien; *bono*, ¿es para beneficio? La frase resulta puramente legal y se aplica en casos como el que nos ocupa, donde la probabilidad de que alguien haya cometido un delito depende del beneficio que extraiga el mismo como consecuencia del delito. Ahora bien, en el presente caso, la pregunta *cui bono*? se refería directamente a *Mr. Pennifeather*. Tras haber testado a su favor, su tío le había amenazado con desheredarlo, pero la amenaza no había pasado de las palabras; el testamento original, según se supo, no presentaba ninguna alteración. En caso contrario, el único motivo presumible para aquel crimen habría sido el vulgar de venganza; pero incluso éste podía rebatirse por la esperanza de todo desheredado de

recuperar la confianza de su tío. No habiendo sido modificado el testamento mientras la amenaza seguía suspendida sobre la cabeza del sobrino, todos vieron en ello el motivo más manifiesto de tan horrible crimen; tal fue la sagaz conclusión a que llegaron los meritorios ciudadanos de Rattleborough.

A consecuencia de todo esto, *Mr.* Pennifeather fue arrestado allí mismo y la multitud, tras proseguir su búsqueda durante un breve rato, regresó al pueblo llevándole atado y bien custodiado. En el camino de regreso, además, sucedió otro incidente que vino a confirmar, más si cabe, las sospechas. *Mr.* Goodfellow, cuyo celo le impulsaba a adelantarse siempre al grueso del grupo, corrió unos pasos, se agachó y levantó un objeto que halló entre la hierba. Tras examinarlo rápidamente, todos observaron que intentaba esconderlo en el bolsillo de la chaqueta, pero los demás vecinos se lo impidieron; se trataba de una navaja española que más de una docena de personas reconocieron inmediatamente como perteneciente a *Mr.* Pennifeather. Para colmo, sus iniciales aparecían grabadas en el puño. La hoja de la navaja estaba abierta y cubierta de sangre.



Ya no quedaba duda alguna de la culpabilidad del sobrino del muerto y apenas llegados a Rattleborough fue entregado al juez para proceder a su interrogatorio.

La situación del joven adquirió entonces un cariz muy desagradable, porque al preguntársele dónde había estado la mañana del día de autos en que desapareció *Mr. Shuttleworthy* tuvo la descarada audacia de admitir que aquel día había salido con su escopeta a cazar ciervos en las inmediaciones del charco donde había sido hallado, gracias a la sagacidad de *Mr. Goodfellow*, el chaleco ensangrentado.

El «viejo Charley» se levantó entonces con lágrimas en los ojos y pidió permiso para declarar. Argumentó que un profundo sentido del deber para con su Hacedor y sus semejantes no le permitía proseguir en silencio por más tiempo. Hasta ese momento, el más sincero afecto por el joven inculpaado (no obstante la forma en que con él se había comportado *Mr. Pennifeather*) le había movido a imaginar cuantas hipótesis le sugería su mente, a fin de explicar de la forma más lógica todas aquellas circunstancias tan incriminatorias; pero dichas circunstancias resultaban ya demasiado convincentes, demasiado condenatorias. No podía dudar: diría lo que sabía, aunque su corazón estallara de dolor al hacerlo.

Inició entonces su declaración confesando que la tarde anterior a la partida de *Mr. Shuttleworthy*, este venerable caballero había confesado a su sobrino (y él, *Mr. Goodfellow*, lo había oído) que la causa por la que viajaría al día siguiente al amanecer era depositar una cuantiosa suma de dinero en el banco de los Granjeros y Mecánicos de la ciudad; añadió que, durante la conversación, *Mr. Shuttleworthy* había manifestado a su sobrino la inquebrantable determinación de anular su testamento y desheredarle hasta el último centavo. Tras ello, el testigo pidió solemnemente al inculpaado que declarara si lo que acababa de afirmar era o no la más verdadera de las verdades.

Y ante la estupefacción de todos los presentes, *Mr. Pennifeather* admitió que lo declarado por *Mr. Goodfellow* era la verdad.

El juez consideró entonces pertinente mandar a dos oficiales de la policía para que realizaran un registro en el aposento que el joven ocupaba en la casa de su tío. Los policías no tardaron en volver trayendo consigo la

de todos conocida cartera de cuero bermejo con incrustaciones de metal que el anciano desaparecido llevara consigo durante muchos años. Faltaba, empero, su valioso contenido y el magistrado se esforzó, aunque en vano, por sacar al inculpado una confesión sobre el destino del dinero o su escondrijo. *Mr. Pennifeather* se negó pertinazmente diciendo que no sabía nada de todo aquel asunto. Los policías, además, encontraron entre el elástico y el colchón de la cama una camisa y un pañuelo para el cuello, con el monograma del acusado, espantosamente manchados con sangre de la víctima.

Cuando la encuesta criminal se hallaba en este punto llegó la noticia de que el caballo del desaparecido acababa de morir a consecuencia de la herida que recibiera. A instancias de *Mr. Goodfellow* se procedió a realizar la autopsia del animal, con objeto de descubrir, si era posible, la bala; y como para que la culpabilidad del acusado quedara demostrada de manera definitiva, *Mr. Goodfellow*, tras larga búsqueda en el pecho del caballo, terminó por localizar y extraer una bala de gran tamaño que, realizadas las pertinentes pruebas, resultó corresponder exactamente al calibre de la escopeta de *Mr. Pennifeather*, mayor que la de cualquier otro vecino del pueblo o aldeas comarcanas. Para remachar más aún el asunto se descubrió que la bala tenía una señal o reborde en ángulo recto con la sutura habitual; no tardó en comprobarse que dicha marca coincidía con la existente en los moldes de fundición de bala que pertenecían al acusado, según propia declaración de *Mr. Pennifeather*. Una vez que esto fue demostrado, el juez se negó a oír nuevos testimonios, ordenando juzgar de inmediato al preso y negándose resueltamente a dejarlo en libertad bajo fianza, pese a que *Mr. Goodfellow* protestó fervorosamente contra tamaña severidad, ofreciéndose salir como fiador por cualquier suma que se le pidiera. Tal generosidad por parte del «viejo Charley» estaba muy de acuerdo con su amable y caballeresco comportamiento a lo largo de su existencia en Rattleborough. En el presente caso, el excelente personaje se dejaba arrastrar quizá demasiado lejos por la excesiva fogosidad de su humanismo, porque al ofrecerse como fiador del joven parecía olvidar que no poseía más de un centavo en toda la vasta extensión del globo. Los resultados de esta determinación judicial podrán imaginarse sin grandes esfuerzos. *Mr.*

Pennifeather fue juzgado en el tribunal de causas criminales, en aras del odio y la execración de toda la villa; la serie de pruebas circunstanciales (reforzada por algunos hechos condenatorios adicionales, que la sensible conciencia de *Mr. Goodfellow* le impidió guardar secretos) fue juzgada sólida y concluyente por lo que el jurado no se molestó siquiera en abandonar sus asientos para pronunciar el inmediato veredicto de «*culpable de asesinato en primer grado*». Pocos instantes después el miserable era condenado a muerte y metido nuevamente en la cárcel del condado a la espera de la inexorable venganza de la ley.

Entretanto, la noble conducta del «viejo Charley Goodfellow» había duplicado el aprecio que le profesaban sus honrados conciudadanos. Su popularidad era diez veces mayor que antes de estos hechos y, como lógica consecuencia de la hospitalidad que en todas partes se le tributaba, tuvo que modificar un tanto los parsimoniosos hábitos que su pobreza le había impuesto hasta entonces; empezó a ofrecer con frecuencia pequeñas *réunions* en su domicilio, donde la alegría y el buen humor reinaban, enfriados momentáneamente, claro está, por el recuerdo ocasional del prematuro y melancólico destino que aguardaba al sobrino del íntimo amigo de tan generoso huésped.

Cierto día, este caballero experimentó la agradable sorpresa de recibir esta carta:

Mr. Charles Goodfellow, Esq., Rattleborough.

Estimado señor:

De conformidad con un pedido transmitido a nuestra firma hace dos meses por nuestro estimado cliente *Mr. Barnabas Shuttleworthy*, tenemos el honor de remitirle a su domicilio un doble cajón de Château Margaux, marca antílope, sello violeta. Cajón numerado y marcado como se indica al dorso.

Saludándole muy atentamente.

HOGGS, FROGS, BOGS & CÍA.

Ciudad de..., 21 de junio de 18...

P. S. El doble cajón llegará al día siguiente del recibo de la presente. Agregamos nuestros saludos a *Mr. Shuttleworthy*.

H. F. B. & CIA.

En realidad, *Mr. Goodfellow* había perdido toda esperanza de recibir alguna vez el prometido Château Margaux desde la muerte de *Mr. Shuttleworthy*, por lo que le pareció que recibirlo en ese momento representaba una merced especial de la Providencia. Como resulta lógico, se alegró mucho, invitando en la exuberancia de su gozo a un numeroso grupo de amigos a un *petit souper* para la noche siguiente dispuesto a que probasen parte del regalo del buen *Mr. Shuttleworthy*. Por cierto, que nada dijo sobre el «buen *Mr. Shuttleworthy*» cuando expidió las invitaciones. Después de pensarlo mucho, decidió proceder así. Que yo sepa, no mencionó a ninguno de sus invitados que hubiera recibido un regalo de Château Margaux, limitándose a convocar a sus amigos para que compartieran con él un vino de excelente calidad y fino aroma que había encargado hacía dos meses y que recibiría al siguiente día. En muchas ocasiones me he quedado perplejo al preguntarme por qué el viejo Charley decidió no decir a nadie que aquel vino era un obsequio de su antiguo amigo; pero me ha sido imposible comprender las razones de este silencio, aunque sin duda debía tenerlas, y excelentes.

Llegó por fin el día siguiente, y con él un numeroso y distinguido grupo de amigos se presentó en casa de *Mr. Goodfellow*. Podría decirse que la mitad del pueblo se había congregado allí (y yo entre ellos) pero para gran irritación de nuestro huésped, el Château Margaux no apareció hasta última hora, cuando la suntuosa cena ofrecida por el «viejo Charley» había sido ampliamente saboreada por todos los invitados. Pero por fin llegó, y por cierto que era un cajón de gran tamaño; entonces, como la asamblea toda se hallaba de muy buen humor, se decidió unánimemente colocarlo sobre la mesa y extraer, con la mayor presteza posible, su contenido.

Dicho y hecho. Por mi parte, eché una mano, y en menos de un santiamén teníamos el cajón sobre la mesa, en medio de las botellas y vasos que, en gran parte, se rompieron con la confusión. El «viejo Charley» que se hallaba totalmente borracho y tenía el rostro de un color purpúreo,

sentóse con aire de burlona dignidad a la cabecera, golpeando furiosamente la mesa con un vaso, mientras reclamaba orden y silencio «durante la ceremonia del desentierro del tesoro».

Tras algunos gritos y vociferaciones, se pudo restablecer el orden, y como suele ocurrir en tales casos, se produjo un profundo y extraño silencio. Cuando se me pidió que levantara la tapa, acepté el encargo como es lógico «con infinito placer». Metí un formón, pero apenas hube dado unos pocos martillazos, la tapa del cajón se alzó bruscamente, y en ese preciso momento surgió del interior, enfrentándose al huésped, el magullado, sangriento y putrefacto cadáver de *Mr. Shuttleworthy*. Por un instante contempló fija y dolorosamente con sus ojos sin brillo y ya deformados, el rostro de *Mr. Goodfellow*. Entonces, lenta, pero claramente, se oyó que decía estas palabras:

—«¡Tú eres el hombre!».

Y cayendo sobre el filo del cajón, como si estuviera satisfecho de lo que había dicho, quedó con los brazos colgando sobre la mesa.

La escena que siguió a este hecho supera todo intento de descripción. Varias personas corrieron hacia las puertas y ventanas con velocidad que les prestaba el espanto y muchos de los hombres más robustos se desmayaron allí mismo de puro horror. Pero, tras el primer clamoroso arrebató del miedo, los ojos de todos los invitados se clavaron en *Mr. Goodfellow*. Por más que viva mil años, jamás olvidaré la mortal agonía que reflejó la horrorosa expresión de su rostro, espectralmente pálido después de haberse mostrado tan rubicundo y purpúreo de vino y triunfo. Durante varios minutos permaneció rígido, inmóvil como una estatua de mármol; sus ojos, privados por completo de la más mínima expresión, parecían vueltos hacia adentro y perdidos en el espectáculo de su propia alma asesina. Por último, la vida surgió en todos de nuevo, proyectada hacia el mundo exterior, levantándose de un salto, cayó pesadamente con la cabeza y los hombros sobre la mesa, en contacto con el cadáver, mientras de sus labios surgía rápida y vehemente la minuciosa confesión del horroroso crimen por el que *Mr. Pennifeather* se hallaba preso y en espera de la muerte.

Su relato fue en resumen, lo siguiente:

Había seguido a su víctima hasta las proximidades del charco donde hirió al caballo de un pistoletazo y mató a *Mr. Shuttleworthy* a golpes de culata. Luego de apoderarse de las sacas que la víctima llevaba a la montura, supuso que el caballo había muerto, y lo arrastró con gran trabajo hasta las zarzas cercanas al charco. Y cargando el cadáver de la víctima sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un lugar donde hacerlo desaparecer, situado a mucha distancia, cruzando el bosque. El chaleco, la navaja, la cartera y la bala habían sido colocados por él mismo donde fueron encontrados, a fin de vengarse de su enemigo, *Mr. Pennifeather*. También se las arregló para dejar en su cuarto el pañuelo y la camisa manchados de sangre.

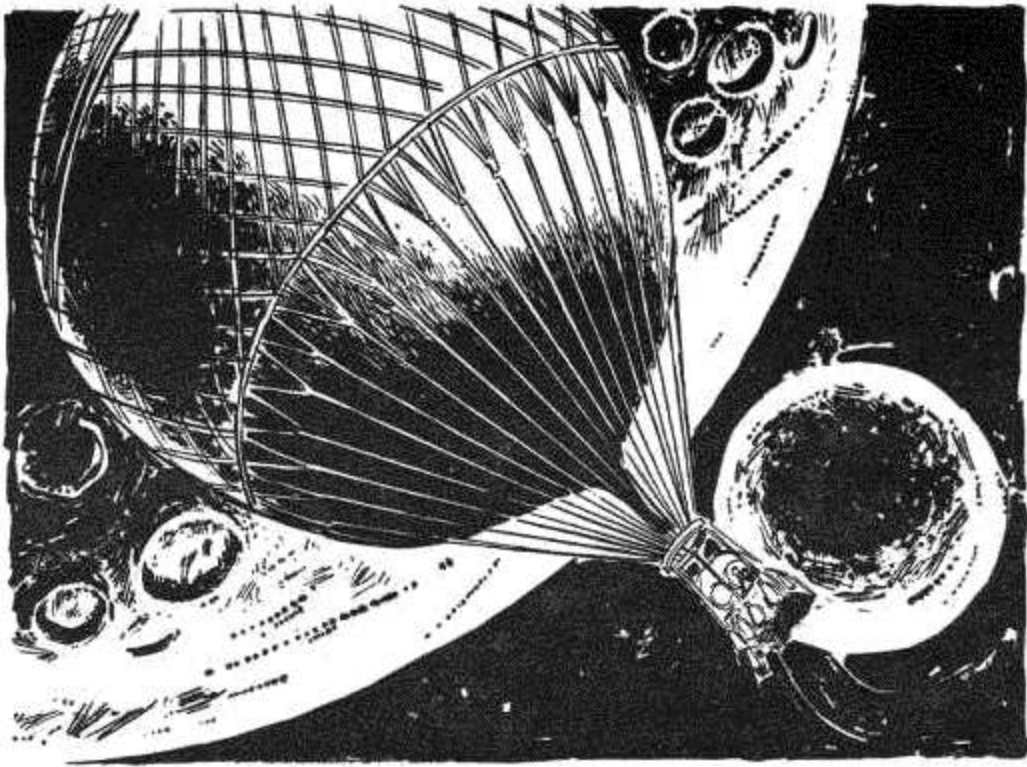
Hacia el final del espantoso relato, las palabras del miserable asesino salieron de sus labios sordas y entrecortadas. Una vez que hubo terminado, se irguió, alejándose tambaleante de la mesa, hasta caer... *muerto*.

Aunque resultaron eminentemente prácticos, los medios gracias a los que pudo lograrse esta oportuna confesión fueron bien sencillos. La exagerada franqueza, sinceridad y bonhomía de *Mr. Goodfellow* me habían desagradado desde el principio, despertando mis sospechas. Ya me hallaba presente cuando *Mr. Pennifeather* le golpeó, y la diabólica expresión de su rostro, por pasajera que fuese me confirmó que no dejaría de cumplir literalmente su promesa de venganza. Estaba, pues, preparado para apreciar cualquier maniobra del «viejo Charley», de una manera muy distinta a la de los honrados conciudadanos de Rattleborough. Vi de inmediato que todos los descubrimientos incriminatorios en la desaparición de *Mr. Shuttleworthy* nacía directa o indirectamente de sus sugerencias o de sus pasos. Pero lo que me abrió los ojos de manera definitiva fue el episodio de la bala encontrada por *Mr. Goodfellow* en el pecho del caballo. Los vecinos parecían haber olvidado, pero no ocurrió así conmigo; no dejé de recordar que el cuerpo de la montura herida presentaba un orificio por donde había penetrado el proyectil y otro por donde había salido. Si alguien encontraba una bala en el caballo, tenía que haber sido depositada allí por alguien, probable mente por la misma persona que decía haber la encontrado. La camisa y el pañuelo para el cuello ensangrentados confirmaron la teoría que surgió en mi mente a raíz del hallazgo de la bala; en efecto, el examen de la

sangre demostró que sólo se trataba de vino tinto. Pensando en todas estas cosas, y también en el espléndido cambio de vida de *Mr. Goodfellow*, mis sospechas se hicieron cada vez más vivas y fuertes, no viendo rebajada su intensidad por el hecho de ser el único vecino de Rattleborough que las abrigaba.

Mientras en el pueblo tenía lugar el proceso y a partir de ese momento sobre todo, me dediqué en privado a buscar el cadáver del desaparecido y muerto *Mr. Shuttleworthy*; por supuesto, tenía espléndidas razones para hacerlo por zonas completamente opuestas a aquéllas hacia las que *Mr. Goodfellow* había dirigido a sus conciudadanos. Como fruto de mis trabajos, y días más tarde, llegué a un antiguo pozo seco, cuya boca se hallaba cubierta, casi por completo, de zarzas; y allí, en el fondo, encontré lo que buscaba.

Como yo había escuchado el diálogo entre los dos amigos el día en que *Mr. Goodfellow* se las arregló para convencer a su anfitrión a que le obsequiara con un doble cajón de Château Margaux, decidí obrar en consecuencia, basándome en este hecho. Procurándome un trozo muy fuerte de barba de ballena, lo introduje en la garganta del cadáver, que metí en un viejo cajón de vino, teniendo especial cuidado de doblarlo en tal forma que la barba de ballena se doblara junto con él. Por eso tuve que apretar con todas mis fuerzas la tapa con objeto de mantenerla ajustada mientras la clavaba; y como es natural, tenía la seguridad de que tan pronto como los clavos fueran extraídos, la tapa se levantaría automáticamente y tras ella el cuerpo. Así preparado el cajón, lo marqué y numeré como queda dicho en la supuesta carta de los vinateros que surtían a *Mr. Shuttleworthy*; luego, di instrucciones a mi criado para que llevara el cajón en una carretilla hasta el umbral de *Mr. Goodfellow* a una señal que yo le haría. En cuanto a las palabras que pensaba hacer pronunciar al cadáver, confiaba suficientemente en mis habilidades de ventrílocuo; y por lo que respecta a su efectividad, confiaba en la conciencia del miserable asesino. Creo que nada me queda por explicar, *Mr. Pennifeather* fue puesto en libertad, heredó la fortuna de su tío, y aprovechando la lección de la experiencia, inició desde aquel instante una nueva y feliz vida.



LA INCOMPARABLE AVENTURA DE UN TAL HANS PFAALL

*Con un corazón lleno de furiosos caprichos de los que soy dueño,
con una lanza ardiente y un «caballo de aire» errando voy por el desierto.*

(Canción de Tom el loco).

Según los últimos informes recibidos de Rotterdam esa ciudad se halla, al parecer, en un alto grado de excitación intelectual. En realidad han ocurrido allí fenómenos tan inesperados, tan por entero nuevos, tan en total desacuerdo con las opiniones preconcebidas, que no me cabe la menor duda

de que en estos momentos toda Europa debe estar revolucionada, la física conmovida y la astronomía en abierta pugna.

Parece ser que el día... del mes de... (Desconozco la fecha exacta) una gran multitud se había congregado por razones que no se mencionan específicamente, en la gran plaza de la Bolsa de la muy ordenada ciudad de Rotterdam. El día era excesivamente caluroso —hecho insólito dada la estación— y apenas soplabla una brisa de aire. A la multitud no le desagradaba recibir de vez en cuando algún chubasco amistoso de momentánea duración que caía de las grandes masas de nubes blancas y profusamente diseminadas por la bóveda azul del firmamento. A mediodía, sin embargo, se percibió una ligera aunque notable agitación en la asamblea, seguida de la algarabía de diez mil lenguas, y un instante después diez mil rostros se volvieron hacia el cielo, diez mil pipas cayeron simultáneamente de las comisuras de diez mil bocas, y un grito, que sólo podía compararse con el rugido del Niágara, resonó larga, poderosa y furiosamente en toda la ciudad y en los alrededores de Rotterdam.

No tardó en descubrirse el origen del alboroto. Por detrás del enorme volumen de una de las nubes nítidamente recortadas que ya hemos mencionado, se vio emerger con toda claridad, en un espacio abierto de cielo azul, una sustancia extraña, heterogénea, pero al parecer sólida, tan singularmente configurada y al mismo tiempo tan caprichosamente conformada que escapaba por completo a la comprensión, aunque no a la admiración, de aquella multitud de robustos burgueses que la contemplaban boquiabiertos. ¿Qué podía ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam ¿qué podía presagiar? Nadie lo sabía, nadie podía imaginarlo; nadie, ni siquiera el burgomaestre Mynheer Superbus von Underduk, tenía el menor indicio para aclarar el misterio; de modo que, sin nada mejor que hacer, todos aquellos hombres colocaron cuidadosamente la pipa a un lado de la boca y mientras mantenían los ojos fijamente clavados en el fenómeno despidieron el humo, hicieron una pausa, dieron una vuelta, gruñeron, hicieron otra pausa, volvieron a dar otra vuelta y finalmente expelieron por segunda vez el humo.

Entretanto, el objeto de tanta curiosidad y la causa de tanto humo iba descendiendo y descendiendo hacia la hermosa ciudad. Pocos minutos

después se hallaba lo bastante cerca para distinguirlo con exactitud. Parecía ser... sí, indudablemente *era* una especie de globo... pero un globo como jamás se había visto hasta entonces en Rotterdam. Porque, permítaseme la pregunta, ¿se ha visto alguna vez un globo fabricado totalmente con periódicos sucios? No en Holanda, desde luego; y sin embargo, bajo las mismísimas narices del pueblo, o mejor dicho, a cierta distancia por encima de sus narices, estaba el globo en cuestión —como lo sé por los mejores testimonios— fabricado con la susodicha materia que nadie hubiera pensado antes emplear en semejante propósito. Aquello era un tremendo insulto al buen sentido de los burgueses de Rotterdam.

En cuanto a la forma del raro fenómeno, resultaba aún más censurable pues consistía nada menos que en un enorme gorro de bufón al revés. Esta semejanza aumentó considerablemente cuando, al observarlo de más cerca, la muchedumbre divisó una gran borla o campanilla colgando de la punta y en el borde superior o base del cono, un círculo de pequeños instrumentos parecidos a esquilas que tintineaban continuamente haciendo oír la tonada de Betty Martin. Pero había algo peor: colgando de cintas azules en el extremo de aquella fantástica máquina se balanceaba a modo de barquilla un enorme sombrero de castor gris de ala extraordinariamente ancha y de copa hemisférica con cinta negra y hebilla de plata. No deja de ser notable, empero, que muchos ciudadanos de Rotterdam juraban haber visto con anterioridad aquel sombrero; en realidad toda aquella muchedumbre parecía contemplarlo con ojos familiares, mientras la señora Grettel Pfaall, al verlo, lanzó una exclamación de alegre sorpresa declarando que el sombrero era el de su honrado esposo.

Ahora bien, esta circunstancia merecía tenerse en cuenta ya que el señor Pfaall, con tres camaradas, había desaparecido de Rotterdam cinco años antes de manera tan repentina como inexplicable, y hasta la fecha del presente relato habían fallado todas las tentativas por obtener noticias suyas. Ciertamente que hacía poco se habían descubierto en un lugar apartado al este de la ciudad huesos humados mezclados con cierta cantidad de restos de extraño aspecto; y algunos llegaron a pensar que en aquel sitio se había cometido un horrible asesinato del que Hans Pfaall y sus compañeros habían sido por lo visto las víctimas. Pero volvamos a nuestra narración.

El globo, pues no cabía duda de que era un globo, había descendido ya a cien pies de tierra, mostrando con suficiente claridad a la muchedumbre el personaje que lo ocupaba. Por cierto que era un individuo singularísimo: no tendría más de dos pies de alto pero su estatura, por pequeña que fuese, no hubiera podido mantenerse en equilibrio en una navecilla tan pequeña, a no ser por un aro que llegaba hasta su pecho y estaba sujeto al cordaje del globo. El cuerpo del hombrecillo era descomedido más allá de toda proporción, dando a toda su figura un aspecto de redondez muy absurdo. Sus pies lógicamente no se veían. Las manos eran enormemente anchas, tenía los cabellos grises y recogidos detrás en una coleta. Su nariz, prodigiosamente larga era ganchuda y rubicunda; los ojos grandes, brillantes y buidos. Su barbilla y sus mejillas, aunque arrugadas por la edad, eran anchas, regordetas y dobles, pero en ninguna parte de su cabeza existía el menor rastro de orejas. Este extraño y diminuto caballero iba vestido con un holgado gabán de raso azul celeste y calzones muy atacados haciendo juego, asegurados con hebillas de plata en las rodillas. Su chaqueta era de un tejido amarillo brillante; un gorro de tafetán blanco le caía con garbo a un lado de la cabeza, y para completar este atavío, un pañuelo rojo sangre envolvía su cuello y caía con aire elegante sobre su pecho en una fantástica lazada de extraordinario tamaño.

Habiendo descendido, como ya dije, a unos cien pies de tierra, el viejecillo caballero se vio acometido por un repentino temblor y pareció poco dispuesto a continuar su descenso hacia *térra firma*. Arrojando con algún esfuerzo cierta cantidad de arena contenida en una bolsa de tela, logró permanecer estacionario durante un momento. Se dedicó entonces, de un modo agitado y presuroso, a extraer de un bolsillo de su gabán una gran cartera de tafílete. La sopesó con recelo en su mano, la examinó con gesto de extraordinaria sorpresa, asombrado sin duda de su peso, y por último, abriéndola y sacando de ella una enorme carta sellada con lacre rojo y atada cuidadosamente con una cinta del mismo color, la dejó caer a los mismos pies del burgomaestre, Mynheer Superbus von Underduk.

Su Excelencia se inclinó para cogerla. Pero el aeronauta, siempre con gran agitación y no teniendo al parecer más asuntos que lo detuvieran en Rotterdam procedió a realizar los preparativos de partida. Como para ello

tenía que soltar parte del lastre a fin de ganar altura, dejó caer media docena de sacos de arena sin preocuparse de vaciarlos, sacos que, por desgracia, cayeron sobre las espaldas del burgomaestre al que hicieron rodar por el suelo no menos de media docena de veces a la vista de todo Rotterdam. No debe suponerse sin embargo que el gran Underduk dejó pasar impune esta impertinencia del viejecillo. Se afirma, por el contrario, que durante su media docena de caídas expelió no menos de media docena de furiosas bocanadas de humo de pipa a la que se mantuvo aferrado con todas sus fuerzas en todo momento y a la cual está dispuesto a seguir aferrado (Dios mediante) hasta el día de su muerte.



Mientras, el globo ascendió como una alondra y alejándose sobre la ciudad acabó por desaparecer serenamente tras una nube similar a aquella de la cual había surgido, perdiéndose ante los ojos maravillados de los buenos ciudadanos de Rotterdam.

La atención se concentró entonces en la carta cuya caída y secuelas habían resultado tan fatales para la persona y dignidad de su Excelencia von Underduk. A pesar de todo, este funcionario no había olvidado durante sus

movimientos giratorios la importante tarea de apoderarse de la carta, la cual, tras atenta inspección, resultó haber caído en las manos más adecuadas puesto que iba dirigida a él mismo y al profesor Rubadub, en sus cualidades respectivas de presidente y vicepresidente del colegio de astronomía de Rotterdam. Por lo cual, los susodichos dignatarios la abrieron al punto hallando en su interior la siguiente extraordinaria y muy grave comunicación:

A sus excelencias von Underduk y Rubadub, presidente y vicepresidente del Colegio Estatal de Astronomía, en la ciudad de Rotterdam.

»Vuestras excelencias deberán acordarse sin duda de un humilde artesano llamado Hans Pfaall, remendón de fuelles de oficio, desaparecido de Rotterdam hace unos cinco años junto con otras tres personas de una manera que debió considerarse inexplicable. Sin embargo, con permiso de vuestras excelencias, yo, el autor de esta comunicación, soy el propio Hans Pfaall. Todos mis conciudadanos saben perfectamente que durante cuarenta años vine residiendo en la pequeña casa de ladrillos que se halla a la entrada de la callejuela denominada Sauerkraut donde vivía en la época de mi desaparición. Mis abuelos vivieron también allí desde tiempo inmemorial ejerciendo como yo la respetable y ciertamente lucrativa profesión de remendón de fuelles; pues a decir verdad hasta estos últimos años en que todas las gentes del pueblo han perdido la cabeza con la política, ningún honrado ciudadano de Rotterdam podía desear o merecer un oficio mejor que el mío. El crédito era bueno, jamás escaseaba el trabajo y no faltaban ni dinero ni buena voluntad. Pero como estaba diciendo, pronto empezamos a sentir los efectos de la libertad, los largos discursos, el radicalismo y demás cosas por el estilo. Personas que habían sido hasta entonces los mejores clientes del mundo no tenían ya tiempo libre para pensar en nosotros. Todos y cada uno de sus minutos lo dedicaban a leer cosas sobre las revoluciones para mantenerse al día en las cuestiones intelectuales y en el espíritu de la época... Si tenían que avivar el fuego, bastaba un periódico viejo, y a medida que el gobierno se iba debilitando no dudo de que el cuero y el hierro adquirirían durabilidad proporcional, pues en muy poco tiempo no

hubo en todo Rotterdam un fuelle que necesitara una compostura o requiriese los servicios de un martillo.

»Era imposible soportar semejante estado de cosas. Pronto me encontré tan pobre como una rata; como debía alimentar además a mi mujer y a mis hijos, la carga me resultó intolerable y pasé horas y horas reflexionando sobre el modo más conveniente de quitarme la vida. Mis acreedores ensañados no me dejaban ni un rato de ocio para la meditación. Mi casa estaba literalmente asediada de la mañana a la noche. Tres de ellos en particular me acosaban de forma insoportable montando guardia ante mi puerta y amenazándome con la ley. Prometí vengarme con crueldad de los tres si tenía alguna vez la dicha de atraparlos en mis garras, y creo que el placer de esta esperanza anticipada fue lo que me impidió poner en práctica mi plan de suicidio y hacerme saltar la tapa de los sesos de un trabucazo. Me pareció preferible disimular mi rabia y tratar a los tres acreedores con promesas y buenas palabras hasta que un vuelco del destino me ofreciera la oportunidad de la venganza.

»Un día que había logrado escapar de ellos y sintiendo mi ánimo más decaído que de costumbre vagué largo rato sin rumbo por las calles más oscuras hasta que la casualidad me hizo topar con el tenderete de un librero.

Viendo cerca de mi mano una silla destinada a uso de los clientes, me dejé caer en ella y sin saber por qué abrí el primer volumen que hallé a mi alcance. Resultó ser un folleto que trataba de astronomía especulativa escrito en colaboración por el profesor Encke, de Berlín y por un francés de apellido análogo. Poseía yo algunas ligeras nociones en la materia y pronto me encontré más absorto en el contenido de aquel folleto que leí dos veces antes de captar lo que sucedía a mi alrededor. A todo esto empezaba a anochecer y encaminé mis pasos hacia casa. Pero aquel tratado (unido a un descubrimiento de neumática que un primo mío de Nantes me había comunicado recientemente como un importante secreto) había producido sobre mi espíritu una impresión indeleble, y mientras vagaba por las sombrías callejuelas daba vueltas en mi memoria a los extraños y a veces ininteligibles razonamientos del autor.

»Algunos pasajes habían impresionado extraordinariamente mi imaginación. Cuanto más meditaba en ellos más se intensificaba el interés

que habían despertado en mí. El limitado carácter de mi educación y especialmente mi ignorancia sobre temas vinculados a la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi propia capacidad para comprender lo que había leído, o inducirme a dudar de las muy vagas nociones que había extraído de dicha lectura, sirvió tan sólo de nuevo acicate a mi imaginación; y fui lo bastante vano, o quizá lo bastante razonable para preguntarme si aquellas torpes ideas propias de una mente trastornada no poseerían con frecuencia lógica la fuerza, la realidad y demás propiedades inherentes al instinto o a la intuición, como muestran en su total apariencia.

»Era ya tarde cuando llegué a casa; me acosté inmediatamente pero mi mente se hallaba demasiado excitada para poder dormir y pasé la noche entera sumido en meditaciones. Me levanté temprano al día siguiente, salí de prisa a la tienda del librero y gasté el poco dinero que me restaba en la adquisición de algunos volúmenes de mecánica y de astronomía práctica. Al regresar a mi casa felizmente con ellos dediqué todos mis ratos de ocio a su estudio y pronto hice los suficientes progresos en la materia para llevar a cabo cierto proyecto que el diablo o mi genio protector me había inspirado.

»Durante este período de tiempo me esforcé todo lo posible por apaciguar a los tres acreedores que tantos disgustos me habían causado. Lo conseguí al cabo vendiendo gran parte de mis muebles que sirvieron para satisfacer la mitad de la deuda; les prometí además pagar el saldo restante apenas realizara un proyecto que según les dije tenía pensado y para el cual solicité sus servicios. Como se trataba de hombres ignorantes no hallé gran dificultad en conseguir que secundaran mis propósitos.

»Una vez arregladas así las cosas, me dediqué, con ayuda de mi mujer y adoptando el mayor secreto y toda clase de precauciones, a vender mis restantes bienes y a reunir por medio de pequeños préstamos obtenidos con diversos pretextos una considerable suma de dinero en efectivo sin preocuparme en ningún momento (lo confieso avergonzado) por la forma en que lo devolvería.

»Pude comprar con esos medios y en varias veces piezas de excelente batista, de doce yardas cada una, hilo de bramante, barniz de caucho, un amplio y hondo canasto de mimbre hecho de encargo y varios otros artículos necesarios para la construcción y aparejo de un globo de

extraordinarias dimensiones. Encargué a mi mujer que lo confeccionara lo antes posible explicándole las instrucciones oportunas para el modo especial de hacerlo. Al mismo tiempo tejí el bramante hasta conseguir una red de dimensiones suficientes, le adapté un aro y el cordaje necesario y adquirí numerosos instrumentos y materiales para realizar experimentos en las regiones más altas de la atmósfera. Por la noche transporté prudentemente a un sitio alejado al este de Rotterdam cinco barricas con flejes de hierro con capacidad para unos cincuenta galones cada una, y otra aún más grande, seis tubos de estaño de tres pulgadas de diámetro y de cuatro pies de largo forjados adecuadamente; cierta cantidad de una sustancia metálica o semimetálica cuyo nombre no diré y una docena de damajuanas de un ácido sumamente vulgar. El gas producido por estas sustancias jamás ha sido logrado sino por mí, o por lo menos nunca ha sido aplicado a similares objetos. Sólo puedo decir aquí que es uno de los componentes del ázoe, considerado durante mucho tiempo irreducible y que su densidad es de 37'4 décimas menor que la del hidrógeno. Es insípido pero no inodoro; en estado puro arde con una llama verdosa y resulta instantáneamente letal para la vida animal. No tendría inconveniente alguno en revelar el secreto pero pertenece en derecho, como ya he insinuado, a un ciudadano de Nantes (Francia), que me lo reveló *sub conditione*. Esa misma persona me ha confiado, sin estar enterado de mis intenciones, un método para fabricar globos con la membrana de cierto animal cuya sustancia no permite la escapatoria de la menor partícula de gas. Me pareció, sin embargo, ese método demasiado costoso; además no era seguro ya que la batista con una capa de caucho serviría tan bien como aquél. Menciono esta circunstancia porque creo probable que la persona en cuestión intente en fechas próximas una ascensión en globo equipado con el nuevo gas y la citada materia, y no quiero privarle del honor de su original invento.

«Secretamente me ocupé de hacer pequeños agujeros en las partes donde pensaba colocar cada una de las barricas más pequeñas durante la inflamación del globo; los orificios formaban de este modo un círculo de veinticinco pies de diámetro. En el centro, lugar destinado para la barrica mayor, abrí también un agujero más profundo. En cada uno de los menores deposité un bote que contenía cincuenta libras de pólvora de cañón y en el

grande un barril de ciento cincuenta libras. Conecté adecuadamente los botes y el barril con ayuda de regueros cubiertos y, luego de colocar en uno de aquéllos la punta de una mecha de cuatro pies de larga, tapé el agujero y puse la barrica encima cuidando que el otro extremo de la mecha sobresaliera como cosa de una pulgada del suelo y apenas resultara visible por detrás de la barrica. Rellené luego los restantes agujeros y coloqué las barricas en sus respectivos lugares.

»Además de los artículos ya enumerados, transporté secretamente al *dépôt* uno de los aparatos perfeccionados de *Mr. Grimm* para la condensación del aire atmosférico. Descubrí sin embargo que esta máquina exigía notables transformaciones antes de poder ser adaptada al empleo a que pensaba destinarla. Tras duro trabajo y pertinaz perseverancia logré un éxito completo en mis preparativos y pronto el globo estuvo terminado. Contendría más de cuarenta mil pies cúbicos de gas y podría remontarse fácilmente con todos mis utensilios y, si maniobraba con habilidad, transportar ciento setenta y cinco libras de lastre. Le había dado tres capas de barniz comprobando que la batista sustituía perfectamente a la seda y era muy fuerte y bastante menos costosa.



»Una vez todo preparado exigí de mi mujer juramento de guardar secreto absoluto de todos mis actos desde el día que por primera vez visité el tenderete del librero. Prometiéndole regresar tan pronto como lo permitieran las circunstancias, le di el poco dinero que me quedaba y me despedí de ella. En realidad no temía por su suerte pues era lo que la gente llama una mujer hacendosa capaz de arreglárselas en el mundo sin mi ayuda. Creo, para ser franco, que siempre me consideró un holgazán, un simple complemento, sólo capaz de fabricar castillos en el aire y que no dejaba de agradarla verse libre de mí. Era noche oscura cuando le dije adiós y llevando conmigo como *aides-de-camp* a los tres acreedores que tanto me habían hecho sufrir transportamos el globo con la barquilla y los accesorios por un camino apartado hasta el lugar donde se hallaban depositados los demás objetos. Los encontramos todos dispuestos y me puse inmediatamente a la tarea.

»Era el día 1 de abril. La noche, como ya he dicho, era oscura; no se veía una sola estrella y a intervalos caía un orvallo que nos molestaba muchísimo pero mi principal inquietud era el globo que, pese a la espesa capa de barniz que lo protegía, empezaba a pesar demasiado por la humedad; también la pólvora estaba expuesta a mojarse. Animé, pues, a mis acreedores para que trabajaran con diligencia; les mandé apilar hielo en torno a la barrica central y agitar el ácido contenido en las otras. No cesaban de importunarme con preguntas para saber qué intentaba yo hacer con aquellos aparatos y manifestaban sumo desagrado por la extenuante labor a que les condenaba. No comprendían, dijeron, las ventajas resultantes de calarse hasta los huesos sólo para que tomaran parte en tan horribles embrujos. Empecé a sentirme inquieto y adelanté el trabajo con todas mis fuerzas porque, según supongo, aquellos idiotas habían creído que tenía pacto con el diablo y que cuanto realizaba no tenía nada de bueno. De ahí que temiese verme en cualquier instante solo y abandonado; por si acaso procuré apaciguarles con promesas de pago hasta el último céntimo no bien hubiera concluido el asunto que tenía entre manos. Como es natural, interpretaron a su antojo mis palabras imaginando sin duda que, de todas formas, yo terminaría por obtener grandes cantidades de dinero en efectivo y con tal que les pagara mi deuda y algo más en consideración a sus

servicios, estoy convencido de que poco les importaba cuanto pudiera sucederles a mi alma o a mis huesos.

»Al cabo de cuatro horas y media el globo estaba suficientemente inflado. Até, pues, la barquilla colocando dentro todos mis instrumentos: un telescopio, un barómetro con algunas modificaciones importantes, un termómetro, un electrómetro, un compás, una brújula, un cronómetro, una campana, una bocina, etcétera, etcétera, etcétera, y también un globo de vidrio en el que había hecho el vacío, cerrándolo con cuidado, sin olvidar el aparato condensador; algo de cal viva, una barra de lacre para sellar, una abundante provisión de agua y gran cantidad de víveres, tales como *penmican* que contiene gran valor nutritivo en relación con su pequeño volumen. Deposité asimismo en la barquilla un par de pichones y un gato.

»Se acercaba el amanecer y pensé que había llegado el momento de partir. Dejando caer un cigarro encendido como por casual aproveché el momento de agacharme a recogerlo para prender fuego al trozo de mecha cuya punta, como ya he dicho, sobresalía ligeramente por detrás del borde inferior de una de las barricas menores. Esta maniobra pasó totalmente inadvertida para los acreedores; saltando dentro de la barquilla corté rápidamente la única soga que me unía a tierra y vi con gran gozo que el globo remontaba vuelo a inconcebible velocidad arrastrando sin el menor esfuerzo las ciento setenta y cinco libras de lastre, y hubiera sido capaz de transportar mucho más. Cuando abandoné la tierra el barómetro marcaba treinta pulgadas y el termómetro centígrado diecinueve grados.

«Apenas había ascendido unas cincuenta yardas cuando con un rugido y un estruendo espantosos se alzó a mis espaldas un huracán tal de fuego y guijas, maderas ardiendo, metal incandescente y miembros humanos trizados, que sentí desfallecer mi corazón y fui derribado al fondo de la barquilla temblando de terror. Al cabo comprendí que era excesiva la carga de la mina y que debía sufrir aún las principales consecuencias de su voladura. En efecto, un segundo más tarde sentí toda la sangre de mi cuerpo afluir a las sienes e inmediata e inopinadamente una conmoción que jamás olvidaré estalló en las tinieblas pareciendo rajar de lado a lado el firmamento. Cuando más tarde tuve tiempo de reflexionar no dejé de atribuir la extraordinaria violencia de la explosión, por lo que a mí respecta,

a su verdadera causa, es decir, al hecho de hallarme sobre la mina misma en la línea de su máxima fuerza. Pero en aquel momento sólo pensé en salvar la vida. El globo comenzó por achatarse, luego se dilató furiosamente y se puso a girar a velocidad extremada, como un remolino, para terminar vacilando y rodando como un borracho. Por último, me lanzó por el borde de la barquilla dejándome colgado a una altura espantosa y con la cabeza hacia abajo, suspendido de un cabo de cuerda muy delgada que tendría unos tres pies de largo y que casualmente pendía cerca del fondo de la cesta de mimbre donde, al caer, mi pie izquierdo quedó enredado de manera providencial.

»Es imposible, de todo punto imposible, formarse una idea exacta del horror de mi situación. Traté de respirar jadeando convulso, mientras un estremecimiento comparable al que provoca un acceso febril sacudía todos los nervios y músculos de mi cuerpo. Sentí mis ojos salirse de las órbitas; una náusea horrible me envolvió y a la postre acabé por desmayarme y perder el conocimiento.

»No sabría decir cuánto tiempo permanecí en ese estado. Mucho debió ser, sin embargo, pues cuando recobré parcialmente la sensación de existencia vi que rayaba el día y que el globo se encontraba a prodigiosa altura sobre la vastedad del océano sin que hubiera la menor señal de tierra en los límites de aquel inmenso horizonte. Mis sensaciones, sin embargo, no eran tan extrañamente angustiosas como cabría suponer. Había mucho de insania en el calmo examen que realicé de mi situación. Haciendo visera con las manos sobre los ojos, me preguntaba asombrado cuál podría ser la causa de que tuviera tan hinchadas mis venas y tan horriblemente renegridas las uñas. Examiné luego con cuidado mi cabeza sacudiéndola repetidas veces y palpándola con minucia, hasta convencerme de que, por fortuna, no tenía el tamaño del globo como por un momento llegué a sospechar. Palpé luego los bolsillos de mis calzones y al notar que había perdido unas tabletas y un palillero traté de explicarme su desaparición; al no conseguirlo experimenté una indecible preocupación. Creí notar entonces un vivo dolor en el tobillo izquierdo y una vaga conciencia de mi situación comenzó a esbozarse en mi mente. Pero por más que parezca extraño no sentí asombro ni horror. Si alguna emoción experimenté fue una

traviesa satisfacción ante la habilidad que debería desplegar para salir de aquella singular posición en que me hallaba; en ningún momento dudé de mi salvación definitiva.

«Permanecí durante algunos minutos sumido en profunda reflexión. Recuerdo perfectamente qué apretaba a menudo los labios, apoyaba el índice en las fosas nasales y hacía todos los gestos y muecas propias de los hombres que cómodamente sentados en sus sillones meditan sobre materias embrolladas o importantes. Cuando creí haber concentrado suficientemente mis ideas llevé con la mayor cautela mis manos a la espalda para desabrochar la gruesa hebilla de hierro del cinturón de mis pantalones. Aquella hebilla tenía tres dientes que por hallarse mohosos giraban con alguna dificultad en su eje. A fuerza de paciencia logré ponerlos en ángulo recto con el plano de la hebilla notando con gran satisfacción que resistían firmes. Sosteniendo con los dientes aquella especie de útil me dediqué a desanudar el lazo de mi corbata. Tuve que descansar varias veces antes de realizar esa maniobra, pero finalmente lo conseguí. Sujeté entonces la hebilla a una de las puntas de la corbata y para mayor seguridad me até el otro extremo a la cintura. Erguiéndome luego con un prodigioso esfuerzo muscular, logré a la primera tentativa lanzar la hebilla por encima de la cesta de mimbre y engancharla como preveía en el borde circular de la barquilla.

»Mi cuerpo se hallaba ahora inclinado hacia el lado de la barquilla formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, pero no debe entenderse que por eso me hallara a sólo cuarenta y cinco grados por debajo de la vertical: lejos de ello seguía casi paralelo al plano del horizonte pues mi cambio de posición había determinado que la barquilla se desplazara a su vez hacia afuera creándose por tanto una situación de inminente peligro. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que si al caer hubiera quedado con la cara vuelta hacia el globo y no hacia afuera, como estaba, o si la cuerda de la que me hallaba colgado hubiera pendido por casualidad del reborde superior de la barquilla en vez de pasar por una hendidura del fondo, en cualquiera de los dos casos me habría sido imposible realizar lo que acababa de hacer y las revelaciones presentes se habrían perdido para la posteridad. Por tanto no me faltaban razones para estar agradecido, aunque

a decir verdad me sentía harto aturdido para hacer gran cosa; por lo menos durante un cuarto de hora seguí suspendido de aquella extraordinaria manera sin intentar ningún nuevo esfuerzo y en un tranquilo estado de placentera estupidez. Tal situación no tardó en disiparse viéndose reemplazada por el horror, la angustia y una sensación de absoluto abandono e impotencia. Lo que ocurría era que la sangre agolpada en los vasos de mi cabeza y garganta, que hasta aquel momento había mantenido mi estado de ánimo en un delirio exaltado, empezaba a refluir hacia sus naturales conductos y que la lucidez que ahora mi conciencia iba recobrando sólo servía para debilitar mi entereza y coraje necesarios para afrontarlo. Por suerte esta debilidad no duró mucho. Sentí a un tiempo la energía de la desesperación y con un esfuerzo frenético me erguí convulsivamente hasta asirme con una mano al tan deseado borde, y aferrándome a él con todas mis fuerzas conseguí pasar mi cuerpo por encima y caer de cabeza y palpitando dentro de la barquilla.

»Pasé algún tiempo antes de que me recobrara lo suficiente para dedicar mis cuidados al globo. Tras un examen de minuciosa atención descubrí con gran alivio que se hallaba incólume. Los instrumentos estaban a salvo y no había perdido lastre ni provisiones. Por lo demás los había sujetado tan bien en sus respectivos sitios que estaba fuera de toda posibilidad que se estropearan. Miré mi reloj y vi que eran las seis. Nos remontamos rápidamente y el barómetro señalaba una altitud de tres millas y tres cuartos. En el océano y justamente debajo de mí había un pequeño objeto negro de forma ligeramente oblonga, en apariencia del tamaño de una ficha de dominó a la que se parecía mucho en todos los aspectos. Orienté hacia mí mi telescopio y no tardé en distinguir claramente un navío de guerra inglés de noventa y cuatro cañones cabeceando pesadamente en el mar en dirección oeste sudoeste. Salvo ese barco no vi más que el océano, el cielo y el sol que acababa de levantarse.

»Pero ya es hora de que explique a vuestra excelencia el objeto de mi viaje. Vuestras excelencias recordarán sin duda que mi angustiosa situación en Rotterdam me había impulsado a la decisión de suicidarme. No era que sintiese repugnancia por la vida misma, sino que estaba acosado indeciblemente por las insoportables miserias derivadas de mi situación. En

tal disposición de ánimo, deseando vivir y al par cansado de la vida, el tratado conseguido en la librería junto con el oportuno descubrimiento de mi primo de Nantes ofrecieron un recurso a mi imaginación. Al cabo me decidí. Resolví partir, pero seguir viviendo... abandonar este mundo pero continuar vivo: en una palabra y dejando de lado los enigmas, decidí sin preocuparme del resto, abrirme camino, si podía, hasta la Luna. Y para que no se me suponga más loco de lo que soy, detallaré cuanto pueda las consideraciones que me indujeron a creer que un designio de tal índole, aunque erizado de dificultades y peligros, no estaba más allá de los límites de lo posible para un espíritu osado.

»Lo primero a considerar era la distancia real de la Tierra a la Luna. Ahora bien, el intervalo medio o aproximado entre los centros de los dos planetas, equivale a 599 643 veces el radio ecuatorial de la Tierra; es decir, unas doscientas treinta y siete mil millas.

Y digo el intervalo medio o aproximado, pero debe tenerse en cuenta que al ser la órbita lunar un elipse cuya excentricidad asciende a no menos de 0,05 484 milésimas del semieje mayor de la elipse, y como el centro de la Tierra se halla situado en su foco, si podía yo de alguna manera llegar a la Luna en su perigeo, la distancia antes mencionada disminuiría de modo notable. Pero dejando por ahora esa posibilidad, era indudable que en todo caso había que deducir de las doscientas treinta y siete mil millas el radio de la Tierra, es decir, cuatro mil, y el radio de la Luna, mil ochenta; en total cinco mil ochenta millas, quedando por franquear en circunstancias ordinarias unas 231 920 millas.

»Pensé entonces que esa distancia no era tan extraordinaria. En varias ocasiones se han realizado sobre la tierra viajes a una velocidad de sesenta millas por hora, y cabe prever que se alcanzarán velocidades mucho mayores. Pero aun a esa velocidad no necesitaría más de ciento sesenta y un días para alcanzar la superficie de la Luna. Varias circunstancias, sin embargo, me inducían a creer que mi promedio de velocidad excedería posiblemente en mucho el de sesenta millas por hora, y como dichas consideraciones me impresionaron profundamente, las mencionaré con más detenimiento después.

»El siguiente punto a examinar revestía mayor importancia. Según las indicaciones del barómetro, sabemos que a una altura de mil pies sobre el nivel del mar dejamos bajo nosotros una trigésima parte de la masa atmosférica total; que a los diez mil seiscientos pies hemos ascendido a un tercio, poco más o menos, de la misma, y que a los dieciocho mil pies, aproximadamente la altura del Cotopaxi, hemos superado la mitad de la masa, o por lo menos la mitad de la masa ponderable que corresponde a nuestro globo. Se ha calculado también que a una altura que no exceda de la centésima parte del diámetro terrestre —es decir, que no sobrepase las ochenta millas— el enrarecimiento del aire sería tan excesivo que la vida animal no podría existir y además que los instrumentos más sensibles de que disponemos para asegurarnos de la presencia de la atmósfera resultarían inadecuados a esa altura.

»No dejé de observar, sin embargo, que estos últimos cálculos se basan por entero en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que regulan su dilatación y compresión en lo que cabe llamar, hablando comparativamente, la *proximidad inmediata* de la Tierra; y que al mismo tiempo se da por comprobado que la vida animal es y debe ser esencialmente *incapaz de modificación* a cualquier distancia inalcanzable desde la superficie. Ahora bien, todo razonamiento semejante a partir de tales datos debe, por supuesto, ser simplemente analógico. La mayor altura alcanzada por el hombre es de veinticinco mil pies, a la que llegó la expedición aeronáutica de Gay —Lussac y Biot. Se trata de una altura moderada comparándola incluso con las ochenta millas en cuestión; y no pude impedirme pensar que el tema daba lugar a dudas y a las más amplias especulaciones.

»De hecho, al ascender a cualquier altura dada, la cantidad de aire ponderable sobrepasada al seguir ascendiendo no está en proporción con la altura adicional alcanzada (como claramente puede deducirse de lo ya expuesto) sino en una proporción decreciente e incesante. Resulta por tanto evidente que por mayor altura que alcancemos no podremos, literalmente hablando, llegar a un límite más allá del cual no exista atmósfera. Mi opinión era que *debía* existir aunque se hallara en un estado de rarefacción infinita.

»Por otro lado, sabía que no faltan argumentos para demostrar la existencia de un límite real y definido más allá del cual no habría aire alguno en absoluto. Pero una circunstancia desechada por los mantenedores de tal teoría me pareció, si no capaz de refutarla positivamente, digna al menos de ser seriamente investigada. Comparando los intervalos entre las sucesivas llegadas del cometa de Encke a su perihelio, después de reconocer debidamente todas las perturbaciones debidas a la atracción de los planetas, vemos que los periodos disminuyen gradualmente; es decir, que el eje mayor de la elipse del cometa va acortándose en un lento pero constante proceso de menoscabo. Ahora bien, esto debería suceder así con tal que supongamos que el cometa experimenta una resistencia por un *medio etéreo* excesivamente *rarefacto* que ocupa las regiones de su órbita. Porque es obvio que semejante medio, al retardar la velocidad del cometa, aumenta su fuerza centrípeta debilitando la centrífuga. En otras palabras, la atracción del sol iría alcanzando cada vez mayor intensidad y el cometa se aproximaría paulatinamente a él a cada revolución. Al fin y al cabo no parece haber otro medio de explicar esa variación.

»Pero además se ha observado que el diámetro real de la nebulosa del cometa se contrae rápidamente al acercarse al sol y se dilata con igual rapidez al alejarse hacia su afelio. ¿No tenía yo razón al suponer, con Valz, que esta aparente condensación de volumen debe su origen a la compresión de ese medio etéreo de que antes hablé y cuya densidad está en proporción con la proximidad del sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, también denominado luz zodiacal^[1], era un tema digno de atención. Esta radiación tan visible en los trópicos, y que no puede confundirse con ninguna otra luz meteórica, se extiende oblicua desde el horizonte y sigue por lo general la dirección del ecuador solar. Parecíame evidente que provenía de una atmósfera parecida que se dilataba desde fuera del sol hasta más allá de la órbita de Venus por lo menos y en mi opinión infinitamente más lejos. En realidad yo no podía creer que este medio ambiente se limitara a la zona de la elipse del cometa o a la proximidad inmediata del sol. Era fácil, por el contrario, imaginar que penetraba toda la región de nuestro sistema planetario condensada en lo que llamamos atmósfera de los planetas y quizá modificada en algunos de ellos por razones puramente

geológicas; vale decir, modificada o alterada en sus proporciones (o en su naturaleza esencial) por materias volatilizadas desde sus respectivos planetas.

»Una vez adoptado este punto de vista, no sentí la menor duda. Suponiendo que encontraría a mi paso una atmósfera esencialmente análoga a la de la superficie terrestre, pensé que con la ayuda del muy ingenioso aparato de Grimm, resultaría fácil condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración. Con esto quedaba eliminado el principal inconveniente de un viaje a la Luna. Había gastado dinero y mucho trabajo en adoptar el instrumento al fin requerido y tenía plena confianza en su aplicación satisfactoria si podía efectuar el viaje en un periodo de tiempo razonable. Con lo cual llegamos a la cuestión de la velocidad con que podría efectuarlo.

»Es de todos sabido que en la primera etapa de sus ascensiones los globos se remontan a velocidad relativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de elevación radica, por entero, en el peso superior del aire atmosférico comparado con el gas del globo. Cuando el aeróstato adquiere mayor altura y por consiguiente llega a capas atmosféricas de menor densidad, no parece probable ni razonable que en su marcha ascendente pueda acelerar la velocidad original. Por otro lado no sabía yo de ninguna ascensión conocida en que se hubiera comprobado una disminución aparente en la velocidad absoluta del ascenso, si bien hubiera podido darse el caso aunque no fuera más que por el escape del gas en globos de construcción defectuosa, aislados con una simple capa de barniz ordinario. Pensé por tanto que las secuelas de dicho escape de gas debían bastar para compensar el efecto de la aceleración adquirida por el globo al disminuir la distancia desde el centro de gravedad. Consideré, pues, que si hallaba en mi trayectoria el medio ambiente que sospechaba, y si éste resultaba esencialmente lo que denominamos aire atmosférico, no se produciría mayor diferencia en la fuerza ascendente, por causa de su extremado enrarecimiento ya que el gas de mi globo no sólo se hallaría sometido a una rarefacción semejante (en cuyo caso yo no tendría más que dejar escapar una cantidad suficiente para evitar cualquier explosión) sino que *siendo lo que era* continuaría mostrándose específicamente más ligero que cualquier

compuesto de nitrógeno y oxígeno. Había, pues, una posibilidad —y muy grande, bien mirado— *de que en ningún momento de mi ascenso alcanzara un punto donde los pesos reunidos de mi inmenso globo, el gas inconcebiblemente ligero que lo llenaba, la barquilla y su contenido, lograran igualar el peso de la masa atmosférica circundante desplazada por el aeróstato*; y fácilmente se comprenderá que ésta era la única condición que hubiera podido contener mi ascensión. Pero incluso en este caso podría aligerar el globo de casi trescientas libras arrojando el lastre y otros pesos. Entretanto, la fuerza de gravedad iría disminuyendo continuamente en razón al cuadrado de las distancias, y así, con una velocidad prodigiosamente acelerada, llegaría por fin a esas apartadas regiones donde la fuerza de atracción terrestre sería superada por la lunar.

»Había sin embargo otra dificultad que me causaba alguna inquietud. Se ha observado que en las ascensiones en globo a una altura considerable, además de las molestias respiratorias se producen fenómenos en todo el organismo acompañados por frecuentes hemorragias nasales y otros síntomas alarmantes que se agudizan a medida que crece la altura^[2]. No dejaba de sobrecogerme este aspecto. ¿No podía ocurrir que tales síntomas aumentaran hasta desembocar en la muerte? Pero llegué a una conclusión negativa. Había que buscar su origen en la progresiva disminución de la presión atmosférica *normal* sobre la superficie del cuerpo y la consiguiente dilatación de los vasos sanguíneos superficiales; no se trataba de una desorganización real del sistema orgánico como en el caso de dificultades respiratorias en que la densidad atmosférica resulta *químicamente insuficiente* para la renovación debida de la sangre en un ventrículo del corazón. A menos que faltara esa renovación no veía razón alguna para que la vida no pudiera mantenerse incluso en el *vacío*, pues la expansión y compresión del pecho, vulgarmente llamada respiración, es un mero acto muscular y causa, no efecto, de la respiración. En una palabra, supuse que así como el cuerpo llegaría a habituarse a la carencia de presión atmosférica, las sensaciones dolorosas irían disminuyendo; para soportarlas mientras durasen confiaba en la férrea resistencia de mi constitución.

»He detallado, aunque no todas, algunas de las consideraciones que me indujeron a proyectar un viaje a la Luna. Expondré ahora, si place a

vuestras excelencias, el fruto de una tentativa cuya concepción parece tan audaz y que en todo caso no tiene paralelo en los anales de la humanidad. Una vez alcanzada la altitud aludida —es decir, tres millas y tres cuartos— arrojé de la barquilla cierta cantidad de plumas, descubriendo por ellas que aún ascendía con suficiente velocidad por lo cual no era necesario descargar lastre alguno. Me alegré de esto porque deseaba guardar conmigo todo cuanto pudiera llevar por la obvia razón de que no tenía certeza alguna sobre la fuerza de atracción o la densidad atmosférica lunar. Hasta ese momento no sentía malestar físico, respiraba con gran libertad y no me dolía la cabeza. El gato descansaba tranquilamente sobre mi chaqueta, que había depositado en el suelo y contemplaba las palomas con un aire de *nonchalance*. En cuanto a éstas, atadas de una pata para que no escaparan, estaban ocupadas en picotear los granos de arroz que había esparcido en el fondo de la barquilla.

»A las seis y veinte minutos el barómetro marcaba una altitud de veintiséis mil cuatrocientos pies, o sea, cinco millas poco más o menos. La perspectiva parecía infinita. Resulta fácil calcular con ayuda de la trigonometría esférica el ámbito terrestre que mis ojos abarcaban. La superficie convexa de un segmento de esfera es a la superficie entera de la esfera misma como el senoverso del segmento al diámetro de la esfera. Ahora bien, en este caso, el senoverso —es decir, el espesor del segmento situado por debajo de mi— era aproximadamente igual a mi elevación o a la elevación del punto de vista sobre la superficie. La proporción de cinco a ocho millas podría expresar, pues, el ámbito terrestre que se ofrecía a mis miradas. En otras palabras, divisaba una dieciseisava parte de la superficie total del globo. El mar parecía bruñido como un espejo aunque el telescopio me permitió percibir que se hallaba en un estado de violenta agitación. No se veía ya el barco que al parecer había derivado hacia el este. A intervalos comencé a experimentar agudos dolores de cabeza especialmente en la región de los oídos, aunque seguía respirando con mediana libertad. El gato y los pichones no parecían sentir molestia alguna.

»A las siete menos veinte el globo penetró en una región de densas nubes que me causaron gran trastorno alterando mi aparato condensador y empapándome hasta los huesos; por cierto que ésta fue una singular

recontre pues jamás hubiera creído que una nube de tal naturaleza pudiera mantenerse a tan gran altura. Creí conveniente, no obstante, soltar dos piezas de cinco libras cada una de lastre, conservando aún un peso de ciento sesenta y cinco libras. Gracias a lo cual superé pronto la zona nubosa y noté inmediatamente que había logrado un aumento considerable en mi velocidad ascensional. Segundos después de salir de la nube la vivísima luz de un relámpago la traspasó de punta a cabo inflamándola en toda su extensión como si se tratara de una masa de ígneo carbón. Debo recordar que esto sucedió en pleno día. Imposible imaginar la sublimidad de semejante fenómeno desplegándose en las tinieblas de la noche. Sólo el infierno hubiera podido proporcionar una imagen adecuada. Tal como lo vi, el espectáculo me puso los cabellos de punta mientras contemplaba los abiertos abismos dejando sumir mi imaginación para que vagara por las extrañas galerías abovedadas, las purpúreas simas y los rojizos y lívidos precipicios de aquel horrendo e insondable incendio. Me había salvado por muy poco. Si el globo hubiera permanecido un momento más dentro de la nube, es decir, si el malestar no me hubiera inducido a soltar lastre, mi destrucción hubiera sido probablemente inevitable. Tales peligros aunque parezcan de poca importancia son quizá los mayores que tienen que afrontar los globos. Pero con todo ahora me encontraba a una altura tan grande que no debía temer riesgo alguno sobre este punto.

»Me elevaba rápidamente y a las siete el barómetro señaló no menos de nueve millas y media. Empecé a experimentar una gran dificultad respiratoria. La cabeza me dolía muchísimo y al sentir desde hacía algún tiempo humedad en mis mejillas descubrí que era sangre que sin cesar manaba del tímpano de mis oídos. Mis ojos me preocupaban también mucho. Al pasar la mano por ellos me pareció que me sobresalían de las órbitas; todos los objetos del globo y el globo mismo aparecían deformados ante mi vista. Los síntomas excedían mis suposiciones y me produjeron cierta alarma. En semejante coyuntura, con notoria imprudencia e irreflexión, arrojé tres piezas de cinco libras de lastre. La velocidad ascensional me llevó demasiado rápidamente y sin la graduación necesaria a una alta y enrarecida capa de la atmósfera que estuvo a punto de ser fatal para mi expedición y para mí mismo. Súbitamente me sentí invadido por un

espasmo que duró más de cinco minutos e incluso después de haber cedido relativamente no pude recobrar la respiración sino a largos intervalos, jadeando de manera entrecortada mientras sangraba copiosamente por la nariz y los oídos y hasta ligeramente por los ojos. Las palomas parecían presa de una angustia suma y pugnaban por escapar mientras el gato maullaba lastimeramente y con la lengua fuera movíase de una parte a otra de la barquilla como si estuviera envenenado. Descubrí demasiado tarde la gran imprudencia que había cometido al soltar el lastre y mi agitación se hizo excesiva. Supuse que moriría en pocos minutos. El dolor físico que experimentaba contribuía además a incapacitarme casi por completo para realizar cualquier esfuerzo en procura de salvar mi vida. Apenas me quedaba fuerza para reflexionar y la acuidad del dolor de cabeza parecía crecer a cada instante. Noté que mis sentidos me abandonarían pronto y ya había cogido una de las sogas de la válvula de escape cuando el recuerdo de la mala pasada que había jugado a mis tres acreedores y sus posibles repercusiones me detuvieron por el momento. Me tendí en el fondo de la barquilla tratando de recuperar mis facultades. Lo conseguí en parte y decidí intentar una sangría. Como no tenía lanceta me he precisado a arreglármelas lo mejor que pude y por último lo logré abriéndome una vena del brazo izquierdo con la hoja de mi cortaplumas.

»Apenas había empezado a manar la sangre cuando experimenté un sensible alivio. Tras perder aproximadamente el contenido de media jofaina normal, muchos de los peores síntomas habían desaparecido por completo. Con todo no me pareció prudente erguirme enseguida, sino que después de vendarme el brazo lo mejor que pude permanecí tumbado un cuarto de hora. Al cabo de este plazo me enderecé tan libre de dolores como lo había estado en la primera parte de mi ascensión. No obstante seguía experimentando grandísimas dificultades para respirar y comprendí que pronto sería de todo punto necesario utilizar mi condensador. Entretanto miré a la gata que había vuelto a situarse cómodamente sobre mi gabán y descubrí con infinita sorpresa que había aprovechado la oportunidad para dar a luz tres gatitos, lo cual constituía un inesperado aumento del número de pasajeros; pese a todo el incidente me complació pues me proporcionaba la ocasión de comprobar la verdad de una conjetura que más que cualquier otra me había impulsado

a intentar la ascensión. Había imaginado que la resistencia habitual a la presión atmosférica en la superficie terrestre era la causa de los sufrimientos por los que pasa toda vida animal a cierta distancia de esa superficie. Si los gatitos sufrían síntomas equivalentes a los de la madre debería considerar falsa mi teoría; pero podía considerar lo contrario como una vigorosa confirmación de mi idea.

»A las ocho de la mañana había alcanzado una altitud de diecisiete millas sobre la superficie terrestre. Por lo tanto era evidente que mi velocidad ascensional no sólo aumentaba sino que tal aumento hubiera sido perceptible aunque no hubiera soltado el lastre como había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos volvían a intervalos con mucha violencia y por momentos seguí sangrando de la nariz; pero en general sufría menos de lo que cabría esperar. Mi respiración no obstante se hacía más y más difícil a cada minuto, y cada inspiración iba seguida de un desagradable movimiento espasmódico del pecho. Desempaqueté entonces el aparato condensador y lo preparé para su funcionamiento inmediato.

»En este periodo de mi ascensión el aspecto de la Tierra era magnífico. Hacia el oeste, el norte y el sur, tan lejos como alcanzaba la vista, se extendía la sabana ilimitada de un océano en aparente calma que por momentos adquiría tonalidad más y más azul. A gran distancia hacia el este, aunque perfectamente visibles, se veían las islas Británicas, las costas atlánticas de Francia y España así como una pequeña porción de la parte septentrional del norte africano. Era imposible descubrir los edificios aislados y las más orgullosas ciudades de la humanidad habían desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

»Lo que más me asombró del aspecto de las costas que contemplaba bajo mí, fue la aparente concavidad de la superficie del globo. Con bastante irreflexión por mi parte había esperado contemplar su verdadera *convexidad* a medida que ascendiera pero no tardé en explicarme esta contradicción: una línea tirada perpendicularmente desde mi posición a la Tierra hubiera formado la perpendicular de un triángulo rectángulo cuya base se hubiera extendido desde el ángulo recto hasta el horizonte y la hipotenusa desde el horizonte a mi posición. Pero mi altura era poco o nada en comparación con mi perspectiva. En otras palabras, la base y la hipotenusa del supuesto

triángulo eran en este caso tan largas, comparadas con la perpendicular, que las dos primeras hubieran podido considerarse casi como paralelas. De esta forma el horizonte del aeronauta parece estar siempre al *nivel* de su barquilla. Pero como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece estar, y está en efecto, a gran distancia, da también la impresión de hallarse a gran distancia por debajo del horizonte. De ahí la aparente concavidad que habrá de durar hasta que la elevación se encuentre en relación con la perspectiva en una proporción tal que el paralelismo de la base y de la hipotenusa desaparezca.



»Las palomas parecían sufrir muchísimo, por lo que decidí ponerlas en libertad. Desaté primero una, soberbia paloma gris asalmonada, y la posé sobre el borde de la barquilla. Parecía sumamente inquieta. Miraba con ansiedad a todas partes, aleteaba, exhalaba un arrullo muy suave pero no se decidía a desprenderse del borde. Por fin la cogí y arrojé a unas seis yardas del globo. Sin embargo, lejos de descender como yo esperaba, pugnó con todas sus fuerzas por volver lanzando al mismo tiempo agudos y penetrantes chillidos. Por fin logró recobrar su posición anterior; mas

apenas se hubo posado apoyó la cabeza en el pecho y cayó muerta al fondo de la barquilla.

»La otra fue más afortunada pues para impedir que siguiera el ejemplo de su compañera y tornara al globo, la arrojé hacia abajo con todas mis fuerzas y tuve el placer de verla proseguir su descenso con gran rapidez haciendo uso de sus alas de la manera más natural. Muy pronto se alejó del alcance de mi vista y no dudo que llegó incólume a casa. En cuanto a la gata que parecía haberse recuperado del trance, procedió a comerse con gran apetito la paloma muerta, durmiéndose luego con aparente satisfacción. Los gatitos estaban llenos de vida y no manifestaban el menor indicio de malestar.

»A las ocho y cuarto, no pudiendo respirar sin un dolor intolerable, comencé a ajustar alrededor de la barquilla el aparato correspondiente al condensador. Dicho aparato requiere algunas explicaciones y vuestras excelencias se dignarán recordar que mi finalidad, en primer término, consistía en aislarme y aislar completamente la barquilla y parapetarme frente a la atmósfera altamente enrarecida en que me encontraba a fin de introducir en el interior de mi compartimiento y por medio del condensador una cantidad de la citada atmósfera suficientemente condensada para poder respirarla. Con tal objeto había preparado un amplio saco de caucho muy flexible y sólido y perfectamente impermeable. La barquilla entera quedaba contenida dentro del saco cuyas dimensiones habían sido calculadas para este fin. Es decir, que luego de tenderlo por debajo del fondo de la barquilla y extenderlo por los lados, subí a lo largo de las cuerdas hasta el borde superior o aro en que la red del globo se sujetaba. Una vez desplegado el saco y después de cerrarlo herméticamente por todos los lados había que sujetar su parte alta o abertura, haciendo pasar el tejido de caucho por encima del aro o, en otros términos, entre la red y el aro. Pero si la red quedaba desprendida del aro para permitir dicho paso, ¿cómo se sostendría entretanto la barquilla? Ahora bien, la red no estaba ajustada al aro de manera permanente, sino sujeta por una serie de abrazaderas móviles o de nudos corredizos. Por tanto no hubo más que desatar algunos de estos nudos por vez, dejando la barquilla suspendida de los restantes. Habiendo hecho pasar una porción de tela que constituía la parte superior del saco, volví a

ajustar las abrazaderas no al cerco, pues hubiera sido imposible desde el momento que ahora se interponía la tela, sino a una serie de anchos botones fijados en la envoltura misma a unos tres pies por debajo de la boca del saco; los intervalos entre los botones correspondían a los intervalos entre las abrazaderas. Hecho esto, desaté del aro algunas abrazaderas más, introduje una nueva porción de tela y las abrazaderas sueltas fueron a su vez conectadas a sus respectivos botones. De esta manera pude insertar toda la parte superior del saco entre la red y el arco. Como es natural, este último cayó entonces dentro de la barquilla mientras el peso de ésta quedaba sostenido sólo por la fuerza de los botones.

»A primera vista este sistema podría parecer inadecuado; pero no había razón alguna para desconfiar de él pues los botones eran muy sólidos y estaban tan juntos que individualmente tenían que soportar una parte muy ligera del peso total. Aunque la barquilla y su contenido hubiesen pesado tres veces más no me habría preocupado un adarme.

»Procedí luego a levantar el aro por dentro de la envoltura de caucho insertándolo casi a su altura anterior mediante tres livianas pértigas preparadas al efecto. Hice esto, naturalmente para mantener el saco distendido por arriba conservando la parte inferior de la red en su posición normal. Sólo me faltaba ahora cerrar la boca del saco, lo cual hice rápidamente reuniendo los pliegues del caucho y retorciéndolos con fuerza desde dentro por medio de una especie de torniquete fijo.

»A los lados de la envoltura así desplegada en torno a la barquilla había yo adaptado tres cristales redondos, gruesos y muy transparentes por los que podía ver sin la menor dificultad en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que formaba el fondo había una cuarta ventanilla análoga correspondiente a una pequeña abertura practicada en el fondo de la barquilla misma. Esto me permitía mirar hacia abajo. Me había sido imposible, en cambio, ajustar un dispositivo similar por sobre mi cabeza dada la forma en que se cerraba la boca del saco y las numerosas arrugas que formaba; renuncié a ver los objetos situados en dirección de mi cenit. De todas maneras la cosa no tenía mucha importancia porque incluso en el caso de haber logrado colocar una mirilla encima de mí, el globo mismo me hubiera impedido utilizarla.

»A un pie aproximadamente por debajo de una de las ventanillas laterales había un orificio de tres pulgadas de diámetro con un reborde de bronce preparado por dentro para adaptarse a la espiral de un tornillo. A este reborde se atornillaba el largo tubo del condensador cuyo cuerpo principal se encontraba naturalmente dentro de la cámara de caucho. Por medio del vacío practicado en el cuerpo de la máquina, dicho tubo absorbía una determinada cantidad de atmósfera circundante, enrarecida, que desde allí era introducida en estado de condensación en la cámara de caucho donde se mezclaba con el aire sutil ya existente. Varias veces repetida esta operación, la cámara quedaba llena de aire respirable. Pero al cabo de muy breve tiempo y en un espacio tan reducido como aquél, no podía tardar en viciarse y hacerse inadecuada para la vida por su frecuente contacto con los pulmones. Era entonces expulsada por una pequeña válvula colocada en el fondo de la barquilla; el aire más denso se proyectaba de inmediato a la enrarecida atmósfera exterior. Para evitar que en un momento dado se produjera un vacío total en la cámara, esta depuración no se realizaba de una vez, sino gradualmente; la válvula permanecía abierta unos segundos y volvía a cerrarse hasta que uno o dos golpes de la bomba del condensador reemplazaban el volumen de la atmósfera desalojada. Por un experimento, metí la gata y sus crías en una pequeña cesta que colgué fuera de la barquilla por medio de un botón en el fondo de ésta, al lado de la válvula de escape que me servía para alimentarlos cuando fuera necesario. Esta instalación que dejé terminada antes de cerrar la abertura de la cámara me costó algún trabajo, pues me fue preciso emplear una de las pértigas de que he hablado a la cual fijé un gancho, para llegar a la parte inferior de la barquilla. Tan pronto como el aire más denso invadió la cámara, el aro y las pértigas resultaron inútiles pues la expansión de aquella atmósfera encerrada distendió violentamente las paredes de caucho.

»Cuando hube concluido todos estos arreglos y henchido la cámara de aire condensado, como acabo de explicar, eran las nueve menos diez. Durante todo el tiempo empleado en estas operaciones sufrí una horrible opresión respiratoria y me arrepentí amargamente de la negligencia o más bien, de la increíble temeridad que me había hecho dejar para el último momento un detalle tan importante. Mas apenas concluí comencé a recoger

los beneficios de mi invención. De nuevo respiré con una libertad y una facilidad perfectas y en resumidas cuentas ¿por qué no iba a ser así? Además me sentí gratamente sorprendido al descubrir que los vivos dolores que me habían atormentado hasta entonces se aliviaban casi por completo. Sólo me restaba un ligero dolor de cabeza acompañado de una sensación de plenitud o hinchazón alrededor de las muñecas, los tobillos y la garganta. Parecía evidente, por tanto, que gran parte del malestar originado por la falta de presión atmosférica había desaparecido y que muchos de los dolores experimentados durante las dos últimas horas debían atribuirse exclusivamente a los efectos de una respiración deficiente.

»A las nueve menos veinte volví a efectuar el experimento después de haber cerrado la abertura de mi cámara: el mercurio alcanzó su límite extremo y dejó de funcionar el barómetro que como ya he indicado era especialmente largo. Marcaba en ese momento una altitud de ciento treinta y dos mil pies, o sea veinticinco millas; por consiguiente mi posición en aquel momento abarcaba una superficie terrestre no menor de las trescientas veinteava parte de la superficie total de la Tierra. A las nueve perdí de vista las tierras del este no sin antes haber advertido que el globo derivaba rápidamente hacia el nornoroeste. El océano debajo de mí seguía conservando su aparente concavidad aunque mi visión se veía obstaculizada con frecuencia por las masas de nubes que flotaban de un lado a otro.

»A las nueve y media repetí el experimento de las plumas arrojando un puñado por la válvula. No flotaron como yo esperaba, sino que cayeron verticales como una bala, en *masse* y a gran velocidad, desapareciendo de mi vista en un segundo. No supe en un principio qué pensar de aquel fenómeno, pues no podía creer que mi velocidad de ascensión se hubiera acelerado de súbito tan prodigiosamente. No tardó en ocurrírseme, sin embargo, que la atmósfera estaba ahora demasiado rarificada para sostener una simple pluma y que por lo tanto caían vertiginosamente. Mi sorpresa se debía a las velocidades combinadas de su caída y de mi ascensión.

»A las diez sucedió que no tenía nada que ocupase mi atención inmediata. Todo marchaba sobre ruedas y estaba seguro de que el globo ascendía con una rapidez creciente, aunque no tuviese medio alguno para apreciar su progresión. No sentía malestar ni dolor alguno y gozaba de

mejor humor que en ningún momento desde mi partida de Rotterdam; me entretuve, pues, en examinar el estado de los diversos aparatos y en renovar la atmósfera de la cámara. En cuanto a este último punto resolví repetirlo cada cuarenta minutos, más por preservar mi buen estado físico que por absoluta necesidad. Entretanto no pude impedirme forjar conjeturas sobre el futuro. Mi imaginación correteaba libre por las quiméricas regiones de la Luna. Sintiéndose una vez al menos sin trabas mi fantasía vagaba a su antojo entre las cambiantes maravillas de una tierra sombría e inestable. Unas veces eran selvas canosas cayendo con estrépito en abismos sin fondo. Llegaba luego a las tranquilas soledades del mediodía donde jamás penetraba el soplo de la brisa, donde vastas praderas de amapolas y esbeltas flores como lirios se extendían hasta perderse de vista por siempre mudas e inmóviles. Y luego viajaba por otra región y penetraba en una comarca donde había un lago tenebroso y vago, limitado por nubes. Pero estas imágenes no eran las únicas que se posesionaban de mi cerebro. Horrores de índole más torva y aterradora se introducían en mi espíritu estremeciendo las profundidades más recónditas de mi alma con la mera suposición de su posibilidad. No podía, sin embargo, permitir a mis pensamientos que pesaran sobre mi ánimo; los riesgos reales y palpables de mi viaje se bastaban para absorber por entero mi atención.

»A las cinco de la tarde, mientras me ocupaba de regenerar la atmósfera de la cámara, aproveché la ocasión para observar a la gata y sus crías a través de la válvula. La gata parecía sufrir otra vez mucho y no vacilé en atribuirlo a la dificultad que experimentaba para respirar. Respecto a mi experimento con los gatitos había tenido un resultado muy extraño. Como es natural, yo había esperado verlos manifestar alguna sensación de dolor aunque en grado menor que su madre: esto hubiera bastado para confirmar mi teoría sobre la resistencia habitual a la presión atmosférica. Por tanto no estaba preparado para descubrir tras un minucioso examen que gozaban de excelente salud, respiraban con gran facilidad y con perfecta regularidad y no revelaban el menor indicio de sufrimiento. La única explicación posible consistía en ampliar mi teoría y suponer que la atmósfera circundante, harto rarificada, no era quizás, en contra de lo que había supuesto, químicamente insuficiente para las funciones vitales y que una persona nacida en ese

medio podría acaso respirar sin molestias mientras que al descender a los estratos más densos, en las proximidades de la Tierra, soportaría dolores análogos a los que yo había padecido poco antes. Nunca he dejado de lamentar con un profundo dolor que un desgraciado accidente me separara en ese momento de mi pequeña familia de gatos, privándome del medio de profundizar en esta cuestión. Al pasar por la válvula mi mano con una taza llena de agua para la gata, la manga de mi camisa se enganchó en el lazo que sostenía el cestillo y con el golpe lo desprendió del botón. Si la cesta se hubiera evaporado en el aire no habría dejado de verla de manera tan brusca e instantánea. En realidad no transcurrió ni una décima de segundo entre el instante en que el cestillo se desprendió y su desaparición absoluta. Mis buenos deseos lo acompañaron hacia la Tierra aunque, como es lógico, no abrigara la menor esperanza de que la gata o sus hijos vivieran para contar lo que les había ocurrido.

»A las seis vi una gran porción de la superficie de la Tierra, hacia el este, sumida en espesa sombra que avanzaba incesante con gran rapidez;' por fin, a las siete menos cinco, toda la superficie visible quedó envuelta en las tinieblas de la noche. Con todo, pasó bastante tiempo hasta que los rayos del sol poniente dejaron de iluminar el globo y esta circunstancia, que por supuesto había previsto, no dejó de causarme gran placer. Era evidente que al amanecer contemplaría el astro luminoso varias horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, a pesar de que se hallaban situados mucho más cerca que yo del este y que así, día tras día, a medida que alcanzase altura, gozaría de la luz solar durante un periodo cada vez más largo. Entonces decidí redactar un diario de viaje registrando la crónica diaria de veinticuatro horas consecutivas sin tener en cuenta los intervalos de oscuridad.

»A las diez, sintiendo llegar el sueño, resolví acostarme por el resto de la noche. Pero entonces se ofreció a mi mente una dificultad que se me había escapado hasta el último momento. Si me ponía a dormir, como pensaba, ¿cómo renovar el aire de la cámara mientras tanto? Era imposible respirar aquella atmósfera más de una hora y aunque este plazo pudiera ampliarse hasta una hora y cuarto, podían seguirse las más deplorables consecuencias. La reflexión del dilema me causó no poca inquietud y

apenas se me creará si digo que, después de tantos riesgos como había pasado, el asunto me parecía tan grave como para renunciar a toda esperanza de poner feliz término a mi propósito y decidirme a iniciar el descenso.

»La vacilación, empero, fue sólo momentánea. Pensé que el hombre es el más perfecto esclavo de la costumbre y que mil casos de la rutina de su existencia considerados esenciales, lo son tan sólo porque se han convertido en hábitos. Era evidente que no podía pasarme sin dormir, pero muy bien podía acostumbrarme sin inconveniente alguno a despertar cada hora durante el tiempo destinado al descanso. Sólo se requerían cinco minutos para regenerar íntegramente la atmósfera de la cámara y la única dificultad radicaba en inventar un procedimiento que me despertase en el momento adecuado.

»Confieso que la solución de este problema me produjo cierto embarazo. Conocía, por supuesto, la historia del estudiante que para evitar quedarse dormido sobre los libros, sostenía en la mano una bola de cobre cuya ruidosa caída en una jofaina del mismo metal colocada en el suelo junto a la silla servía para despertarle si se dejaba invadir por la modorra. Pero mi caso era muy diferente y no había lugar para un expediente parecido; no se trataba de permanecer despierto sino de despertar a intervalos regulares. A la postre imaginé el siguiente remedio que, por simple que parezca, fue saludado por mí en el momento de su descubrimiento como una invención comparable a la del telescopio, la máquina de vapor o la imprenta.

»Debo hacer observar, ante todo, que el globo a la altura entonces alcanzada proseguía subiendo en línea recta de la manera más regular y que la barquilla lo acompañaba con una estabilidad tan perfecta que hubiera sido imposible registrar la más leve oscilación. Esta circunstancia me favoreció considerablemente en la ejecución de mi plan. La provisión de agua había sido embarcada en barriles de cinco galones cada uno sólidamente estibados en el interior de la barquilla. Solté uno de ellos y con dos sogas, que até apretadas al reborde de mimbres de modo que cruzasen la barquilla paralelas y a un pie de distancia entre sí para que formaran una especie de soporte, puse el barril encima y lo sujeté en posición horizontal.

»A unas ocho pulgadas por debajo de las cuerdas y a unos cuatro pies del fondo de la barquilla fijé otro soporte de madera fina utilizando el único trozo de que disponía. Sobre este último y justamente debajo de uno de los extremos del barril puse un pequeño pichel de barro. Practiqué entonces un orificio en el fondo del barril al que adapté una cuña cónica de madera blanda. Empecé a ajustar y aflojar el tapón hasta que el agua, rezumando por el orificio y cayendo en el pichel inferior, lo llenara hasta el borde en sesenta minutos. En cuanto a esto, pude calcularlo fácilmente observando hasta qué punto se llenaba en un periodo dado.

»Una vez dispuesto debidamente, el resto del plan resulta obvio. Situé mi lecho en el piso de la barquilla de tal modo que, acostado, mi cabeza se hallaba inmediatamente bajo la boca del pichel. Al cabo de una hora éste se llenaría por completo y al rebosar lo haría por la boca, situada ligeramente más abajo del nivel del borde. Era evidente que el agua, cayendo así desde una altura de cuatro pies, me daría en la cara y me despertaría instantáneamente por más profundo que fuera el sueño.

»Eran ya las once cuando ultimé mis preparativos y me acosté lleno de confianza en la eficacia de mi invento. Y no quedé defraudado. Cada sesenta minutos fui despertado puntualmente por mi fiel cronómetro y cada vez no olvidé vaciar el pichel en la boca del barril mientras hacía funcionar el condensador. Luego volvía a dormir. Estas interrupciones regulares del sueño me causaron menos fatiga de la que había previsto y cuando por último me levanté al día siguiente eran las siete y el sol había alcanzado ya varios grados sobre la línea de mi horizonte.

3 de abril

»Comprobé que el globo había alcanzado una altura inmensa y que la convexidad de la tierra podía divisarse con toda claridad. Por debajo de mí, en el océano, había un semillero de puntos negros que indudablemente eran islas. Sobre mi cabeza, el cielo era de un negro azabache y se veían brillar las estrellas: en realidad esto ocurría desde el primer día de vuelo. Muy lejos, hacia el norte, divisé una línea o delgada faja blanca y sumamente brillante en el borde mismo del horizonte y no vacilé en suponer que se trataba del límite austral de los hielos del mar polar. Mi curiosidad se avivó

pues confiaba en avanzar más hacia el norte, y acaso en cierto momento encontrarme situado justamente sobre el polo. Entonces deploré que mi gran altitud me impidiera realizar observaciones minuciosas; pero de todas formas quedaban muchas observaciones por descubrir.

»Nada extraordinario ocurrió, por otra parte, durante ese día. Los instrumentos funcionaron con perfecta regularidad y el globo prosiguió su ascenso sin ninguna vibración perceptible. El frío era tan intenso que me obligó a ponerme un gabán. Cuando las tinieblas cubrieron la tierra me acosté, aunque la luz solar siguió brillando varias horas sobre mí. Mi reloj de agua cumplió su deber y dormí hasta la mañana siguiente, con las interrupciones periódicas ya señaladas.

4 de abril

»Me he levantado lleno de salud y con humor alegre, quedando asombrado por el singular cambio operado en el aspecto del océano. En vez del azul intenso que mostraba hasta el día de ayer, era ahora de un blanco grisáceo y de un brillo insoportable. La convexidad del mar resultaba tan evidente que las masas de sus aguas más distantes parecía precipitarse en el abismo del horizonte; por un momento presté oído buscando los ecos de aquella inmensa catarata. Las islas no eran ya visibles, bien porque hubieran quedado bien porque mi creciente elevación las hubiera alejado de mi vista. Aunque no sabría decirlo, me inclinaba a esta última hipótesis. La faja de hielo al norte se percibía cada vez con mayor nitidez. El frío disminuyó en su intensidad. No ocurrió nada importante y pasé el día leyendo, pues no había olvidado proveerme de libros.



5 de abril

»Contemplé el singular fenómeno de la salida del sol mientras casi toda la superficie visible de la Tierra seguía envuelta en tinieblas. Aun así la luz comenzó a esparcirse por la superficie y otra vez divisé la línea de hielos por el norte. Se la veía muy nítida y su tono era mucho más oscuro que las aguas del océano. Evidentemente me estaba acercando a ella con gran rapidez. De nuevo me pareció distinguir una faja de tierra hacia el este y también otra hacia el oeste, pero no pude comprobarlo. Nada importante aconteció durante el día. Me acosté temprano.

6 de abril

»Tuve la sorpresa de descubrir la faja de hielo a una distancia bastante moderada, mientras un inmenso campo helado se extendía por el horizonte hacia el norte. Era evidente que si el globo persistía en su actual rumbo no tardaría en situarse sobre el océano polar ártico; ya no tenía dudas de que por fin podría distinguir el polo. Durante todo el día seguí acercándome a la zona de hielos. Al anochecer los límites de mi horizonte se agrandaron

repentina y sensiblemente debido sin duda a la forma esferoidal achatada de la Tierra y a mi llegada a las regiones aplastadas próximas al círculo ártico. Por último, cuando las tinieblas terminaron de envolverme, me acosté lleno de ansiedad, temeroso de pasar por encima de lo que tanto deseaba contemplar sin tener ocasión de hacerlo.

7 de abril

»Me levanté temprano y con sumo gozo pude contemplar finalmente lo que no vacilé en suponer era el polo mismo. Allí estaba sin duda, justo debajo del aeróstato; pero ¡ay!, me hallaba a tan enorme altura que nada podía distinguir en detalle. A juzgar por la progresión de las cifras indicadoras de las distintas altitudes en los diferentes periodos de las seis a. m. del dos de abril hasta las nueve menos veinte a. m. del mismo día (momento en el cual el barómetro llegó a su tope), podía deducirse que en este momento, a las cuatro de la mañana del siete de abril, el globo había alcanzado una altitud no menor de 7254 millas sobre el nivel del mar. Aunque esta elevación pueda parecer inmensa, el cálculo sobre el cual la había basado era probablemente muy inferior a la verdad. En todo caso, bajo mis ojos tenía la totalidad del diámetro mayor de la Tierra. Todo el hemisferio norte se extendía a mis pies como una carta en proyección ortográfica; el gran círculo del ecuador formaba el límite de mi horizonte. Vuestras excelencias podrán, pues, concebir fácilmente que las regiones hasta ahora inexploradas y confinadas en los límites del círculo polar ártico, si bien se hallaban situadas directamente debajo del globo, y por lo tanto vistas sin la menor deformación, estaban demasiado empequeñecidas y situadas a una distancia excesivamente enorme del punto de vista como para admitir que mi examen alcanzara gran exactitud.

»Aun así lo que de ellas pude divisar fue tan singular como excitante. Al norte del inmenso borde de hielos antes mencionado y que, salvo ligeras restricciones, puede considerarse como el límite de las exploraciones humanas en estos territorios, continúa extendiéndose una sabana de hielo ininterrumpida. En los primeros grados de ese avance la superficie se aplasta sensiblemente hasta terminar en una planicie total y, por último, en una concavidad que llega hasta el mismo polo formando un centro circular

claramente definido cuyo diámetro aparente subtendía, en relación con mi globo, un ángulo de sesenta y cinco segundos aproximadamente y cuya coloración sombría, de intensidad variable, era más oscura que ningún otro punto del hemisferio visible, intensificándose a veces hasta llegar al negror absoluto. Más allá era difícil divisar algo. A mediodía la circunferencia de aquella cavidad central había decrecido a mis ojos y a las siete de la tarde había desaparecido de mi vista, pues el globo, sobrepasando el borde occidental de los hielos, avanzaba rápido hacia el ecuador.

8 de abril

»Noté una sensible disminución en el diámetro aparente de la Tierra además de una alteración efectiva de su tonalidad y de su aspecto general. Toda la superficie visible participaba en diferentes grados de un tono amarillo pálido que en ciertas zonas llegaba a adquirir un brillo doloroso para la vista. Mi perspectiva visual hacia abajo se hallaba obviada además considerablemente por la densidad de la atmósfera contigua a la Tierra y las masas de nubes que circundaban esa superficie apenas si permitían fisuras a mi vista para divisar aquí o allá girones de nuestro planeta. Estas dificultades para la visión directa me habían venido molestando más o menos durante las últimas cuarenta y ocho horas, pero mi enorme altura actual acercaba y confundía las masas flotantes de vapores y el obstáculo se volvía, en proporción con mi ascenso, más perceptible cada vez. Pude, sin embargo, percibir fácilmente que el globo se cernía ahora por sobre los grandes lagos de Norteamérica y corría en derechura hacia el sur, lo cual debía llevarme muy pronto a los trópicos. No dejó de causarme la mayor satisfacción esta circunstancia a la que saludé como presagio feliz de mi éxito final.

Por cierto, que la dirección seguida hasta entonces me había inquietado, pues era evidente que si se mantenía por más tiempo no me hubiera ofrecido posibilidad alguna de llegar a la Luna, cuya órbita se halla inclinada con respecto a la eclíptica en un ángulo de tan sólo 5 grados, 8 minutos, 48 segundos. Por extraño que parezca, sólo en los últimos días del viaje empecé a comprender el gran error que había cometido al no efectuar mi partida desde algún punto terrestre situado *en el plano de la elipse lunar*.

9 de abril

»El diámetro terrestre apareció hoy muy disminuido y la coloración de la superficie adquirió, de hora en hora, una tonalidad amarillenta más intensa. El globo siguió sin cesar su rumbo hacia el sur llegando hacia las nueve de la noche a situarse sobre la costa septentrional del golfo de México.

10 de abril

»Alrededor de las cinco de la mañana fui bruscamente despertado por un fuerte estallido, un estruendo aterrador cuyo alcance no he podido explicarme. Duró muy poco pero me bastó para comprender que en nada se parecía a ningún ruido terrestre de lo que había oído hasta ahora. Inútil es decir que quedé sumamente alarmado atribuyendo aquel ruido en el primer momento a un desgarrón del globo. Pero examiné todos mis aparatos atentamente sin descubrir en ellos ninguna avería.

Pasé gran parte del día reflexionando sobre tan extraordinario accidente mas no pude llegar a ninguna explicación. Me acosté insatisfecho en un estado de gran ansiedad y excitación.

11 de abril

»Noté una sensible disminución en el diámetro aparente de la Tierra y un considerable aumento, por primera vez, en el de la Luna, que alcanzaría su plenitud pocos días más tarde. A esta altura me vi obligado a realizar una prolongada y extenuante labor para condensar en la cámara el aire atmosférico suficiente para el mantenimiento de la vida.

12 de abril

»Se produjo un singular cambio en la dirección del globo y aunque lo había previsto en todos sus detalles me causó la más sincera alegría. Habiendo alcanzado en su primer rumbo el paralelo veinte de latitud sur, el globo giró bruscamente volviéndose en ángulo agudo hacia el este y así continuó durante todo el día manteniéndose aproximadamente, si no del todo, *en el plano exacto de la elipse lunar*. Merece destacar que, a consecuencia de este cambio de ruta se produjo una perceptible oscilación

de la barquilla, oscilación que duró con mayor o menor intensidad varias horas.

13 de abril

»Volví a alarmarme seriamente por la repetición del fuerte ruido que tanto espanto me había causado el día 10. Reflexioné largo tiempo sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria. El diámetro aparente de la Tierra decreció ostensiblemente subtendiendo, con relación al globo, un ángulo de poco más de veinticinco grados. La Luna no podía verse por hallarse casi en mi cenit. Continuamos en el plano de la elipse pero orientándonos algo hacia el este.

14 de abril

«Disminución rapidísima de diámetro aparente de la Tierra. Me sentí fuertemente impresionado ante la idea de que el globo corría ahora la línea de los ápsides hacia el perigeo o, en otras palabras, que mantenía la ruta directa que debía llevarlo hacia la Luna siguiendo aquella parte de su órbita más cercana a la Tierra. La misma Luna se hallaba justo sobre mi cabeza y, por consiguiente, oculta a mi vista. Dura y persistente labor necesaria para condensación de la atmósfera.

15 de abril

»Ya no podía distinguir con claridad suficiente el contorno de los continentes y de los mares. Alrededor de mediodía escuché por tercera vez el espantoso ruido que me había sorprendido en dos ocasiones. En ésta duró algunos momentos y acrecentó su intensidad. Por fin, cuando sobrecogido de asombro y terror permanecía en espera de no sé qué terrible destrucción, la barquilla fue sacudida violentamente y una gigantesca y llameante masa de una materia que no pude distinguir, pasó con el estruendo de mil truenos, bramando junto al globo. Cuando mi temor y mi asombro se mitigaron supuse lógicamente que se trataba de algún enorme fragmento volcánico expelido desde aquel mundo al que me acercaba con tanta rapidez, y con toda probabilidad, una de esas sustancias recogidas a veces en la Tierra y que a falta de mejor denominación se llaman meteoritos.

16 de abril

«Mirando hacia arriba como pude, es decir, desde cada una de las ventanillas laterales, contemplé con gran contento una pequeñísima porción del disco lunar que sobresalía, por decirlo así, hacia todos lados más allá de la enorme circunferencia del globo. Una viva agitación se adueñó de mí, pues no cabía la menor duda de que me acercaba al término de mi peligroso viaje. El trabajo que requería ahora el condensador había aumentado considerablemente y apenas si permitía tregua a mis esfuerzos. No cabía siquiera pensar en dormir. Me sentía indispuesto y todo mi ser temblaba extenuado. Parecía imposible que la naturaleza humana soportara por más tiempo un sufrimiento tan intenso. Durante el ahora brevísimo intervalo de oscuridad, un nuevo meteorito pasó en las inmediaciones del globo y la frecuencia del fenómeno provocó gran aprensión en mi ánimo.

17 de abril

»Esta mañana hizo época en mi viaje. Como se recordará, el día 13 la Tierra subtendía un ángulo de veinticinco grados. El 14 el ángulo disminuyó considerablemente; el 15 observé un decrecimiento aún mayor, y al acostarme la noche del 16 estimé que el ángulo no pasaba de los siete grados y quince minutos. Cuál no sería mi asombro al despertar la mañana de ese día, tras breve y agitado sueño, y descubrir que la superficie de la Tierra por debajo de mí había aumentado súbitamente su volumen a tal punto que su diámetro aparente subtendía un ángulo no menor de treinta y nueve grados. Quedé estupefacto. Ninguna palabra podría expresar una idea adecuada del horror sumo y del absoluto asombro que me sobrecogieron, invadieron y anonadaron. Mis rodillas temblaban, los dientes castañeteaban convulsivamente y el cabello se me erizaba. ¡Entonces... el globo había estallado! Tal fue la primera idea que agitó mi mente... El globo había estallado y caíamos, caíamos con la más violenta e incalculable velocidad. A juzgar por la inmensa distancia tan rápidamente recorrida, en diez minutos nos estrellaríamos contra la superficie del orbe para hundirnos en la desintegración absoluta.

»Pero por último la reflexión vino en mi ayuda. Hice una pausa, medité y empecé a dudar; era imposible: en modo alguno podía haber descendido a semejante velocidad. Además, aunque me acercase a la superficie que bajo mí tenía, no era una velocidad que estuviese en proporción con la que al principio había imaginado. Este pensamiento sirvió para calmar la agitación de mi mente y al cabo logré considerar el fenómeno desde un punto de vista racional; el asombro debía haberme privado en gran parte del uso de mis sentidos, pues no había sido capaz de apreciar la enorme diferencia entre la superficie que a mis ojos se extendía y la de la madre Tierra que se hallaba ahora sobre mi cabeza completamente oculta por el globo, mientras la Luna —la misma Luna en toda su gloria— se hallaba a mis pies.

»El estupor y la sorpresa producidos en mi mente por este cambio extraordinario de situaciones fueron, quizá, lo menos explicable de mi aventura, pues el *bouleversement* en cuestión no era sólo tan natural como inevitable sino que lo había previsto desde hacía tiempo sabiendo que debería producirse cuando llegase al punto exacto de mi viaje en que la atracción del planeta fuera superada por la del satélite, o más exactamente, cuando la gravitación del globo hacia la Tierra fuera menos poderosa que su gravitación hacia la Luna. Ciertamente que yo acababa de salir de un profundo sueño con todos los sentidos embotados ante la contemplación de un fenómeno que no por esperado resultaba menos sorprendente. En cuanto a mi cambio de posición debió producirse de manera suave y gradual; de haberme hallado despierto en el momento en que se produjo, difícilmente hubiera podido darme cuenta por alguna señal *interna*, es decir, por cualquier molestia o trastorno de mi persona o de mis aparatos.

»Resulta casi inútil indicar que al recobrar el justo sentido de mi situación y una vez superado el terror en que se sumieron todas las facultades de mi espíritu, mi atención se concentró por entero en el aspecto físico de la Luna. Se extendía a mis pies como un mapa y aunque consideré que se hallaba aún a considerable distancia, los detalles de su superficie aparecían como una definición tan asombrosa como inexplicable. La total ausencia de océanos o mares e incluso de lagos y ríos u otras extensiones de agua, me pareció a primera vista el signo más extraordinario de su condición biológica. Advertí, sin embargo, por extraño que parezca, vastas

regiones planas de carácter evidentemente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible se hallaba cubierta de innumerables montañas volcánicas de forma cónica que ofrecían el aspecto de protuberancias más artificiales que naturales. La más alta no excedía de las tres millas y tres cuartos de elevación perpendicular; un mapa de las regiones volcánicas de los *Campi Phlegraei* proporcionaría a vuestras excelencias una idea más perfecta de aquella superficie que cualquier torpe descripción que me creyese en el deber de intentar. La mayoría de aquellos volcanes se hallaban en erupción y me daban una idea aterradora de su furia y su potencia mediante los repetidos truenos de los mal denominados meteoritos, que subían hasta el globo en línea recta con una frecuencia aterradora.



18 de abril

»Hoy comprobé un considerable aumento en la masa lunar aparente. La velocidad, evidentemente acelerada de mi descenso, comenzó a alarmarme. Como se recordará, en la primera fase de mis especulaciones sobre la posibilidad de llegar a la Luna había contado con la existencia en su

proximidad de una atmósfera cuya densidad se correspondiese con la masa del planeta. Todo ello pese a las numerosas teorías contrarias y a despecho de la incredulidad general sobre la existencia de una atmósfera lunar. Pero además de lo ya indicado en relación con el cometa de Encke y la luz zodiacal, mi opinión se vio consolidada por ciertas observaciones de *Mr. Schroeter*, de *Lilienthal*. Este sabio observó la Luna de dos días y medio por la noche, poco después de ponerse el sol y antes de que la parte oscura se hiciera visible y continuó observándola hasta que fue perceptible. Los dos cuernos parecían afilarse en una especie de prolongación cuya extremidad estaba débilmente iluminada por los rayos solares antes que ninguna porción del hemisferio en sombras fuera visible. Poco tiempo después todo el limbo oscuro quedó iluminado.

Esta prolongación de los cuernos más allá del semicírculo debía provenir de la refracción de los rayos solares por la atmósfera de la Luna según pensé. Calculé asimismo que la altura de la atmósfera (capaz de refractar en el hemisferio sombreado luz suficiente para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la Tierra cuando la Luna se halla a unos treinta y dos grados de su conjunción) era de 1356 pies; por lo cual supuse que la altura máxima capaz de refractar el rayo solar era de 5376 pies.

»Mis ideas sobre este asunto se vieron también confirmadas por un pasaje del volumen ochenta y dos de las *Actas filosóficas*, donde se declara que, a raíz de una ocultación de los satélites de Júpiter por la Luna, el tercero desapareció después de haberse mostrado confuso durante uno o dos segundos y que el cuarto dejó de ser visible al aproximarse al limbo^[3].

»Debo confesar que confiaba plenamente en la resistencia, o más bien, en la sustentación de una atmósfera cuya densidad había imaginado a fin de llegar sano y salvo a la Luna. Después de todo si me había equivocado no me quedaba nada mejor que hacer sino esperar, como final de mi aventura, ser pulverizado en átomos contra la rugosa superficie del satélite. La distancia que me separaba de la Luna era relativamente insignificante mientras que el trabajo que me daba el condensador no había decrecido en absoluto y no advertía, ni por asomo, indicios de que el enrarecimiento del aire comenzara a disminuir.

19 de abril

»Esta mañana, con gran alegría por mi parte, cuando la superficie de la Luna se hallaba atterradoramente cerca y mis inquietudes alcanzaban la exasperación, observé a eso de las nueve que la bomba del condensador daba muestras evidentes de una alteración atmosférica. A las diez, tenía sobradas razones para pensar que su densidad había aumentado de modo considerable. A las once, el aparato requería poco trabajo y a mediodía, con cierta vacilación, me aventuré a destornillar el torniquete; al comprobar que nada desagradable ocurría, abrí la cámara de caucho y la arrollé a los lados de la barquilla.

»Como era de esperar, un violento dolor de cabeza acompañado de espasmos fue la secuela inmediata de tan peligroso y precipitado experimento. Pero aquellos y otros trastornos respiratorios no eran tan grandes como para arriesgar mi existencia; decidí aguantar lo mejor posible en la seguridad de que desaparecerían paulatinamente al acercarme a las capas inferiores más densas. Con todo, nuestro acercamiento a la Luna proseguía sumamente impetuoso y pronto me sentí muy alarmado. Si bien no me había equivocado al suponer una atmósfera de densidad proporcionada al volumen del satélite, había errado al creer que dicha densidad, aun la más próxima a la superficie, resultaba adecuada para soportar el gran peso de la barquilla del aeróstato. Así debería haber ocurrido y en el mismo grado que en la superficie terrestre, admitiendo la gravedad real de los cuerpos en uno, y otro planeta en razón a la condensación atmosférica. Pero no era así, como demostraba mi precipitada caída; la razón de ello sólo puede explicarse teniendo en cuenta las posibles perturbaciones geológicas a las que antes aludí.

»Sea como fuere, me hallaba cerca del planeta y bajando a terrible velocidad. Sin perder un instante arrojé por la borda todo mi lastre, luego los barriles de agua, el aparato condensador, la cámara de caucho y por último los demás objetos contenidos en la barquilla. Pero de nada me sirvió. Continuaba cayendo con horrible rapidez y me hallaba apenas a media milla del suelo. Como último recurso y después de arrojar mi chaqueta, el sombrero y las botas, desprendí del globo la propia barquilla que era

considerablemente pesada y asiéndome entonces a la red con mis manos tuve apenas tiempo de observar que toda la comarca, hasta donde mi vista alcanzaba, se hallaba sembrada de pequeñas construcciones antes de precipitarme de cabeza en el corazón mismo de una fantástica ciudad y en medio de una enorme multitud de diminutos seres feísimos que en vez de prestarme ayuda se quedaron como un montón de idiotas sonriendo de la manera más estúpida y mirando de reojo al globo y a mí mismo. Alejándome de ellos con desprecio alcé los ojos al cielo para contemplar la Tierra que no hacía mucho había abandonado acaso para siempre y la vi como un enorme y oscuro escudo de bronce de dos grados de diámetro aproximadamente, inmóvil, y fija en los cielos y guarnecida en uno de sus bordes por una media luna del oro más brillante. Imposible descubrir indicios de continentes o mares; el conjunto estaba orlado de manchas variables y se advertían como fajas las zonas tropicales y ecuatoriales.

»Así, con permiso de vuestras excelencias, y tras una serie de grandes angustias, peligros inauditos y salvamentos sin par, llegué diecinueve días después de mi partida de Rotterdam sano y salvo al término del más extraordinario de los viajes y el más memorable jamás cumplido, comprendido o concebido por ningún habitante de la Tierra. Pero en realidad mis aventuras están por relatar. Sin esfuerzo podrán imaginar vuestras excelencias que tras cinco años de residencia en un planeta no sólo interesante por sus características propias sino doblemente interesante por su íntima relación, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, me hallo en posesión de conocimientos destinados confidencialmente al Colegio de Astrónomos del Estado, hartos más importantes que los detalles, por maravillosos que sean, del viaje tan satisfactoriamente concluido.

»Ésta es, en suma, la cuestión. Tengo muchas, muchísimas cosas que daría a conocer con el mayor gusto; mucho que decir del clima del planeta, de sus asombrosas alternativas de calor y frío, de la implacable y ardorosa luz solar que dura una quincena y la frigidez más que polar que domina las siguientes; de esa traslación constante de humedad que se realiza por destilación como en el vacío, desde el punto situado por debajo del sol hasta el más lejano; de las zonas variables de agua corriente; de las gentes en sí;

de sus maneras, costumbres e instituciones políticas; de su peculiar constitución física, de su fealdad, de su carencia de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan extrañamente modificada; de su consiguiente ignorancia del uso y propiedades del lenguaje; del singular método de intercomunicación que sustituye a la palabra; de la incomprensible relación entre cada individuo lunar con algún habitante de la Tierra, relación análoga y sometida a la de las esferas del planeta y del satélite y por medio de la cual las vidas y destinos de los habitantes de uno están enlazados con las vidas y destinos de los habitantes del otro; y por encima de todo, si place a vuestras excelencias, de esos sombríos y horrendos misterios relegados a las regiones exteriores de la Luna, regiones que debido a la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su propio eje con la revolución sideral en torno a la Tierra, jamás han sido expuestas y nunca lo serán si Dios quiere, al examen de los telescopios humanos. Todo esto y más, mucho más, me hubiera gustado narrar detalladamente. Pero para ser breve debo reclamar mi recompensa. Aspiro a regresar al seno de mi familia y de mi hogar y como premio a la luz que puedo arrojar sobre importantísimas ramas de las ciencias físicas y metafísicas, me permito solicitar por mediación de vuestra honorable corporación, me sea perdonado el crimen que cometí al partir de Rotterdam, la muerte de mis acreedores. Tal es el objeto del presente comunicado. Su portador, un habitante de la Luna a quien he convencido y adiestrado para que sea mi mensajero en la Tierra, esperará la decisión que plazca hacer a vuestras excelencias y regresará a mí con el perdón solicitado si de algún modo es posible obtenerlo.

»Tengo el honor de saludar respetuosamente a vuestras excelencias.

»Vuestro humilde servidor,

»HANS PFAALL».

Se cuenta que al concluir la lectura minuciosa de tan extraordinario documento, el profesor Rubadub dejó caer al suelo su pipa en el colmo de la sorpresa, mientras Mynheer Superbus von Underduk, luego de quitarse los

anteojos, limpiarlos y guardarlos en su bolsillo, olvidó su dignidad hasta el punto de girar tres veces sobre sus talones en la quintaesencia de la estupefacción y el asombro. No cabía la menor duda de que se concedería el perdón. Así al menos lo prometió con un rotundo juramento el profesor Rubadub y así lo pensó por último el ilustre Von Underduk, que cogió del brazo a su colega y sin decir palabra se lo llevó hacia su casa para deliberar sobre las medidas convenientes. Ya en la puerta de la morada del burgomaestre, el profesor se aventuró a sugerir que como el mensajero había creído prudente desaparecer —mortalmente aterrado sin duda por el aspecto salvaje de los burgueses de Rotterdam—, de muy poco serviría el perdón, ya que sólo un lunático se atrevería a intentar un viaje semejante. El burgomaestre asintió ante la evidencia de esta observación y el asunto se dio por concluido. No ocurrió igual con los rumores y conjeturas. La publicación de la carta dio origen a toda clase de murmuraciones y pareceres. Hubo algunos supersabios que llevaron su ridiculez al extremo de afirmar que el asunto era tan sólo superchería. Pero creo que superchería es, entre esa estofa de gentes, todo lo que excede el nivel de su comprensión. Por mi parte no alcanzo a imaginar en qué datos fundamentaban semejante acusación. Veamos lo que decían:

Primero: que ciertos guasones de Rotterdam tienen especial antipatía a ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo: que un enano de extraño aspecto, nigromante de profesión, cuyas dos orejas habían sido cortadas al ras de la cabeza en castigo de alguna fechoría, había faltado varios días de su casa en la vecina ciudad de Brujas.

Tercero: que los periódicos pegados alrededor del pequeño globo eran periódicos holandeses y por lo tanto no podían proceder de la Luna. Eran unos papeles sucios, sumamente sucios, y Gluck, el impresor, podía jurar sobre la Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto: que el mísero borracho de Hans Pfaall y los tres holgazanes que llama sus acreedores fueron vistos en persona dos o tres días antes, todo lo más, en una taberna de los suburbios cuando volvían precisamente, con mucho dinero en los bolsillos, de un viaje a ultramar.

Y, por último, que la opinión más generalmente admitida, o que debería serlo, es que el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam al igual que todos los restantes colegios de todas las partes del mundo —para no tener que mencionar a los colegios y astrónomos en general— no es, para dejar ya el tema, ni mejor, ni más grande, ni más sabio de lo que debería serlo.

Puesto que la burlesca historia de la Luna tiene engañadas a muchas más personas de las que voluntariamente lo admitirían, puede proporcionarles cierta diversión mostrar cómo nadie debió aceptar el engaño señalando los detalles del relato que hubieran bastado para establecer su verdadero carácter. Por muy rica que fuera la imaginación desplegada en esta ingeniosa ficción, le falta la fuerza que le hubiera dado una atención más escrupulosa a los hechos y a las analogías generales. Que el público se haya dejado engañar aunque sólo fuera un momento, demuestra tan sólo la crasa ignorancia que impera en materia de temas astronómicos.

La distancia de la Tierra a la Luna es, en números redondos, de doscientas cuarenta mil millas. Si deseamos averiguar cuánto podrá acercar aparentemente un telescopio el satélite o cualquier otro objeto, bastará con dividir la distancia por el aumento, o más exactamente, por el poder de penetración en el espacio de las lentes. *Mr. Locke*^[4] hace que sus lentes tengan una potencia de cuarenta y dos mil millas. Si dividimos por esta cifra las doscientas cuarenta mil millas (la distancia real a la Luna) tendremos cinco millas y cinco séptimos como distancia aparente. Pero desde tan lejos ningún animal podría ser visto y mucho menos los minuciosos detalles señalados por el relato. *Mr. Locke* afirma que *sir John Herschel* llegó a ver flores (la *papaver rheas*, etc.) y que distinguió incluso el color y la forma de los ojos de los pájaros. Poco antes, sin embargo, él mismo hace notar que el telescopio no permitía percibir objetos de menos de dieciocho pulgadas de diámetro; pero aun esto; como ya he dicho, excede las posibilidades de su supuesta lente. Haremos observar de paso que ese prodigioso telescopio había sido fabricado en la cristalería de los señores Harley y Grant, en Dumbarton; pero el establecimiento de dichos

señores había cerrado sus puertas varios años antes de la publicación de esa obra burlesca.

En la página frece del folleto editado y, al hablar sobre un «fleco velludo» sobre los ojos de cierta especie de bisonte, el autor dice: «la aguda mente del doctor Herschel percibió acto seguido que se trataba de una invención providencial para proteger los ojos del bisonte contra las grandes variaciones de luz y oscuridad que afectan periódicamente a todos los habitantes de nuestra cara de la Luna». Pero esto no puede considerarse como una agudísima observación del doctor. Los habitantes de nuestra cara de la Luna no conocen evidentemente la oscuridad absoluta, por lo que tampoco sufren las variaciones mencionadas. En ausencia del sol gozan de una luz procedente de la Tierra equivalente a la de trece lunas llenas y despejadas.

La topografía utilizada en el relato, hasta cuando se manifiesta concorde con la carta lunar de Blunt, difiere por completo de ésta y de las cartas restantes, llegando a contradecirse groseramente con frecuencia. La rosa de los vientos se halla también en inexplicable confusión, pues el autor parece ignorar que en un mapa lunar no concuerda con los cuadrantes terrestres; es decir, que el Este se halla a la izquierda, etcétera.

Engañado quizá por títulos tan vagos como *Mare nubium*, *Mare tranquillitatis*, *Mare foecunditatis*, etc., dados por los primitivos astrónomos a las regiones en sombra, Mr. Locke ha entrado en detalles acerca de océanos y grandes masas de agua en la Luna, siendo así que en el satélite no hay la menor presencia de agua, único punto éste donde concuerdan todos los astrónomos. Examinando los puntos limítrofes entre la luz y la oscuridad (en luna creciente es convexa) allí donde cruza alguna de esas regiones en sombra, la línea divisoria aparece quebrada e irregular, lo cual no ocurriría si aquellas zonas estuvieran llenas de agua.



La descripción de las alas del hombre murciélago (en la página veintiuno) no es sino copia literal de la explicación dada por Peter Wilkins sobre las alas de sus isleños voladores. Este simple detalle debiera haber bastado al menos para suscitar recelos.

En la página veintitrés encontramos lo siguiente: «¿Qué prodigiosa influencia debe haber ejercido nuestro globo, tres veces mayor, sobre este satélite, cuando era un embrión en el seno del tiempo, el sujeto pasivo de la afinidad química?». Esto es muy bello, pero cabe objetar que ningún astrónomo hubiera formulado jamás semejante observación, sobre todo en un periódico científico, ya que la Tierra no es sólo tres, sino cuarenta y nueve veces mayor que la Luna en el sentido determinado. Una objeción parecida puede aplicarse a la totalidad de las páginas finales, donde a modo de introducción a ciertos descubrimientos sobre Saturno, el filósofo corresponsal procede a dar un minucioso informe sobre dicho planeta digno de un colegial: ¡y esto en el *Edinburgh Journal of Science*!

Pero hay un punto en particular que debió revelar la ficción en toda su franqueza. Imaginemos por un momento la posibilidad de contemplar animales en la superficie de la Luna. ¿Qué sería lo que atraería primero la

atención de un observador terrestre? ¿Su forma, tamaño y demás peculiaridades o su notable posición? Parecerían estar caminando con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo a la manera de las moscas sobre el techo. El *verdadero* observador hubiese lanzado al instante una exclamación de sorpresa (por más preparado que estuviera a ello por un conocimiento previo) ante la singularidad de esa posición, mientras que el observador *ficticio* no menciona siquiera la cuestión, sino que habla de haber visto todo el cuerpo de dichas criaturas cuando, como hemos demostrado, no podía haber visto más que el diámetro de sus cabezas.

Para concluir, puede asimismo hacerse observar que el tamaño y especialmente las facultades de los hombres-murciélagos (por ejemplo su destreza para volar en una atmósfera tan enrarecida, si es que realmente hay atmósfera en la Luna), así como muchas de las otras fantasías referentes a la vida animal y vegetal, discrepan generalmente con todos los razonamientos analógicos sobre dichas cuestiones, y que en estos casos la analogía suele llevar a demostraciones concluyentes. ¿Es preciso añadir que todas las sugerencias atribuidas a Brewster y a Herschel al comienzo del relato, sobre «una transfusión de luz artificial a través del objeto focal de la visión», etcétera, etcétera, pertenecen a ese género de obras metafóricas que cabe situar adecuadamente bajo la denominación de galimatías?

Hay un auténtico límite real y muy definido para el descubrimiento óptico entre las estrellas, un límite cuya naturaleza necesita sólo ser enunciada para ser comprendida. Si todo lo requerido fuese el vaciado de grandes lentes, la ingeniosidad humana llegaría a proporcionar todo lo que se le pidiera y tendríamos lentes de cualquier tamaño deseado. Pero desgraciadamente en proporción con el aumento de tamaño de las lentes y por tanto con la potencia penetrante va disminuyendo la luz del objeto contemplado por la difusión de los rayos. Y contra este inconveniente la habilidad humana ningún remedio puede inventar, pues todo objeto es contemplado gracias a la luz que él emana, sea directa o reflejada. Así, la única luz artificial que podría servir a *Mr. Locke* sería aquella que se proyectara no sobre el objeto focal de la visión, sino sobre el objeto mismo a contemplar, es decir, sobre la Luna. Se ha calculado fácilmente que cuando la luz procede de una estrella, llega tan difusa y débil como la luz

natural procedente de la totalidad de las estrellas en una noche clara y sin Luna, cuando la estrella deja de ser visible para todo fin práctico.

El telescopio del conde de Ross recientemente construido en Inglaterra tiene un *spéculum* con una superficie de refracción de 4'071 pulgadas cuadradas. El telescopio de Herschel sólo tenía 1'811. El tubo metálico del telescopio de Ross tiene seis pies de diámetro, es decir, que en los bordes presenta un espesor de cinco pulgadas y media y de cinco en el centro. Pesa tres toneladas y su distancia focal es de cincuenta pies.

Ultimamente he leído un singular y bastante ingenioso librito cuyo título es el siguiente (sic): *L'Homme dans la lune, ou le Voyage chimérique fait un Monde de la Lune, nouvellement découvert par Dominique Gonzalez, Advanturier Espagnol, autrement dit le Courier Volant. Mis en notre langue par J. B. D. A., Paris, chez François Piot, près la Fontaine de Saint Benoist. Et chez J.*

Goignart, au premier pilier de la grand'salle du Palais, proche les Consultations, MDCXLVII, 176 paginas.

El autor afirma haber traducido el texto inglés de un tal Mr. D'Avisson (¿Davidson?), aunque en sus declaraciones reina la mayor ambigüedad: «*J'en al eu —dice— l'original de Monsieur D'Avisson, medecin des mieux versez qui soient aujord'huy dans la conoissance des Belles Lettres, et surtout de la Philosophie Naturelle. Je lui al cette obligation entre les autres, de m'auoir non seulement mis en main ce livre en anglois, mais encore le manuscrit du Sieur Thomas d'Anan, gentilhomme Eccosois, recommandable pour sa vertu, sur la version duquel j'advoue que j'ay tiré le plan de la mienne*».

Después de algunas aventuras inadecuadas, muy a la manera de Gil Blas, que ocupan las primeras treinta páginas, el autor refiere que hallándose enfermo durante una travesía marítima la tripulación lo abandonó junto a su esclavo negro en la isla de Santa Elena. Con objeto de aumentar las posibilidades de conseguir alimentos, ambos se separaron y vivieron lo más alejados posible el uno del otro. Esto les indujo a amaestrar unas aves a fin de valerse de ellas como de palomas mensajeras. Pronto las enseñaron a transportar paquetes de cierto peso, peso que fue aumentando gradualmente. Por fin se les ocurrió unir las fuerzas de un gran número de

pájaros con la intención de que transportaran por el aire al propio autor. A tal efecto idearon una máquina de la que encontramos una minuciosa descripción completada por un aguafuerte, que ilustra el libro. En él vemos al señor González con traje de encajes y una voluminosa peluca montado a horcajadas en algo que se parece muchísimo a un palo de una escoba del que tira una multitud de cisnes silvestres (garzas) atados por sus colas a la máquina.

El principal suceso del relato del señor González proviene de un hecho que el lector ignorará hasta casi el final del volumen. Las garzas con quienes él tiene tanta familiaridad ya no son en realidad habitantes de Santa Elena, sino de la Luna. Desde tiempos inmemoriales tenían la costumbre de emigrar cada año a alguna comarca de la Tierra. Como es natural, y en la estación propicia, volvían a su hogar; cierto día en que el autor requirió sus servicios para un breve viaje se vio inesperadamente arrebatado por los aires, llegando en breve tiempo al satélite.

Una vez allí, y entre otras cosas singulares, el autor descubre que los selenitas son muy felices y se divierten con extraordinaria alegría, que carecen de leyes, que mueren sin dolor, que miden entre diez y treinta pies de alto, que tienen un emperador llamado Irdonozur, y que pueden dar saltos a una altura de sesenta pies, tras lo cual, por estar libres de la influencia de la gravedad, pueden volar con ayuda de abanicos.

No puedo evitar transcribir aquí una muestra de la filosofía general del volumen.

«Debo manifestaros —declara el señor Gonzáles— la naturaleza del lugar donde me encontraba. Las nubes se hallaban bajo mis pies, o si lo permitís, se esparcían entre la Tierra y mi persona. En cuanto a las estrellas, *como en ese lugar no existe la noche, presentaban la misma apariencia; no brillante, como es lo habitual, sino pálidas y muy arcanas, como la Luna por la mañana*. Pero sólo se veían unas pocas desde allí aunque eran diez veces más grandes —por lo que he podido juzgar— de lo que parecen a los habitantes de la Tierra. La Luna, a la cual le faltaban dos días para hallarse en plenitud, era de un inmenso tamaño.

»No debo olvidar aquí que las estrellas aparecían por el lado del globo orientado hacia la Luna y que a su proximidad con ésta se debe que

parezcan tan grandes. Debo asimismo manifestaros que hiciera buen tiempo o reinara la tempestad, *siempre me encontré exactamente entre la Luna y la Tierra*. Estoy persuadido de ello por dos razones; primero porque mis garzas volaban siempre en línea recta y segundo, porque cuantas veces se detenían para descansar, *éramos arrastrados insensiblemente alrededor del globo de la Tierra*. Pues yo acepto la opinión de Copérnico, quien afirma que el globo terráqueo nunca deja de girar *de este a oeste*, no sobre los polos del equinoccio, vulgarmente denominados polos del mundo, sino sobre los del zodíaco, cuestión esta de la que propongo hablar *in extenso* en el futuro, cuando tenga tiempo libre para refrescar mi memoria con la astrología que estudié en Salamanca durante mi juventud y que después he olvidado».

A pesar de los errores subrayados en bastardilla el libro no deja de retener nuestra atención por cuanto proporciona un ingenuo ejemplo de las nociones astronómicas usuales en aquel tiempo. Una de éstas pretende que «la fuerza de la gravitación sólo se extendía a corta distancia de la superficie de la Tierra» y por consiguiente vemos a nuestro viajero «arrastrado insensiblemente alrededor del globo», etc.

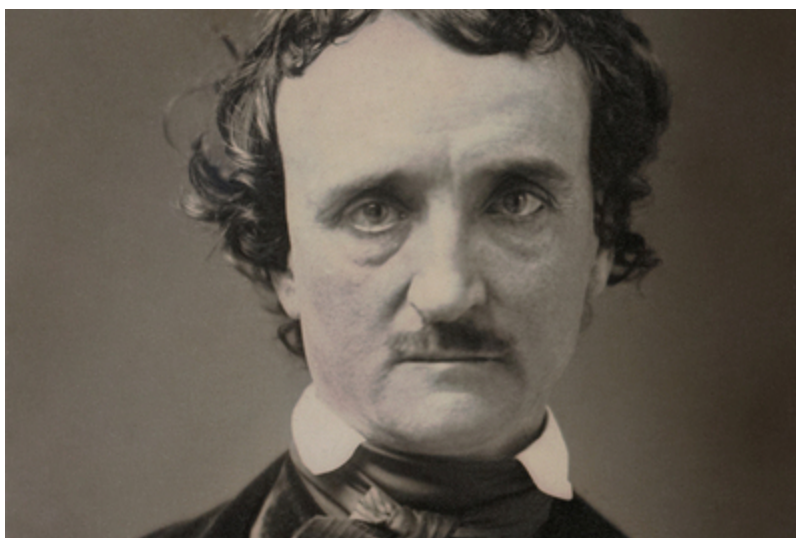
Ha habido otros «viajes a la Luna», pero ninguno de tan altos méritos como el que acabo de mencionar. Pues el de Bergerac carece por completo de sentido. En el volumen tercero de la *Americam Quartely Review* se inserta íntegramente una detallada crítica de una cierta expedición de esta clase, crítica en la cual resulta difícil discernir si el autor expone la estupidez del libro o su propia y ridícula estulticia en cuestiones de astronomía. He olvidado el título de la obra; pero los medios para realizar el viaje son de una concepción todavía más deplorable que las garzas de nuestro ingenuo amigo el señor González. Cierta aventurero, al excavar la tierra descubre cierto metal peculiar sobre el que la Luna ejerce una poderosa atracción; inmediatamente construye un cajón de ese metal que al desprenderse de sus ataduras terrestres lo arrebatara por los aires y lo transporta, acto seguido, hasta el satélite.

El vuelo de Thomas O'Rourke es un *jeu d'esprit* no del todo desdeñable, que ha sido traducido al alemán. Thomas, el protagonista, era en la realidad el guardabosques de un par irlandés cuyas excentricidades dieron origen a

la historia. El «vuelo» se efectúa sobre el lomo de un águila desde la Montaña Húngara (Hungry Hill), enorme sierra en la extremidad de la bahía de Bantry.

En estas diversas publicaciones o folletos, la intención es siempre satírica, pues el asunto consiste en la descripción de las costumbres lunares y su comparación con las nuestras, las terrestres. En ninguna hay el menor intento de verosimilitud en los detalles del viaje mismo para que resulte plausible. Los autores parecen ser, en cada caso, totalmente incultos respecto a la astronomía. En *Hans Pfaall* la originalidad del propósito estriba en haber intentado dar cierta verosimilitud al relato con la aplicación de principios científicos —hasta donde la caprichosa naturaleza del tema lo permite— a un verdadero viaje de la Tierra a la Luna.

OceanofPDF.com



EDGAR ALLAN POE (Boston, Estados Unidos, 19 de enero de 1809 - Baltimore, Estados Unidos, 7 de octubre de 1849). Hijo de unos actores ambulantes de teatro, se quedó huérfano a los dos años. Fue criado por John Allan, un hombre de negocios rico, y educado en Inglaterra y Norteamérica. Su vida universitaria fue rebelde y libertina, en esta época es cuando el poeta empieza a beber, hasta que es expulsado de la Universidad de Virginia por jugador. En 1827 escribió su primer volumen de poesías, *Tamerlán*, en la que se denota una leve inclinación byroniana. En 1830 lo admitieron en la Academia Militar de West Point, de la que pronto fue expulsado. A partir de entonces se inicia su agitada carrera literaria.

Vivía al día, como periodista con un sueldo mediocre, pero estas actividades lo llevaron a conseguir muchos trabajos en calidad de colaborador y, posteriormente, llegar a la dirección de numerosos periódicos, entre ellos el *Southern Literary Messenger*, el cual se convirtió bajo su dirección en el más importante periódico del sur. Por todos estos empleos recibía un sueldo mísero, pero a cambio le daban la oportunidad de publicar sus relatos, lo que le proporcionó fama; sin embargo, la mayor parte del tiempo vivió en la más absoluta miseria, con algunos lapsos de relativa calma.

OceanofPDF.com

Notas

[1] La luz zodiacal es probablemente lo que los antiguos llamaban traves:
emicant traves quos docos vocant. Plinio lib. II pág. 26. (Nota del Autor).
<<

[2] Con posterioridad a la publicación de Hans Pfaall me entero de que *Mr. Green*, el famoso aeronauta del Nassau, y otros modernos, contradicen las afirmaciones de Humboldt a este respecto y hablan de la progresiva disminución de las molestias de acuerdo precisamente con la teoría que aquí presentamos. (Nota del Autor). <<

[3] Hevelius afirma que en cielos perfectamente despejados donde se veían estrellas de sexta y séptima magnitud observó en varias ocasiones que, a la misma altura de la Luna y la misma elongación de la Tierra, empleando el mismo y excelente telescopio, la Luna y sus manchas no aparecían siempre con la misma luminosidad. Dadas las circunstancias de la observación, parece evidente que las causas del fenómeno no se hallan en nuestro aire, en el telescopio, en la Luna o en el ojo del observador, sino que deben buscarse en algo (¿una atmósfera?) que existe en torno al satélite. Cassini ha observado en varias ocasiones que Saturno, Júpiter y las estrellas fijas, al quedar ocultas por la Luna, dejan de verse en forma circular para asumir otra ovalada: en otras ocasiones similares no advirtió la menor alteración de la forma. Y cabría deducir que algunas veces y no otras, la Luna está circundada por una materia densa en la que se refractan los rayos de las estrellas. (N. del A.). <<

[4] Estrictamente hablando, poca similitud hay entre la chanza que acaba de ser bosquejada y la célebre Historia de la Luna de *Mr. Locke*, pero como ambas poseen el carácter de obras burlescas (aunque una posea un tono de zumba y la otra de absoluta seriedad) y ambas tienen por tema la Luna (tratando de pareceres plausibles mediante detalles científicos), el autor de Hans Pfaall cree conveniente decir en su defensa que su *jeu d'esprit* se publicó en el *Southern Literary Messenger* tres semanas antes aproximadamente de que *Mr. Locke* comenzara a publicar el suyo en el *New York Sun*. Imaginando un parecido que quizá no exista, algunos diarios de Nueva York transcribieron Hans Pfaall cotejándolo con dicha historia de la Luna a fin de descubrir si el autor de un texto lo era también del otro. <<

OceanofPDF.com